

Un conjunto de historias que son como la vida misma: a veces, insolitas; otras, bellas, tristes, divertidas y emotivas.

En una visita al hospital, un autor en busca de redención se encuentra con un hombre extraño al que llaman El poeta. Este hombre le entrega un manuscrito que reúne una veintena de relatos de hombres y mujeres a los que el Poeta ha entrevistado a partir de noticias de sucesos publicadas en periódicos de todo el mundo. Se trata de personas aparentemente corrientes que tienen alguna cosa extraordinaria que contar: un cazador de nubes, una ganadora de la lotería que pierde su boleto premiado, una artista que crea estatuas que lloran, una anciana que prepara un té capaz de hacerte flotar, una familia que tiene un dinosaurio escondido en su jardín...

De Montreal a Malmö, pasando por París, Roma o Yakushima, las historias de este libro son como la vida misma: a veces, insólitas, otras sórdidas, bellas, tristes, divertidas, emotivas... Todas ellas nos hacen viajar de una emoción a otra y de un rincón a otro del planeta para ayudarnos a descubrir que, bajo la apariencia de la cotidianidad, se puede esconder una historia extraordinaria.

Fabrice Colin

Vidas extraordinarias de gente corriente

Título original: *Vidas extraordinarias de gente corriente*
Fabrice Colin, 2010
Traducción: Mercedes Corral, 2019

Revisión: 1.0
28/12/2021

Quizá sea el momento de reconocerlo: este libro jamás habría visto la luz sin el entusiasmo y la confianza de Héléne Wadowski, una editora con coraje. Marie T. y Laurence B., con los cuales he tenido el gusto de trabajar, pueden y deben ser felicitados por su disponibilidad, su paciencia y su apoyo inquebrantable. El extraordinario ejército de mis correctores, nada corrientes (la increíblemente competente Muriel Zürcher, el fantásticamente presente g@rp, el terriblemente esencial Benjamin Hanneton, el excepcionalmente genial Brice Leclert y la extraordinariamente entusiasta Celine Jarnot), merece también una guardia de honor, una copa de Montrachet 1978 y/o una lluvia de pétalos de rosas de primera categoría. El mismo castigo para David C., sin el que nadie, absolutamente nadie, viviría en las nubes. En cuanto a Super Martin, Marjorie, Thaïs, Claire T. y los clubs de lectura del colegio de la Cote Roannaise en Renaison, dirigido por Christelle Layes, saben muy bien lo que uno de estos relatos les debe: se han ganado definitivamente mi gratitud. Katia Colin, por último, ha soportado mis jeremiadas narcisistas con su flema habitual (ella fue quien me dijo que este título sería el adecuado): me casaría con ella si no lo hubiera hecho ya.

*Este libro es para Alice y Nathan, por supuesto,
y para Pierre Bottero, Bruñe y Camille,
con esa pizca de tristeza extrañamente alegre
que conviene a la vida en general
y a esta clase de circunstancias en particular.*

PREFACIO

Desde hacía ocho meses no me separaba de él. Poeta: así lo había bautizado yo al sentir, desde la primera mirada, que ese título era el que más le encajaba.

Otros, tal vez, le habrían asignado unos títulos más ostentosos, o más espectaculares. Viajero. Cuentista. Iluminado. La verdad es que ninguna otra palabra le hacía más justicia que esta.

Ninguna revelaba mejor la turbia belleza de su búsqueda.

Un día empujé la puerta del hospital y me dije que había llegado el momento de hacer algo por mi prójimo. Entré en contacto con una asociación de ayuda a los enfermos. Firmé unos papeles, respondí unas preguntas y rellené un formulario. Por último, me condujeron a una sala. «Vamos a hacer una prueba —me explicó la responsable—. Tenemos a alguien que puede convenirle».

Ese alguien era el poeta.

La responsable hizo las presentaciones y después nos dejó solos. Ese día conversamos hasta el final del horario de visitas, e incluso un poco más. Creo que nos hicimos amigos de inmediato: entre nosotros pasaba una corriente, una cualidad apacible y misteriosa que llenaba incluso los silencios. Le confesé que era escritor. Él asintió con la cabeza. No parecía sorprendido ni impresionado en lo más mínimo.

Antes de irme, insistió en que nos estrecháramos la mano. En sus ojos brillaba una promesa. Estábamos unidos.

Solo iba a visitarlo una vez por semana. La responsable de la asociación me había advertido: «No lo fatigue demasiado. No le hable demasiado del mundo exterior. Vive en un equilibrio precario. Usted sabe el riesgo que corre».

Lo sabía, sí. Y tenía cuidado. En la medida de lo posible evitaba hablar de mí o de ese famoso mundo exterior. No es que esos temas estuvieran proscritos; digamos que había unos límites que era mejor no cruzar.

Nuestras conversaciones giraban, por lo general, en torno a la vida en el hospital, a las revistas

que devoraba (todas aquellas revistas de decoración y de medicina natural que se hallaban diseminadas por la sala) para no tener que pensar en todo lo demás; a los ensayos dedicados a la felicidad y a los tratados filosóficos que otros voluntarios le llevaban en carritos de la compra y que él fingía examinar para darles gusto.

El poeta era un hombre muy agradable. No tenía hermanos, ni siquiera primos lejanos o amigos. No debía de tener más de cuarenta años. Según sus propias palabras, en su vida anterior había viajado mucho. Primero había trabajado como profesor en un colegio de barrio; después, su padre había muerto y había sufrido una depresión bastante seria que le había llevado directamente a un centro especializado. Al salir de allí, había presentado su dimisión en el Ministerio de Educación y empezado a preparar lo que él llamaba su «vuelta al mundo».

Yo no disponía de más detalles. Su padre le había dejado una importante suma de dinero, suficiente para no tener que trabajar durante varios años.

Pretender que no quería saber nada más sería mentir. Los viajes del poeta me obsesionaban: por qué había partido, qué había descubierto, cómo había finalizado su periplo. Pero cada vez que salía el tema en nuestras conversaciones, él lo evitaba, asegurándome que «más tarde» lo entendería. Poco a poco abandoné la esperanza de que me hablara de ello. Eso, por supuesto, fue antes de que me entregara el famoso sobre. Antes de que me enterara de los dos secretos que me había ocultado hasta entonces.

Primer secreto: el poeta había escrito un libro.

Segundo secreto: su enfermedad era incurable; estaba condenado a corto plazo.

Obviamente, me enteré de todo esto en el mismo día. Recuerdo muy bien aquella mañana. Habíamos salido al jardín del hospital. Era uno de esos días de septiembre olvidados por el verano. Una pareja de mirlos jugueteaba en el césped. Sentado en su banco preferido, el poeta tenía un sobre encima de las rodillas. Me lo tendió y me hizo un gesto para que tomara asiento.

El sobre, de simple papel marrón, contenía un grueso fajo de folios llenos de una escritura apretada.

—No haga preguntas —me aconsejó mientras yo ojeaba rápidamente la primera página—. Anotar palabras en papel, no le descubro nada nuevo, es condenarlas al sueño; más aún, a la muerte. Si pudiera volver atrás, creo que me lo pensaría dos veces. Pero el mal ya está hecho, ¿no? Y, digan lo que digan, no estoy seguro de que exista otra forma de proceder.

Yo no sabía adonde quería llegar. Volví a meter los folios en el sobre.

—¿Qué se supone que debo hacer?

Se había levantado una suave brisa. Sonrió.

—Léalo. Léalo desde el principio hasta el final. Si le gusta, arrégleselas para hacer con ello un libro. Pero no con mi nombre, sino con el suyo. O con el de cualquier otro. A decir verdad, me da lo mismo.

Apoyándose en el reposabrazos, cogió su bastón y se alejó cojeando. El bastón era un accesorio nuevo para él, pero parecía haber formado parte de su personaje desde siempre. Me contuve para no correr tras él. La responsable de la asociación me había hablado en los pasillos. Excediéndose en su papel, había acabado por aclararme la patología del poeta, su carácter ineludible. Cuando le pregunté de qué forma podría ayudarle, su respuesta fue clara: «No cambie nada».

Volví a mirar el sobre. Leer ese texto era lo menos que podía hacer por mi amigo. En cuanto

a lo demás, ya vería.

Regresé a mi casa.

Las persianas estaban bajadas. Entorné las ventanas para que entrara el aire y puse un disco de Chopin. El sofá me esperaba. Un sofá con un gato encima y una taza de té al alcance de la mano. Leer es una ocupación importante que exige un ritual específico.

Saqué con solemnidad el texto del sobre. El principio parecía una carta de presentación.

A continuación, en toda una página, se desplegaba un título con grandes caracteres: *Vidas extraordinarias de gente corriente*. También había unas instrucciones de lectura.

La continuación parecía una colección de cuentos. Pronto me daría cuenta de que era mucho mas que eso.

Ahora daré paso al poeta. El texto que el lector se dispone a leer es la transcripción exacta, con algunas correcciones, del que tuve entre mis manos. En cuanto al nombre del autor, a falta de otro mejor, he decidido dejar el mío.

No estoy especialmente orgulloso de él, pero es lo que permite, creo, que esta obra exista.

Una última cosa. «Aparentemente» (escribo esta palabra entre comillas, porque, en definitiva, no estoy seguro al cien por cien), las historias que siguen son historias verdaderas. Es muy probable que nadie las hubiese conocido si mi amigo no me las hubiera regalado.

El poeta se proponía mostrar a la gente que la vida vale la pena vivirla. Era un soñador, un idealista. Los soñadores y los idealistas acaban sus días solos y afligidos: esto es una triste verdad. Sin embargo, sus historias les sobreviven y son libres.

De la misma forma, naturalmente, que el lector es libre de creerlas o no.

L.V.E.D.G.O. (Un preámbulo)

Algunas personas viven para el dinero. Otras, para la gloria o el poder, y la mayoría, para nada en particular. Un puñado de individuos, parece ser, sitúan el amor por encima de todo lo demás: una apuesta muy bella y muy arriesgada, si se me permite decirlo.

En cuanto a mí, vivía para las historias desde mi más tierna infancia. Jamás me bastaban.

Amenazaba a mi abuela. Suplicaba a mis padres. Acosaba a sus amigos. «Cuéntamelo. ¡Cuéntamelo!».

Como era persuasivo y muy buen oyente, la mayoría de los adultos trataban de satisfacerme.

—¿Ves aquel bosque de allí?

—Sí.

—Pues bien, dentro de él hay tigres.

—¿De verdad?

—¿Por qué habría de mentirte?

Yo era ávido y curioso, pero no idiota. No tardé en descubrir que me engañaban. Tenía cuatro años: el mundo se me vino abajo.

Con la esperanza de que pensara en otra cosa, mis padres me enseñaron a leer. El asunto se resolvió en unas semanas. El día en que fui por primera vez al colegio me inscribieron en la biblioteca municipal. Tuve la sensación de entrar en el País de las Maravillas.

La biblioteca no tardó en convertirse en mi segunda casa. Pasaba en ella la mayor parte del tiempo: sentado en un rincón y con una pila de libros debajo de la silla. Me sabía de memoria el nombre de todos los empleados y la lista completa de los códigos de clasificación.

Me había convertido en biblióvoro. ¿El tigre de la selva? Ese era yo. Las secciones de la biblioteca albergaban más de cuatro mil novelas. Tenía que devorarlas todas.

Las novelas cuentan historias inventadas. Lo sabía, era algo que ya no me planteaba ningún tipo de problema. Había desechado, provisionalmente, la realidad.

Me leí las cuatro mil novelas, y otras muchas más.

Leía en los lavabos.

Leía en la cama.

Leía mientras caminaba, mientras comía, tratando de seguir las clases. El único momento en

el que me detenía verdaderamente era cuando dormía. Pero entonces mi cerebro inventaba nuevas historias.

Como necesitaba ganarme la vida, me hice profesor. Traté de transmitir a los niños el gusto por la lectura. De transmitirles ese virus salvador.

Por regla general, la cosa no iba demasiado bien. Estaba triste, pero ¿qué podía hacer? Cuando regresaba a mi pisito, escribía sin descanso. Novelista, eso era lo que yo quería ser. Creador de historias. Comerciante de sueños.

Acabé una primera novela y después una segunda, pero no me parecían lo suficientemente redondas para mandárselas a un editor. Les faltaba algo; no sabía qué y eso me enloquecía.

Un día, mi madre murió. Mi padre la siguió unos meses más tarde. El frágil edificio que yo había conseguido preservar se desmoronó por completo. Una capa de tristeza se abatió sobre mis hombros. Una noche me encontraron deambulando por la calle, confuso y lloroso, vestido con un pijama de fantasía. No tenía la menor idea de lo que hacía allí. Me internaron.

Entonces fue cuando empecé a reflexionar.

Las historias de mis padres se habían ido con ellos para siempre. No solo las historias que ellos me habían contado, sino también las que habían vivido.

Seguí reflexionando, dándome de cabezazos contra las paredes. Tardé bastante tiempo en comprender qué era lo que no funcionaba en mí, pero el día en que esto sucedió todo se volvió perfectamente límpido. Salvo mis cuatro primeros años de vida, había pasado toda mi existencia en un universo imaginario. Pensando que podía prescindir de todo lo demás, solo me había alimentado de historias inventadas. En pocas palabras, había perseguido fantasmas y abrazado quimeras.

Había cometido un error.

Una mañana, me levanté y abrí la ventana de mi habitación.

Llovía a mares: alguien allá arriba había decidido dejarlo todo como nuevo. «No hay nada mejor que la realidad»: fue la frase que murmuré para mis adentros. Las historias inventadas nos reconfortan y nos seducen porque, al exhibir sin cesar su genial falsedad, nos recuerdan en voz baja que el lugar más prodigioso que existe es aquel en el que vivimos. ¿Acaso nuestras existencias no valen todas las novelas del mundo? Pensé en Dios como en un escritor perezoso, incapaz de releer sus textos.

Cerré la ventana. No seguiría allí. Estaba curado: sabía lo que quería.

No había nada mejor que la realidad. La magia de lo concreto, la maravillosa magia de las personas auténticas. Debía ponerme manos a la obra. Comprar libretas y bolígrafos. El mundo está lleno de historias genuinas, apasionantes, irreales. Alguien tenía que buscarlas y encontrarlas. Yo podía ser ese alguien. Podía emprender la búsqueda de personas y escuchar lo que tenían que decir.

Elaboré un plan. Calculé los costes. Siempre que no me lanzara a hacer gastos exagerados,

poseía el dinero suficiente para dar la vuelta al mundo durante dos o tres años. Volví a sentarme en mi despacho. Durante meses, examiné miles de periódicos y de páginas web. Cuando una historia me gustaba, la resumía en unas líneas y trataba de saber dónde había tenido lugar y cuáles eran los mejores testigos para contármela.

Hice llamadas telefónicas, envié cartas, faxes, correos electrónicos, rellené fichas, establecí clasificaciones, concerté citas. Recibí docenas de negativas, pero también muchos más «síes» sinceros de los que podía recibir. La selección sería drástica.

Cuando hube terminado, solo tenía veinte direcciones: veinte lugares diseminados por todo el mundo, y veinte historias, cada una de ellas más increíble que la otra.

El día en el que fui a comprar mi primer billete de avión se me ocurrió el título: Vidas extraordinarias de gente corriente.

En un café contiguo a mi agencia de viajes, un hombre empezó a contarme lo que le había sucedido hacía tres años en Australia, y su relato prometía ser tan simple, tan fabuloso y tan verdadero que no dudé ni un segundo en incluirlo en mi colección. La aventura había empezado.

VIDAS EXTRAORDINARIAS DE GENTE CORRIENTE

INSTRUCCIONES DE LECTURA

Apreciar el incienso, los pájaros, la lluvia ventosa, las notas de piano y las manchas de sol.

Estar solo, saber permanecer así; gozar de la tranquilidad y el silencio.

Hacerse niño; hacerse soñador. Desprenderse, como el espantapájaros, de los harapos.

Ver en toda primera frase la superficie de un agua negra; sumergirse en ella.

Ignorar el galope del tiempo; su música bastará.

Detenerse en un capítulo, escuchar su respiración lenta.

Suspirar. Reír. Llorar. Comentar en voz alta.

Pensar en el autor: sus paisajes / un tesoro perdido / la noche de su muerte.

Abstraerse del mundo y disfrutar del momento.

EN LA GLORIA MATUTINA

Cuando sucede algo extraordinario, la mayor parte de las personas invocan los caprichos del azar; algunos hablan de destino o de gran libro universal; otros, los menos, no se hacen ninguna pregunta.

Yo me limitaré a hacer una constatación: el día que conocí a David Marcus fue el día en el que esta recopilación se hizo realidad, aquel en el que dejó el mundo vago de los proyectos y de los sueños para encarnarse plenamente en el presente.

De todos los personajes que encontraréis en estas páginas, David es el único con el que no «traté» de contactar expresamente. Esto es, al menos en parte, lo que hace que su historia sea tan fascinante. A su manera, este hombre es la prueba de que en cada uno de nosotros resplandece un don secreto. Todo consiste en recordarlo. O en aceptarlo.

Nuestra conversación duró cerca de nueve horas. Empezó en la cola de una agencia de viajes, continuó en un café y luego en otro (cuando cerraron el primero), y acabó en un banco público de una gran avenida al este de París.

David Marcus es inglés por parte de madre y australiano por parte de padre. Es un hombretón con el rostro curtido por el sol y los ojos oscuros con reflejos dorados. No aparenta en absoluto los cincuenta años que tiene, posee la típica estampa de torero al que las mujeres, a su pesar, se vuelven a mirar.

El día en el que David me aborda estoy a punto de sacar un billete para Río de Janeiro. Justo en el momento en el que la dependienta me dice el precio, él me agarra el brazo.

—¿Se quedará en Río o solamente irá de paso?

Lo miro desconcertado.

—Iré solo de paso.

Se presenta, me pregunta el itinerario. Se lo cuento a grandes rasgos. Me lleva aparte.

—Mi cuñado posee una agencia de alquiler de coches en Brasilia. Es muy flexible. Si le gusta conducir, puede ser una buena idea aterrizar allí. ¿Tiene usted cinco minutos?

Miro a la dependienta; se impacienta.

—Entonces, ¿quiere ese billete de ida?

David Marcus me señala un café al otro lado de la calle.

—Le veo dubitativo. ¿Quiere que vayamos a hablar allí? Su billete puede esperar, si eso es lo que le preocupa.

Unos segundos más tarde, estoy sentado a una mesa con una cerveza delante, sometido a un fuego cruzado de preguntas. ¿Qué voy a hacer en Brasil? Expongo mi proyecto a David en dos palabras. Da una palmada en la mesa.

—¡Magnífico! Tiene razón, eso es lo que hay que hacer, ¡usted lo ha dicho! —Se expresa en un francés asombrosamente fluido, aunque con un ligero acento inglés que sospecho ficticio. Le pregunto a mi vez. Ha sido corredor de Bolsa, agente inmobiliario, buscador de pecios, antropólogo, socorrista y guía de montaña. Actualmente acompaña a grupos de turistas en autobús al corazón de Australia. ¿Tengo intención de ir allí algún día?

—No está en mis planes —le contesto—. Una pena, por otra parte, porque, además de la Antártida, Oceanía es el único continente que falta en mi lista. Supongo que no he encontrado la historia adecuada.

—¡No ha debido de buscar demasiado!

Me encojo de hombros. David Marcus pide una segunda ronda de cerveza y anuncia que no me dejará pagar, que no insista. Se inclina sobre la mesa:

—De modo que lo suyo son las historias increíbles, pero cien por cien verídicas, ¿no es así? Vividas por personas que no estaban preparadas en absoluto.

—En cierto modo. He pensado en un título: *Vidas extraordinarias de gente corriente*.

—Ah, qué pena.

—¿Por qué?

Toma un sorbo de cerveza.

—No creo que yo sea alguien especialmente corriente. No pretendo jactarme, entendámonos. Lo que ocurre es que mi madre falleció dos años después de traerme al mundo, pisoteada por un elefante en las calles de Macao, y tras ese accidente, mi vida se transformó en una sucesión ininterrumpida de golpes de suerte increíbles y de catástrofes en serie.

Choca su copa contra la mía, escruta mi rostro y reprime un eructo:

—Puede decirse que no he hecho otra cosa que crear problemas.

—¿Tiene usted una historia increíble que contarme, señor Marcus?

—¿Por qué me lo pregunta?

—Todo el mundo es corriente hasta que no se demuestre lo contrario. Son las circunstancias las que nos modelan. Los encuentros.

—Muy bien.

Una ambulancia pasa a toda velocidad. Un semáforo parpadea. Oleadas de peatones cruzan la calle.

—Muy bien —repite—. Quizá tenga una historia para usted. Lo malo es que no puedo demostrarle que sea cierta. El único hombre que podría certificarlo no se encuentra entre nosotros.

—¿Está dispuesto a jurar?

—¿Jurar?

—A prestar juramento. Por lo que usted más quiera.

Pasa un dedo por el borde de su copa.

—Lo que más quiero es lo que todos compartimos: la vida. La suerte de estar aquí, si lo prefiere. La suerte de respirar, de sufrir, de soñar. La gente olvida hasta qué punto vivir es un don.

—Es una opinión que suscribo totalmente. Entonces, ¿lo jura?

Levanta la mano derecha, solemne.

—Aquí y ahora. Lo juro, sí. Pero le prevengo: el final es difícil de aceptar. Se arriesga a quedarse con la miel en los labios.

—Le animo a lanzarse.

Con las manos detrás de la nuca, echa la cabeza hacia atrás en la silla.

—¿Conoce la gloria matutina?

—No.

El rostro se le ilumina.

—Hombre afortunado, lis una nube.

—¿Solo... una nube?

—No, no «solo» una nube. Es la nube más rara del mundo. Y también la más bonita. El grial de los cazadores de nubes.

Cruzo las manos encima de la mesa. Cazadores de nubes, ¿eh? No debe de ser una profesión muy común.

David Marcus sonríe.

—Digamos que es necesario tener tiempo y bastante dinero. Pero hablemos de la gloria primero: se trata de una nube lisa y tubular que puede extenderse a lo largo de cientos de kilómetros y solo se forma cuando se dan unas condiciones muy particulares. Para los amantes del vuelo sin motor, la gloria representa una experiencia absolutamente única. Surfear en ella es una felicidad que no se olvida jamás.

—¿Usted ya lo ha hecho?

Hace caso omiso de mi pregunta.

—Nadie sabe cómo nace la gloria matutina. Se supone que aparece en medio de una colisión de vientos contrarios; la verdad es que los parámetros son innumerables. En teoría, las glorias pueden formarse en el centro de Estados Unidos, sobre el canal de la Mancha, al este de Rusia, en todas partes. Los berlineses divisaron una en 1968. Pero solo existe un lugar en el mundo donde se manifiestan con regularidad: Australia. Más exactamente, en las inmediaciones del golfo de Carpentaria, separado del mar del Coral por Cabo York, un cuadrado de cuatrocientos kilómetros de lado. Allí pueden verse cada año, normalmente de septiembre a enero. Hay gente que está dispuesta a recorrer decenas de miles de kilómetros para contemplar esas maravillas. Yo pertenezco a esa hermandad de chiflados.

Con las manos curvadas, imita el movimiento de un túnel, de un tubo en rotación que se desliza por el cielo como una ola.

—Antes de que la nube llegue —murmura—, en los primeros temblores del alba, las hojas se agitan y se levanta el polvo. En los cristales de las ventanas aparece escarcha y, bajo el efecto de la humedad, los tablones de madera se arquean. Después, se produce una calma terrible, más impresionante todavía que la que precede a un eclipse solar. La nube avanza. Los animales se

quedan inmóviles. El viento deja de soplar. En unos minutos, el mundo se duerme.

Se queda pensativo. Cambia inopinadamente de tema. Me habla de su vida, de sus éxitos y de sus decepciones. Recuerda a su primera mujer y a la segunda. Las cervezas se acumulan.

—El libro que tiene usted en mente... está en sus comienzos, ¿no es cierto?

—Se puede decir que sí.

—Me gustaría figurar en primer lugar, si no le importa. Al principio. Dicen que los grandes viajes empiezan en los aeropuertos. Considere este café como la antesala de su aeropuerto número 1, ¿de acuerdo?

Me tiende la mano. Se la estrecho con energía.

—Trato hecho.

No lejos del golfo de Carpentaria, en las márgenes de un río olvidado, se encuentra un minúsculo pueblo llamado Burketown, con una población de ciento cincuenta habitantes, doscientos en la temporada de nubes.

Perdido en el norte de Queensland (una sabana inhóspita, arrasada por los ciclones), Burketown encaja con la idea que por lo general se tiene del fin del mundo. Algunas chabolas de uralita montadas sobre pilotes vigilan unas pistas rojas bordeadas por postes eléctricos. Cada año, en noviembre y diciembre, hordas de aficionados al ultraligero y al planeador se reúnen en la zona con la esperanza de surfear la nube más gigantesca del mundo.

David Marcus tuvo esta oportunidad hace veinte años.

—En aquella época —cuenta—, el fenómeno era todavía menos conocido que hoy, y llegar a Burketown era de por sí una aventura. Uno de mis amigos era piloto de planeador. Un empleado de mi padre, que trabajaba en Darwin, nos había hablado de la gloria matutina. Nuestra idea era fotografiar esa maldita nube y vender las fotos a *National Geographic* o a cualquiera que se mostrara interesado. A todos los que les hablábamos de este proyecto les parecíamos unos chiflados, lo cual nos motivaba todavía más.

Se detiene un segundo, sigue con la mirada a una camarera.

—Llegamos a principios de noviembre. En Burketown había solamente un hotel, si se le podía llamar así. Solo transportar el planeador y ponerlo en condiciones nos costó cinco mil dólares. Le doy los detalles de la escapada. Naturalmente, solo podíamos contar con nuestro propio dinero. Todas las mañanas nos levantábamos antes del amanecer para acechar posibles perturbaciones. No se anunciaba nada, era una situación bastante dura para los nervios. Por otro lado, no estábamos solos. Otra docena de pilotos se habían alojado en la casa de Paul Poole, quien se encargaba también del campo de aviación local. Para algunos era la cuarta o quinta vez. Todos contaban historias maravillosas y mostraban la misma expresión lúgubre. «Esta nube es como si la mujer más guapa del mundo te hubiera dado cita en un lugar que solo tú conoces —resumía uno de ellos—, y hubiera olvidado comunicarte la fecha». Venía de Sydney. Había llegado en coche con su novia. Se le veía agotado.

Le pregunto cómo pasaba los días. Se ríe por lo bajo.

—Esperando. Conversando —contesta—. ¿Qué otra cosa hacer? Volar estaba descartado por completo, de modo que acechábamos las señales. Los vientos marinos. El pico de alta presión por encima del cabo. El día que no había viento, la decepción estaba asegurada. En la isla de

Bentinck, algunos aborígenes conocían danzas para atraer a la nube. La llamaban el *yippipee*. Sus fábulas surrealistas nos acariciaban los oídos. Y luego estaban los riesgos. Los relatos funestos, los avisos, los cuchicheos. Sin duda, las nubes favorecen la manifestación de ondas formidablemente propicias, de aventuras interminables y embriagadoras. Pero cuando dos glorias se encontraban (lo que podía suceder, lo que sucedía a veces; e incluso tres glorias o cuatro, según contaba un viejo piloto a quien quisiera oírle), el aire entraba en turbulencia y se encolerizaba: un auténtico peligro para los planeadores. Mi colega fruncía el ceño. A pesar de tener cientos de horas de vuelo, nunca se había medido con una gloria matutina, y la espera sin futuro no hacía más que agravar su aprensión.

»Decidimos quedarnos en Burketown, pasara lo que pasara. Ya habíamos gastado demasiado dinero.

»Empezamos a recibir una serie de llamadas desde Darwin. Todo eran malas noticias. Mi novia de entonces estaba poniendo pies en polvorosa. *National Geographic* rechazaba por principio un reportaje *amateur*. Otras revistas nos cerraban sus puertas. Una mañana me anunciaron que mi padre había sufrido un infarto. Todo, aparentemente, conspiraba para que nos rindiéramos. Entre aquella maldita nube y nosotros se había entablado una lucha a muerte. Yo me sentía como Don Quijote.

Hace una pausa, mira hacia fuera. Ha anochecido. El dueño del café ordena las sillas; son las ocho, nos informa, hora de cerrar. ¿Se apresurará David a finalizar su historia? Me temo que sí. ¡Hombre de poca fe! Mi interlocutor señala plácidamente un segundo café situado en la misma avenida, un poco más arriba.

—Ahí sirven unos excelentes filetes encebollados. Vamos, le invito.

Cuando la gloria matutina aparece, ya no hay tiempo para reflexionar. Después de un día y una noche bastante ventosos, los rizos y las contorsiones del túnel monumental se forman y desaparecen sin cesar, centelleando sobre los reflejos nacientes de la aurora y produciendo un amplio movimiento reptante.

David y su piloto saltan a su vehículo. Los otros ya han partido. En el campo de aviación, se emplean en secar el rocío de las alas de sus planeadores. Pronto los aviones despegan con el viento de frente. A treinta kilómetros al norte de la ciudad, al nivel del litoral, la gloria matutina avanza, lisa y sedosa como un sueño. «Cincuenta kilómetros de longitud —anuncia el piloto a su pasajero—. Agárrate, vamos a ver a ese encanto desde más cerca».

Aferrado a su asiento, David Marcus abre los ojos como platos. Bajo los rayos del sol naciente, las alas de los planeadores brillan como planchas de surf enceradas. Deslizándose por el borde del tubo, parecen minúsculos. El sol sale por encima de la formación, y la ola hinchada se adorna con nubes azules, rosadas y anaranjadas.

—Parecía una pintura del Renacimiento italiano —cuenta David—. Un cuadro en el que sumergirse y perderse para siempre. No creo en Dios, ¿sabe? Creo en la belleza. Aquella mañana, no había otra opción.

Recortándose contra el cielo, los planeadores van a la deriva y se separan, fluyendo a lo largo de las ondulaciones tibias. Toman velocidad, remontan la pendiente, inclinan un ala, se deslizan realmente sobre la nube.

El tiempo ya no existe.

—Abrimos la cúpula —continúa mi interlocutor—, de forma que ningún obstáculo nos impidiera observar la nube tal y como se merecía. Mi piloto estaba concentrado en las maniobras. No vio lo que yo vi.

—¿Es decir?

David Marcus hace crujir sus nudillos. Su mirada se enturbia.

—Hasta aquí ha sido solo interesante y un poco exótico. A partir de este momento se vuelve difícilísimo de creer. Casi un mito.

Se acerca la copa a los labios por enésima vez. El alcohol no parece hacerle efecto alguno.

—Podemos hablar de visiones —dice—. De espejismos, de alucinaciones. Ignoro qué palabra se adecuaría mejor. Solo sé que aquello era real. Tan real como usted y yo en esta mesa tomando una copa.

El camarero trae nuestros platos. David sacude su servilleta para desplegarla, se la anuda alrededor del cuello y después empuña el tenedor; durante unos minutos come con ganas. Al final, apoya las manos a ambos lados del plato.

—Imagínese la escena. La primera escena: un niño de dos o tres años sentado en el suelo jugando.

—¿Un niño?

—Sí.

—Pero ¿dónde?

—En la nube.

—En...

—A unos veinte metros de nuestro planeador. Cuando pasamos a su lado, alzó la cabeza. Íbamos a una velocidad de ochenta nudos. No se puede decir que aquello durara mucho. Me di la vuelta en mi asiento. El niño estaba allí, tranquilo, concentrado. Reía. No dije nada a mi piloto. ¿Para qué? Ya no pensaba en nada. La locura del momento, la magnificencia del espectáculo, todas esas mañanas en las que nos habíamos levantado a las cinco...

Toso y me tapo la boca con la mano. Él frunce el ceño.

—¿Qué ocurre? ¿No me cree?

—Sí —contesto.

—Veo perfectamente que no.

—Usted no ve nada de nada.

—Está bien.

Señala mi plato.

—¿No se lo acaba? Adivine la continuación, la siguiente escena que vi. Un astronauta. Un astronauta con traje espacial, preparado para caminar por la Luna. Salvo que no estábamos en la... ejem, ya me entiende. El hombre sujetaba una bandera. Estaba dispuesto a plantarla. Se detuvo al verme. Después agitó la mano a modo de saludo. Esa vez cogí la cámara fotográfica. Pero sin ningún resultado. Aquello se movía demasiado.

—¿Cómo era la bandera?

—Estadounidense. Con las barras y las estrellas.

—¿A qué distancia se encontraba usted?

—Parecida a la primera vez, Sherlock. Más o menos. Mi astronauta apareció en lo alto de una

cima. Parecía haber tomado posiciones sobre un peñón.

—¿Y su piloto seguía sin ver nada?

—Sí.

—Presumo que hay una tercera escena.

—La hay. Diez minutos más tarde. Poco antes de que diéramos media vuelta. Un anciano en una mecedora, con mono azul, barba y un sombrero de paja. Estaba en medio de la gloria. Con las manos cruzadas sobre el vientre. No creo que durmiera, y si era así, la mecedora se movía sola. Esta vez estábamos aún más cerca, estoy seguro. Lo único que recuerdo haber pensado cuando vi a aquel anciano fue: «Dios, ¡qué agradable debe de ser dormir con toda esa luz!». Lo seguí durante mucho tiempo con la mirada, poniéndome la mano a modo de visera. Para acabar, viramos y desapareció en un intenso centelleo de polvo en suspensión. Ni siquiera me acordé de la cámara fotográfica. Estaba sin respiración. Lloré.

—Lloró.

Asiente.

—Hasta que no se vive la experiencia de planear allá arriba no se puede comprender. No tengo palabras para describirlo. Me dieron ganas de saltar a la nube varias veces. Estaba seguro de que era posible. De que no era peligroso.

—¿Qué fue lo que se lo impidió?

Ríe.

—El cinturón de seguridad —se le ensombrece el rostro—. Nunca he intentado saber qué significaban aquellas visiones. ¿Las etapas de mi vida? ¿Las etapas de la vida en general? ¿Algo completamente diferente? Con permiso de Freud y compañía, nadie sabe si los sueños hablan del pasado o del futuro, si ni siquiera hablan de algo. No quiero hacer proselitismo. Estoy seguro de lo que vi. Se lo conté a mi padre en su lecho de muerte, y a una mujer no hace mucho tiempo. Usted es el tercero. Que me crea o no me es indiferente. No lo digo con mala intención. Haga lo que considere oportuno.

Me guiña un ojo, se estira y me pregunta:

—¿Espera la conclusión?

—La temo y la espero.

—Tiene mucha razón. Mi amigo piloto murió en un accidente de coche dos semanas después de nuestro regreso a Darwin. Mi padre sufrió un segundo infarto y después un tercero que se lo llevó a mejor vida. Mi exnovia se casó con el que yo consideraba hasta entonces mi mejor amigo. Un periodo de oscuridad. Pero le confesaré algo: no me importaba. No me importaba en absoluto. Me sentía ligero, libre, ajeno a las convulsiones del mundo. Mi gente me encontraba «cambiado». Claro que estaba cambiado. Algo había pasado allá arriba.

—¿Qué?

—Es difícil de explicar. Pero puedo intentarlo. Una fuerza me guiaba, eso es. Me sigue guiando. Lo de menos es saber de dónde viene y para qué sirve. Existe y con eso me basta. Como la vida, como la muerte. Todo esto tiene un sentido. Y no conocerlo es bastante relajante.

Un camarero nos trae la que debe de ser la cerveza número mil de la velada. David Marcus se abandona a la borrachera, pero eso no tiene nada que ver con lo que cuenta. Su rostro está relajado. Cuando dice que no trata de convencerme de nada, siento una necesidad furiosa de creerle.

No diré nada más acerca de sus visiones. ¿Qué podría añadir? Un hombre vio a unas personas en las nubes: unas personas que parecían contentas de estar allí arriba y no se preocupaban ni del tiempo ni de la gravedad.

La velada concluye en un banco público. Hablamos un poco de todo y después nos despedimos. Antes de separarnos, nos intercambiamos nuestras direcciones.

—¡No olvide su promesa! —grita David metiéndose en un taxi—. ¡El primer lugar!

Me quedo sin reaccionar incluso mucho después de que se haya ido.

Unos días más tarde, compro un libro sobre los fenómenos atmosféricos. El autor menciona brevemente las glorias matutinas. «Un fenómeno inaudito y rarísimo —escribe—. Se estima que una centena de personas han podido acercarse a una gloria». A continuación hay una veintena de fotos tomadas desde un avión. Efectivamente, la belleza de esas nubes está por encima de nuestra comprensión.

Por un momento, a pesar de lo que vivió después, o a causa de ello, envidio a David Marcus. Es un sentimiento inusual para mí. Con la esperanza de disiparlo, decido escribirle. Le pregunto si él también ha conservado fotos. Si hay algo que ha olvidado decirme.

La carta me es devuelta al cabo de tres semanas con la siguiente nota: «Ya no vive en la dirección indicada».

No sé qué pensar. Supongo que el alcohol le hizo cometer un error cuando me apuntó sus datos. Quizá no haya querido ir más allá, por temor a añadir algo superfluo a lo esencial. ¿Continúa su camino? Cada vez que tomo un avión, me acuerdo de él y de la suerte que tuvo. Con la nariz pegada a la ventanilla, intento distinguir algo en la franja de nubes. ¿Quién no lo intentaría?

REGRESO DE LA ATLÁNTIDA

—Los tres intervenimos en esta historia —observa Mercedes con lágrimas en los ojos mientras acaba de secar los platos—. Siempre hemos estado unidos, y ahora eso no va a cambiar. No haga caso —añade para tranquilizarme—; estamos felices, no se imagina hasta qué punto.

La sigo por el pasillo. A un lado, el cuarto donde descansa su marido, Cayetano, en coma desde hace varios años. Al otro, el de Júpiter, su hijo, siete años: un niño que ya no es como los otros.

Supe de la existencia de los Lascaray por casualidad, gracias a un foro dedicado a los fenómenos paranormales. Uno de los participantes, el profesor Ortolano, especialista en civilizaciones perdidas, intervino en él personalmente para recordar su última expedición hasta la fecha. Copio aquí lo esencial de su artículo:

Aunque una comunidad científica cada vez mayor admite ya la existencia de la Atlántida, su localización sigue siendo objeto de grandes especulaciones. Diversos expertos, coincidiendo en esto con el filósofo Platón, piensan que estaba situada en los confines del Mediterráneo; otros, entre los que me encuentro, la sitúan en algún lugar del océano Atlántico, considerando que las islas Bimini, en el mar de Florida (donde recientemente se han descubierto unas ruinas submarinas), constituyen sus últimos vestigios. Los megalitos de las regiones costeras de Europa y de África del Norte, aparecidos por primera vez alrededor del quinto milenio antes de Cristo, o sea, poco tiempo después de la supuesta fecha del hundimiento de la civilización atlante, respaldan esta tesis.

Nosotros postulamos que los atlantes debieron de colonizar los ríos de Europa, la costa del norte de África y de Egipto, y una parte del litoral italiano, antes de desaparecer. Existen suficientes evidencias arqueológicas a lo largo del Paleolítico para que el predominio de la navegación en esa época dé credibilidad a esta teoría. [...] Por otra parte, la influencia atlante en las culturas neolíticas es indudable cuando se comparan los métodos de construcción de los edificios ciclópeos y los dispositivos arquitectónicos de los monumentos megalíticos con ciertas estructuras submarinas de varias zonas costeras, particularmente en Europa occidental y en el Mediterráneo.

Hace dos años y medio organicé una expedición científica a unas cincuenta millas náuticas al

sur de Tenerife, en las islas Canarias, para tratar de identificar un enorme objeto paralelepípedo localizado a ciento veinte metros de profundidad.

Gracias al apoyo de un grupo industrial español, la expedición fue dotada de los medios adecuados, incluido un submarino de bolsillo, y la participación de eminentes especialistas en arqueología. Rodamos una serie de películas mostrando que, además del paralelepípedo, dos estructuras piramidales de ciento cincuenta metros de altura y una base de trescientos metros de ancho, situadas a una distancia de varios cientos de metros, pero conectadas por un muro exterior, componían un conjunto mucho más extenso de lo que habíamos imaginado: una ciudad submarina.

Por desgracia, como sin duda ustedes sabrán, las películas en cuestión, que constituyen a mis ojos una prueba irrefutable de la existencia de la civilización atlante, fueron requisadas por el gobierno español con pretextos jurídicos relacionados con unas malversaciones aparentemente efectuadas por el grupo financiero. [...] A día de hoy, unos documentos fundamentales para el conocimiento de las civilizaciones perdidas, documentos que somos los únicos que podemos aprovechar y analizar como se merecen, yacen inútilmente en los archivos del Estado español, esperando una resolución judicial que aún tenemos la esperanza de que sea favorable.

Escribí al profesor. No sé qué era lo que me fascinaba de él: ¿su fe desesperada en sus teorías? ¿La indiferencia manifestada hacia sus autores? El caso es que nos carteamos durante algunos meses, y así fue como la historia de Cayetano Lascaray, de cuarenta y cuatro años, buzo profesional y miembro de su expedición, llegó hasta mí.

Hace más de tres años que Cayetano vegeta en un coma profundo. Al término de una de sus inmersiones, y por una razón hasta ahora desconocida, subió demasiado deprisa a la superficie sin respetar las etapas reglamentarias. Unos minutos después de que lo hubieran izado al puente, sufrió lo que los buzos llaman un síndrome de descompresión.

Los médicos no saben si volverá a despertar algún día. Según Mercedes, las lesiones causadas en su cerebro no parecen irreversibles. Por lo tanto, subsiste una ligera esperanza; aparentemente, la esperanza es lo único que les queda a los Lascaray.

Las Galletas, en el extremo sur de Tenerife. Mercedes y su marido viven en un piso de tres habitaciones frente al mar, encima de una marisquería. Las ventanas están abiertas, la brisa mueve las cortinas. Todo es cálido, silencioso, casi perfecto. En el horizonte, el azul del cielo se funde con el gris del mar. Cuando le pregunto cómo llegó hasta aquí, Mercedes me sonríe.

—Es mi ciudad natal —me explica, acodada en el balcón—, y también la de Cayetano. Nos conocimos en el colegio y nunca nos hemos separado. Mi hijo nació en este piso. Mi madre vive a quinientos metros. ¿Por qué deberíamos marcharnos?

Situado a unos quince kilómetros de las playas de los Cristianos y de las Américas, ambas muy frecuentadas por los turistas, Las Galletas es un tranquilo pueblo de pescadores que goza de un clima uniforme durante todo el año. Es también, y sobre todo, un paraíso para los buceadores. Formada por las erupciones volcánicas, la isla ofrece un panorama submarino espectacular: coladas de lava solidificadas, cúmulos irregulares, grutas, arcos, órganos basálticos y cañones entrecortados por arenales amarillos. Es fácil imaginar, cuando se baja algunos metros, el choque

entre el agua y las coladas candentes, el trabajo de la materia, la violenta fusión que ha esculpido estos paisajes fantasmagóricos.

La tarde se alarga. El pequeño Júpiter se ha metido en su cuarto y trabaja en su gran obra (volveré a ello). Mercedes y yo hemos sacado unas sillas al balcón. Esta mañana, la mujer ha procedido al aseo de su marido: dos horas de cuidados diarios. El resto del tiempo lo dedica a las tareas de la casa.

—No hemos recibido indemnización alguna por el accidente de Cayetano —aclara—. Hemos tenido problemas con la aseguradora porque la inmersión era ilegal. Contratar a un abogado nos costaría demasiado. Prefiero salir del paso de otra manera. Con una auxiliar de enfermería.

—¿Y el profesor Ortolano? ¿Está usted en contacto con él?

—El profesor es un marginal. Me escribe dos o tres veces al año para pedirme noticias. Promete que me enviará dinero. Todavía estoy esperando.

—¿Dónde vive?

—En Sevilla. Pero viaja constantemente.

Reflexiona durante un momento.

—Con respecto a sus teorías sobre la Atlántida... Me gustaría preguntarle...

—¿Si las comparto? No me apetece responder a eso. Sé que allí, debajo de la superficie, hay algo. —Abarca el mar con un gesto de la mano—. Una ciudad submarina. Ignoro los detalles. No soy especialista.

—¿Ha visto las películas de la expedición?

Niega con la cabeza.

—Que yo sepa, nadie las ha visionado nunca, salvo Ortolano.

Silencio. Hace unas semanas, Mercedes me envió una larga carta contándome su vida y la de su familia. Me quedé boquiabierto: los pocos correos electrónicos que habíamos intercambiado hasta entonces no permitían presagiar esa confidencia.

Hoy sigo ignorando por qué Mercedes decidió abrirse a mí de esa forma, pero me alegro de que lo haya hecho.

La habitación de Júpiter da a un patio. En una esquina hay una cama de niño y, junto a ella, una mesa barata con una silla plegable. Fijada en la pared, una repisa se arquea bajo el peso de los libros y trofeos: el chico, que quiere ser deportista profesional «cuando sea mayor», participa regularmente en competiciones de natación. Pero por ahora se dedica a otro proyecto. Proyecto que se revela incapaz de explicitar de forma inteligible. En medio de la habitación, una tabla de contrachapado montada sobre unos caballetes soporta una amplia maqueta de una ciudad laberinto, rica en innumerables detalles, provista de templos, de casas y de fuentes. En los extremos se alzan dos pirámides. Las construcciones, pintadas a mano en tonos ocres, son de plástico y de poliestireno. Cada una posee sus puertas, sus ventanas, su atrio... ¿Es necesario preguntar el nombre de esta ciudad?

—De hecho —explica el chico—, no lo tiene. Pero sé muy bien dónde se encuentra. Y sé que en la vida real se parece a esta.

—¿En la vida real?

—Bajo el mar.

Me inclino sobre la construcción. Callejuelas, escaleras, lavaderos y hornos de pan, todo está reproducido casi al milímetro. A nivel arquitectónico, es una mezcla del antiguo Egipto, las ruinas de Herculano y los jardines colgantes de Babilonia. Señalo una pirámide.

—Tu padre hizo una inmersión aquí, ¿no es cierto?

—Sí.

—¿Cómo se te ocurren estas ideas?

Señala la habitación de sus padres.

—No lo sé. Habría que preguntárselo a mi padre. Me puse a hacer este trabajo unos días después de que regresara a casa. Antes estaba en el hospital: demasiado lejos de nosotros. Ahora es como si él me inspirara. Y no puedo parar.

—¿Te hablaba tu padre de sus inmersiones?

—No. Yo era demasiado pequeño.

—Y desde su... accidente, ¿has tratado de conocer más cosas sobre su trabajo?

Júpiter niega con la cabeza. Las pirámides son edificios escalonados, provistos de boquetes laterales y cilíndricos.

—¿Y esto qué es?

—Esto era para el dios del viento.

—¿El dios del viento?

—Sonaba cuando el viento rugía, y la gente decía que era el dios del viento, y ellos le dejaban hablar de muchas formas diferentes.

—¿Tienes una idea de quiénes eran esas gentes que evocas?

—No mucho.

—¿Los atlantes? ¿Has oído hablar de los atlantes?

—Sí.

Mercedes consigue llamar mi atención y adivino por su expresión que es conveniente que ponga fin a la conversación.

—Ya sabe usted lo que se dice de los grandes artistas —me conduce a la sala—: la obra se realiza «a través» de ellos. Francamente, no veo otra forma mejor de explicar lo que le omite a mi hijo. Apenas es consciente de lo que construye. Algunas noches me lo encuentro sentado encima de la cama, con las pinzas y los pinceles en las manos. Si le dejara, trabajaría en ello las veinticuatro horas del día.

Ha anochecido, pero las ventanas se han quedado abiertas y las cortinas siguen moviéndose. Mercedes me ha hecho pasar a su cuarto hace un rato. Me ha contado cómo vivía Cayetano, para qué sirven las máquinas a las que está conectado. Otra ya estaría sumida hace tiempo en el abatimiento y en la resignación; pero ella no conoce esa palabra.

Vive para su hijo, por supuesto. Pero no solo.

En la cocina inmersa en la penumbra, Mercedes sopla sobre su taza de té.

—Mis primeros sueños, la gran ciudad bajo el mar, empecé a tenerlos a los pocos días de haber regresado mi marido. Al principio eran pesadillas, solo eso. Me perdía en el corazón del laberinto y acababa ahogándome. Después, Júpiter empezó con su maqueta. Parecía construirla para guiarme. Cuando sueño me limito a explorar los lugares que él ya ha construido: así no corro el peligro de perderme.

Enciende un cigarrillo, da una calada y me mira fijamente.

—¿Usted no fuma?

—No.

—Yo antes tampoco. Ahora esto me prepara para el sueño. Es como un rito especial.

Ríe, y su risa cae en cascada en medio de la noche, como un collar de perlas roto.

—Usted se pregunta adonde nos conducirá todo esto, ¿no?

—Yo no pienso en esos términos.

—Busco la pieza central.

—No le entiendo.

Da otra calada y luego aplasta su cigarrillo en el cenicero.

—No exploro esta ciudad en vano. Mi marido se encuentra en el interior, en alguna parte. Lo importante es saber dónde. Sé que puedo seguir buscando durante años. Sé también que acabaré por encontrarlo. Estará ahí, sentado en medio del patio, en una silla sencilla. Estará ahí esperándome.

Las dos de la mañana: ya es hora de dormir. Mercedes abre el sofá cama para mí.

Como cada noche, ella se conformará con un colchón instalado al pie del lecho conyugal.

Nos damos las buenas noches. Leo durante un cuarto de hora y después apago la luz.

Las dos y media: no consigo conciliar el sueño. Las palabras que Mercedes ha pronunciado antes de irse continúan dando vueltas en mi cabeza. «Los tres intervinimos en esta historia».

Cayetano ha visto las ruinas. Júpiter construye la ciudad. Mercedes se desliza por ella en sueños, deambula por sus meandros. Un día encontrará a Cayetano. ¿Qué pasará entonces? Misterio.

Mercedes no ha considerado útil contarme lo que le sucedió al profesor Ortolano. Los sueños de su familia los vive como un don, como una aventura interior. Al igual que a su hijo, le da igual saber si la ciudad que su marido ha explorado es realmente una ciudad atlante.

—Ante todo es la ciudad de nuestro amor —me confía—. Usted no sabe lo que sucede en mi interior. Mi hijo me habla a veces de ello. Venga usted a verme dormir, si quiere.

Las tres de la mañana: el típico insomnio. Avanzo de puntillas por el corredor. Las puertas de las habitaciones están entornadas. Envuelto en las sábanas, Júpiter duerme profundamente. Su maqueta palpita con un extraño resplandor; quizá solo sea el fruto de mi imaginación.

Ahora abro la puerta del dormitorio conyugal. Tardo unos minutos en acostumbrarme a la oscuridad.

La ventana está abierta. Tumbada boca arriba, al pie de la cama eléctrica, Mercedes tiene cogida la mano de su marido. Suavemente, su otro brazo se mueve. Parece nadar a braza. De sus

labios sale un gemido. Una frase se destaca perfectamente clara: «Creo que nunca había venido todavía por aquí».

Tengo la sensación de estar violando un santuario. Conteniendo la respiración, me bato en retirada, llego a la sala y apago todas las luces.

Al día siguiente, en la cocina, Mercedes me saluda como si nada hubiera pasado. Su rostro está tranquilo. Sus párpados entrecerrados filtran la luz dorada.

Acerco una silla y me siento a su lado. Son las ocho y Las Galletas se anima poco a poco; se oye a unos hombres insultarse afuera.

—¿Ha dormido bien?

—Muy bien, gracias.

Júpiter se ha ido al colegio. En cuanto a Mercedes, hoy va más tarde a trabajar. A Cayetano le han lavado y le han cortado las uñas, y ella le ha masajeado las piernas. La auxiliar a tiempo parcial vendrá para relevarla.

—Es extraño —digo.

—¿El qué?

—Sus ojos. Aquí nadie los tiene azules.

Sonríe.

—Antes no los tenía azules. Los tenía marrones. Me cambiaron de color hace tres años, nada más tener mis primeros sueños.

—ES...

—¿Difícil de creer? Eso me dicen. Los vecinos están convencidos de que me he puesto lentillas. No intento convencerlos. En cuanto a Júpiter, sabe muy bien que es mi verdadero color. Honestamente, es lo único que me importa.

CLARO COMO EL AGUA DE LA FUENTE

¿Os gusta vivir peligrosamente? Tomad el vuelo Katmandú-Lukla.

Tras levantarme a las seis de la mañana, trato de completar mi mochila sin cargarla demasiado, guardando en la cazadora todos los objetos —termos, diario, linterna, etc.— que me caben en ella. Delante del espejo del cuarto de baño parezco un muñeco Michelin. No me queda más remedio: controlan drásticamente el peso del equipaje destinado a la bodega; tengo que limitar mi carga al máximo.

En la furgoneta que me lleva al aeropuerto, ajusto mi reloj a la hora local. Comienza a amanecer. Unas espesas nubes oscurecen el cielo.

En condiciones normales no me da miedo volar. Aravinda Manesh, el dueño del Lalitchandra, trató de tranquilizarme en el último correo electrónico que consiguió enviarme: la mayoría de los pilotos son «muy» experimentados. Sin embargo, a medida que la hora del despegue se acerca, y mientras pesan nuestras maletas, una angustia irresistible se apodera de mí. Hay que reconocerlo: el vuelo que me dispongo a tomar es bastante especial. Situada en medio de las montañas, la pista de Lukla se reduce a una estrecha meseta inclinada. En un extremo, un precipicio de mil metros; en el otro, la ladera de una montaña. El perímetro de seguridad es escaso.

En la abarrotada sala de espera, observo a mis compañeros de aventura, alpinistas veteranos en su mayor parte, pero también me fijo en un hombre con una trenca azul, oculto tras unas gruesas gafas de sol. Lo acompaña una joven envuelta en un abrigo de piel. Mastica chicle con una especie de saña ansiosa.

Se abren las puertas. Los días de suerte como hoy, los vuelos a Lukla están asegurados por unas avionetas tipo Twin Otter que son capaces de transportar veinte pasajeros y novecientos kilos de carga. En otras ocasiones, son viejos helicópteros rusos los que hacen el trayecto.

Prisioneros de la carlinga, esperamos durante una hora la señal de salida. Dado que nuestro aparato sobrevuela una zona montañosa con unas condiciones meteorológicas muy variables, las autoridades no corren ningún riesgo inútil, no es raro que la nieve o el viento impidan cualquier movimiento durante días. Después de ásperas discusiones con la torre de control, nuestro

comandante, un hombre de unos treinta años que, por lo que sé, podría dirigir perfectamente una bolera en Arkansas, decide partir.

Después de dar por la pista una breve vuelta, cuya utilidad nadie entiende, despegamos finalmente. Todos, incluido el tipo de las gafas de sol al que se agarra su chica, pegamos la nariz a la ventanilla. Sobrevolamos montañas con bancales, ríos ondulantes, bosques tenebrosos y pueblos de juguete, unidos unos a otros por senderos liliputienses.

Pasados unos cuarenta minutos, el comandante, solo en los mandos, ordena a los pasajeros que se abrochen los cinturones. El mío no funciona. Nos adentramos en el valle. A ambos lados se alzan vertiginosas paredes al asalto del cielo. Se acercan, se estrechan, se juntan. Murmullos de aprensión a mi izquierda. Delante de nosotros se anuncia la pista de Lukla: increíblemente estrecha. Me agarro a los reposabrazos. Trato de convencerme de que nuestro piloto sabe lo que hace.

No me sirve de nada.

La pista es demasiado corta. Jamás conseguiremos aterrizar en ella.

Estamos a punto de hacerlo.

Primer impacto, gritos a bordo. El avión toca el suelo, da tumbos, rebota. Decidido a poner de mi parte, freno con ambos pies. Solo el tipo de las gafas permanece impassible. Indiferente a los alaridos de su chica, se saca un cigarrillo del bolsillo. Un chirrido nos perfora los tímpanos. Nuestro avión se detiene in *extremis* al final de la pista. Al salir de él, varios pasajeros se santiguan. Otros se postran de rodillas. Estamos vivos y las nubes han desaparecido.

Deambulamos por la pista. Recuerda vagamente una carretera secundaria. Altitud: 2.840 metros. A ambos lados, algunos barracones con los tejados azules y verdes cuelgan de los contrafuertes.

Un viento helado nos azota el rostro. A nuestro alrededor, unas cimas nevadas cierran el horizonte.

Rápidamente, un gran número de porteadores con la tez oscura se acercan a nosotros. Una joven tocada con un casco militar se adelanta.

—Ustedes van a casa de Ari, ¿no es cierto?

Asentimos. Señala al hombre de las gafas de sol y a su compañera.

—Ellos también.

Pronto nos quedamos solo cuatro. La pareja no me presta ninguna atención. Nuestro guía da la señal de partida. Un sendero de tierra batida serpentea entre los albergues y las casas de té. Restallando al viento, una larga pieza de tela clavada a un mástil de oración nos saluda a nuestro paso. Bienvenidos al corazón del pueblo *sherpa*. Bienvenidos a Nepal.

Descenso hasta Phakding, a 2.570 m de altitud. Dos horas de camino a lo sumo. Las casas, de piedra gris y con las ventanas pintadas de colores vivos, componen un abigarrado mosaico al pie de los farallones. En el camino nos cruzamos con expediciones de alpinistas. La novia del hombre de las gafas oscuras atosiga a la guía con sus preguntas.

—¿Es cierto que Steven Spielberg ya ha venido aquí dos veces?

La joven guarda silencio. Más tarde, mucho más tarde, se detiene y señala un rótulo, dos medias lunas entrelazadas.

—El Lalitchandra —anuncia—. Hemos llegado. —Después, ajustándose la gorra, añade—: Steven nos ha visitado en cuatro ocasiones a lo largo de estos dos últimos años. Nuestra existencia no es un secreto para nadie, pero apenas recurrimos a la publicidad. Nuestras tarifas hablan por nosotros.

Rodeamos por la izquierda la casa de piedra de Lalitchandra, de apariencia modesta, como corresponde a las construcciones sagradas. En el interior, algunas mesas de madera sin tratar, manteles de algodón blanco y cubiertos de plata.

Un hombre sale de la cocina y tiende la mano al tipo de las gafas.

—¡Señor Gallagher! —exclama en un divertido inglés, realzado con un ligero acento hindi—, es un auténtico placer recibirlos entre nosotros.

Roza con los labios los dedos de su novia y luego se inclina ante mí con la mano en el corazón. Ari sabe por qué estoy aquí; también sabe que no pagaré tres mil dólares por su menú; pero eso no ha impedido que me reciba.

—Yo nunca niego la entrada a mi establecimiento a la gente que me gusta —declara conduciéndome a una mesita que da a las montañas—. Ha hecho bien en intentarlo. Por otra parte, el dinero rara vez es un problema: le he preparado un menú degustación con unas raciones muy razonables. No, no diga nada, es completamente normal. Usted se ha desplazado hasta aquí y su proyecto merece ser apoyado.

Coge una silla y se sienta a mi lado mientras tomo mis primeras notas. Seductores aromas de especias salen de la cocina: cúrcuma, creole, jengibre y cilantro, mezclados con otros olores florales, dulces y mágicos. Ari nació en Calcuta hace cuarenta y nueve años. Ha trabajado en algunos de los restaurantes más prestigiosos del mundo: el Chateaubriand en Francia, el Calandre en Italia, el Vendôme en Alemania y el Noma en Dinamarca.

—Mi clientela —me explica con una sonrisa picara— está compuesta en un noventa por ciento por hombres muy ricos y en un diez por ciento por multimillonarios. Hay estrellas del mundo del espectáculo, como Liam Gallagher, aquí presente, o Bono, o Madonna; gente del cine, como Tim Burton o Christopher Nolan, y varios grandes nombres asiáticos; algunos deportistas mundialmente conocidos, pilotos, futbolistas y tenistas; y también los inevitables hombres de negocios japoneses, estadounidenses y rusos. Recientemente he recibido a una estrella de Bollywood. Temo que su nombre no le diga nada, a menos que sea usted un experto. He recibido también al hijo de un magnate del petróleo procedente de los Emiratos Árabes. Y a un rico financiero francés en viaje de luna de miel.

—¿Esa gente viene expresamente aquí por su restaurante? ¿Comen y luego se marchan?

—Algunos se pasean por las montañas de la región. Contratan guías, helicópteros y porteadores. No obstante, por regla general, cuando la gente come en el Lalitchandra no piensa forzosamente en escalar el Everest un minuto después.

—Y usted también los aloja.

—Sí. Pero de una forma espartana: catres, barreño de cobre, baños en el pasillo. Mi especialidad es la restauración. Lo demás me trae sin cuidado.

—¿Spielberg ha dormido aquí?

Ari hace crujir sus nudillos.

—Duerme aquí siempre que viene. Es difícil hacerlo de otro modo. Solo hay un vuelo al día a Katmandú cuando las condiciones meteorológicas lo permiten.

—¿Y...?

—No se queja. Le parece, ¿cómo decirlo?, inspirador.

El anfitrión me abandona un momento para ir a conversar con Liam Gallagher y, seguramente, comentarle el menú.

Es difícil decir si el Lalitchandra es el restaurante más inaccesible del mundo. En cualquier caso, dentro del palmarés de la singularidad, ocupa un lugar destacado. Cuando vuelve a mi mesa, Ari me tiende una carta y se sienta para observar mi reacción.

Los nombres de los platos destacan en letras góticas:

Curry de impala con miel gascona
Solomillo de celacanto a la sal del Himalaya
Carpaccio de león blanco con algas de las Marianas
Aletas de pez volador ahumadas en tripa de liburón
martillo
Fugu del rey a lo hindú con láminas de boleto de
Satanás

Arqueo una ceja.

—Los precios no están indicados.

—Funcionan con una tarifa máxima. Cada cual es libre de apreciar la originalidad de los platos y la rareza de los ingredientes en su justo valor.

Desde el punto de vista económico, es fácil de entender: lo dejo a su buena voluntad, señores riquísimos. En cuanto al resto, las preguntas se amontonan. El león blanco, por ejemplo: ¿cómo se consigue león blanco?

Aravinda Manesh cruza los brazos. Llegó a un acuerdo secreto con un zoo francés. El animal murió accidentalmente. Y las cantidades son mínimas. Evidentemente, este plato figurará en la carta solo una semana.

—Me quedan menos de seiscientos gramos de carne en el congelador.

A menos que alguien lo exija expresamente, en el Lalitchandra nunca se come dos veces el mismo plato. Ari se ha especializado en combinaciones exóticas (trufa keniana al sirope de arce, serpiente de mar entreverada, hígado de emú con sorbete de salchicha) y en exquisiteces supuestamente letales: además del famoso fugu «de confianza», la carta ya ha propuesto un fricasé de cubomedusa, un puré casero sazonado con veneno de serpiente de cascabel, un guiso de amanitas con vino de Sauternes, etc. De postre, nata montada con riñones y leche de yak, tarta con pepitas de langostas y profiteroles de la abuela acompañados de pétalos de digitalina.

—La mayoría de los comensales se pone en mis manos —me tranquiliza mi anfitrión—. En

otras palabras, yo elijo por ellos y les explico después lo que han comido. Algunos no quieren saberlo. Dicen que eso les arruinaría el placer.

—¿Y los vinos?

—El vino de la casa proviene de una viña nepalesa cercana. Poseo un Château d'Yquem de 1784 y algunas botellas de Montrachet del 1978, o un reserva de Mouton Rothschild de 1945. James Cameron se dejó treinta y cinco mil dólares la última vez que estuvo aquí. Se mostró especialmente jovial.

»Los cocineros —continúa— los recluto en el mundo entero.

»Viajo muchísimo: tres o cuatro meses al año. Cerramos en mitad del invierno y yo aprovecho para dar la vuelta al mundo. Visito los restaurantes de los demás. Cuando un aprendiz me gusta, le envío una propuesta por carta con mi número de teléfono móvil. Nuestro índice de rotación es impresionante. No se trata de un trabajo anodino. Por supuesto, el salario está a la altura. Pero las condiciones pueden desconcertar: te tiene que gustar el frío, y las distracciones son escasas. Lo que pido a mis empleados es que tengan, ante todo, espíritu aventurero. Nos jugamos nuestra reputación diariamente. Por no hablar del peligro que hacemos correr a nuestros clientes. La gente lo sabe cuando cruza mi puerta. Para algunos platos les pido que me firmen una exención de responsabilidad. Yo lo pruebo todo personalmente, pero tengo el estómago resistente, lo cual no es el caso de todo el mundo. Angelina Jolie perdió el conocimiento en esta sala. Entre otras actrices.

Llegan mis platos. Las raciones, como era de esperar, son mínimas. El resultado, indescriptible.

Tofu frito al cilantro envuelto en tripa de canguro. Compota de gambas frescas al chocolate de los Andes. Brocheta de *Buthiscus bicalcaratus* marinado al Lambrusco.

Sentado en la mesa de al lado, donde hace sus cuentas, Ari vigila mis reacciones con el rabillo del ojo. Los raros artículos dedicados a él en la prensa gastronómica le describen como un hombre apasionado, pero reservado, que vive como un ermitaño y tiene su cocina bajo candado.

—Realmente ridículo —comenta el interesado trayéndome el postre—. Comparto mis recetas con quien me las pide. Da la casualidad de que solo me las piden de forma ocasional; supongo que la naturaleza de los ingredientes está en entredicho. Poseo contactos únicos en todo el mundo, capaces de descubrir productos más únicos todavía. Pero las recetas en sí no son tan complejas. Yo concibo la cocina como una empresa militar. Provoco explosiones, enfrentamientos y conflictos *contra natura*. Suscito el espanto y la conmoción. La diferencia es que al final nadie muere. La gente queda solamente en estado de *shock*. No comprenden qué es lo que les ha pasado. ¿Está bien?

Apoyo mi tenedor. Este queso de vicuña con *coulis* de granadas enanas es una exquisitez inenarrable.

En la otra mesa, Liam Gallagher come un *kougelhopf* con aceite de lino untado con un fricasé de anguila. Su compañera bebe agua mineral.

Ari está apostado en la ventana. Una noche negra como boca de lobo invade el valle. Mañana por la mañana, un nuevo avión aterrizará en Lukla cargado de vituallas pedidas a las antípodas.

—El transporte me cuesta un ojo de la cara —reconoce el chef revolviéndose el pelo—. A

pesar de las considerables sumas dejadas por mis clientes, apenas cubro gastos.

Dejo mi servilleta en una esquina de la mesa y me aventuro fuera. Me recibe una tormenta helada. Ari, que ha desaparecido en la cocina para ocuparse del postre de Liam Gallagher, acaba uniéndose a mí, botella en mano. El silencio se cierne sobre la montaña. Nunca he experimentado tanta sensación de aislamiento.

—¿No le pesa la soledad?

—La he elegido —responde mi anfitrión después de un momento de reflexión—. La vorágine del mundo, las estrellas de las guías, la competición encarnizada: ya no lo soportaba. Antes la agitación me estimulaba. Ahora me anquilosa. ¿Qué es lo que quiero? Sorprender a la gente. Asombrarla, embelesarla, hacerla llorar. Hace algún tiempo, Michael Jordan se echó a llorar delante de un entrante: era una ensalada de camello y de flores de loto sazonada con un vinagre de Módena napoleónico. Esto es lo que me interesa. Mis clientes no vienen a mi restaurante para lucirse. Vienen para estar tranquilos y recibir lo que tenemos para ofrecerles. La cocina debería limitarse idealmente a ser eso, un regalo. El mes pasado, Martin Scorsese se invitó a comer y no pagó un céntimo. A cambio, me regaló un helicóptero; recibí la orden de entrega anteayer. Martin sabe que a mí también me gusta que me sorprendan.

Una ráfaga barre la nieve a nuestros pies y se levanta un viento polvoriento. Los ojos de mi anfitrión sondean la penumbra. Le noto inquieto, en alerta.

Sé que este hombre ha tenido problemas con el poder gastronómico internacional. He estudiado su biografía antes de venir. Hace siete años, uno de sus restaurantes en Delhi perdió una estrella en una guía prestigiosa (por «falta de humildad culinaria», especificaba el comentario), y estuvo a punto de no superarlo. Insatisfecho crónico, buscador infatigable, impulsivo y melancólico: todas estas fórmulas se le pueden aplicar en mayor o menor medida a Aravinda Manesh. Ninguna, sin embargo, permite determinar su verdadera personalidad ni comprender el origen del Lalitchandra. Sentado en el porche, mi anfitrión se abandona a las confidencias.

—Mi padre y yo vinimos aquí en los años setenta. Mi padre practicaba el alpinismo. Se mató en algún lugar de las montañas. Yo no estaba con él cuando pasó. Había tirado la toalla la víspera. —Señala el punto culminante—. Su cuerpo reposa allá arriba, en medio de las nieves perpetuas.

Al día siguiente, al amanecer, acompaño a Ari a Lukla a recibir la mercancía. Puentes colgantes, templos perdidos, chozas en las paredes de los barrancos, un atajo en continua ascensión. Liam Gallagher y su compañera todavía duermen.

—El vuelo de Katmandu es uno de los menos seguros del mundo —confirma Aravinda Manesh, que abre la marcha—. No le diré lo contrario. Cada viaje es un reto. Ya ha habido dos o tres accidentes, y nunca con alpinistas de renombre internacional, lo que hace que en su país todo el mundo lo desconozca. Un día, sin duda, sucederá lo irreparable. Entonces suspenderán la línea. Estudiarán las reglamentaciones, atacarán el sistema y me aplicarán unos impuestos y unos intereses de demora a los que no podré hacer frente.

En los alrededores de Nurning Ghat, ante una hilera de molinos de oración, nos permitimos

un descanso. Abarco con la mirada las montañas que nos rodean.

—Es un lugar magnífico —admito—. Pero ¿no sería viable para usted instalarse en otro lugar en caso de necesidad? ¿En otro sitio menos peligroso? ¿En una isla, por ejemplo? ¿En una isla lejana y poco conocida? ¿En un país remoto?

—Comprendo su asombro. Pero, contrariamente a lo que pueda parecer, el aislamiento no es lo más importante para mí.

—¿No?

Abre su mochila y saca una cantimplora dorada que me tiende sin decir palabra. Dubitativo, inspecciono el objeto atentamente. Las palabras CHHUSERMA KHOLA están grabadas en letras mayúsculas alrededor del gollete.

—Beba —dice Ari.

Obedezco.

Es agua, solo agua, pero la falta de sabor es extraordinaria. Es una sensación difícil de describir por medio del lenguaje. Tengo la impresión de tragar aire, aire helado con consistencia líquida. En la boca no queda nada, pero esa nada lo es todo.

Devuelvo la cantimplora a su propietario. La experiencia podría parecerse a una iluminación zen, al conocimiento de la nada. No es tan aterrador como para no querer pensarlo.

—Chhuserma Khola es el nombre de un río local —me explica Ari—. Nace allá arriba, nadie sabe dónde, y a la gente normal le importa un comino. Pero mi padre no era muy normal. Buscaba el origen de ese río. ¿Por qué precisamente ese? No estoy seguro de que existiera una razón. Murió en plena búsqueda. Por encima de las nubes, imagino, congelado de rodillas delante del punto alfa —carraspea—. El agua que sirvo en mi restaurante es el agua de mi padre, embotellada en su memoria. Cuando uno piensa que los estadounidenses están dispuestos a pagar cinco dólares por medio litro de *Fiji*... Esta se podría vender diez veces más cara. Chhuserma Khola: la mejor de todas, mejor que el agua de los icebergs. He recibido propuestas asombrosas. Fondos de pensiones, cadenas de televisión. Tom Cruise quiere invertir seis millones de dólares. Como si este río pudiera ser de cualquiera. Aquí, en verano, los pastores se agachan, y también sus niños, y el Chhuserma Khola corre entre sus manos, y después los animales vienen a abreviar en él. El agua de mi padre. Algunos de mis clientes solo hacen el viaje por ella; nunca podría servir otra.

Al colocar la cantimplora en su mochila, mira pensativo las cumbres. Ligeros e insignificantes al abrigo del valle, volvemos a ponernos en camino.

Doce del mediodía del día siguiente: es hora de partir. Con Rajendra, un anglonepalí responsable de la torre de control (una simple casa con tejado rojo equipada con el mínimo electrónico vital), hablamos sin orden ni concierto. Él también está de acuerdo en que acabará produciéndose un gran accidente: las condiciones de aterrizaje son demasiado difíciles. Nos precede por la pista.

—Nuestros pilotos son solo seres humanos —recuerda Rajendra—. El día en que tengamos un drama, la gente aprenderá a situarnos en el mapa. Y no será una noticia demasiado buena.

Me da una palmada viril en la espalda. En cuanto a Ari, se limita a estrecharme la mano. Prometemos escribirnos.

La puerta de nuestro avión acaba de cerrarse. Liam Gallagher, que ha subido el último con su amiga, se quita por primera vez las gafas de sol. Hace un día magnífico en uno de los lugares más apartados de la Tierra.

Con un rugido entusiasta, nuestra aeronave se lanza por la pista. Al cabo de diez segundos, sus ruedas despegan del suelo. Pienso que es el momento adecuado para sacar la botellita que me ha regalado mi anfitrión: veinte centilitros de Chhuserma Khola.

No la abro.

Aravinda Manesh tiene razón: su restaurante no puede prescindir de esa agua. Es el contrapunto indispensable a la locura de su inspiración culinaria: lo que le da un sentido.

Volamos de nuevo. Esta vez me he abrochado el cinturón. Miro hacia afuera. El cielo está despejado, las maniobras son audaces. Pronto sobrevolaremos Phakding y su río plateado.

Dirijo una plegaria a los dioses de las alturas. Nada emocionante —nadie desea morir en un accidente de avión—, pero no pienso en mí en este momento. Ari me pareció muy cansado ayer. El reto que se ha marcado exige una energía de titán. A pesar de los pluses salariales, sus empleados suelen abandonarlo al cabo de seis meses. La empresa es sublime; su equilibrio, fantásticamente precario.

Sin ninguna razón especial, Liam Gallagher me hace un gesto con la cabeza. También él ha bebido de esta agua. Él también lo entiende.

Si este avión se estrella, ya sea hoy o dentro de diez años, el más fabuloso restaurante del mundo será solo un sueño congelado en el hielo.

EL CIEN POR CIEN DE LOS PERDEDORES

Malmö, Suecia, un día de noviembre. Los cristales están blancos; una tormenta de nieve se abate sobre la ciudad.

Kirstin agita su imponente melena rubia y deja su gorro de lana encima de la mesa, al lado de su taza de chocolate caliente. Sus grandes ojos verdes brillan con una alegría juvenil.

—No he entendido muy bien para qué quiere verme, pero es genial haber venido.

La joven tiene diecinueve años y sus amigos y sus tres hermanas mayores la describen como «increíblemente simpática» y «siempre entusiasta». Pido un café y le muestro mi grabadora.

—Sospecho que no es la primera vez que la entrevistan.

—Bingo —contesta alzando su taza, feliz.

En nuestro primer contacto telefónico se ha mostrado muy dispuesta a colaborar.

Cualquier persona habría elegido el silencio, pero Kirstin es de otra pasta.

—Tengo la debilidad de creer que mi historia puede hacer que la gente cambie su forma de ver las cosas. Para algunos soy la chica más estúpida del universo. Este calificativo me va bien. El mundo es bastante razonable, ¿no le parece?

Ríe: pertenece a ese tipo de personas con las que uno se siente a gusto enseguida.

—No le he hecho venir aquí porque sí —continúa—. En este café es donde empezó todo. ¿Ve esa oficina de apuestas al otro lado de la calle? Bueno, no puede verla por la nieve, pero no importa. Ahí es donde sellé mi boleto.

—¿Puede hablarme en primer lugar de los números? ¿Qué fue lo que motivó su elección?

La joven asiente.

—Hacía seis meses que jugaba. ¿Cómo fui a parar allí dentro? Ni idea. En mi familia nadie juega. Yo apostaba siempre por los mismos números. En la Viking Lotto hay que elegir seis, del 1 a 50, más los complementarios. Lo hacía como todo el mundo: escogía símbolos, cifras de la suerte. Las fechas de nacimiento de mis tres hermanas, la fecha de boda de mis padres. Mi edad de entonces, 18. Y también el siete, el día en que había conocido a mi novio. Aunque ya no estemos juntos.

Vuelve a reír, carraspea.

—Los únicos números que jugaba al azar eran los complementarios. Los cambiaba cada vez, dependiendo de lo inspirada que estuviera. Ni siquiera me acuerdo de cuáles fueron los que escogí

esa vez. De todas formas, no salieron. 4,7,17,18,24 y 30: esos eran los números.

Saboreo mi café. Nuestra joven estudiante de medicina se halla perdida en sus pensamientos. Detrás de nosotros, en lo alto, una pantalla de cristal líquido emite un videoclip. Kirstin lo señala con el dedo.

—Los resultados aparecieron allí arriba, en un rótulo. Yo había jugado diez minutos antes del cierre de las apuestas. Justo después regresé a la facultad, que se encuentra a dos pasos. Y volví aquí dos horas más tarde. En esa época solía instalarme en este café para trabajar, mi tía estaba pasando unos meses en nuestra casa y mis dos primas armaban mucho jaleo. En fin. Me senté en esta mesa para poder echar una ojeada a la pantalla. Lo hacía mecánicamente. Nunca pensé que pudiera ganar. Por mucho que sepas que en teoría es posible, nunca te lo llegas a creer. Aun así, cuando llegó el momento del sorteo alcé la cabeza, como siempre. Los resultados pasaban repetidamente. No até cabos enseguida. Recuerdo haber pensado: «Mira, esos son mis números». Pero realmente no caí. Solo cuando anunciaron la suma empecé a ser consciente.

—¿A cuánto ascendía?

—A 1.760.000 euros. Dieciocho millones de coronas suecas.

—Y usted era la única ganadora.

—Sí. Miré mi boleto, miré la pantalla, miré mi boleto, etc. Rechazaba la evidencia. Aquello no podía ser tan simple. Recuerdo haberme levantado y haber ido al baño. Recuerdo haberme quedado delante del espejo. El reflejo que me contemplaba no era yo, era una chica estupefacta que trataba de sonreírme. Salí. Tenía que compartirlo con alguien. Con mis padres, con mis hermanas. Sentía que no tenía derecho a creérmelo. Dejé cien coronas para el café y, una vez fuera, llamé a un taxi. Normalmente no cojo taxis. Paró uno. Me subí a él como un autómata y di mi dirección. El taxista puso la radio. Era Satie, reconocí el fragmento. Me centré en mi respiración. Dieciocho millones de coronas. Con esa cantidad podría holgazanear toda la vida. ¿Era eso lo que yo quería? No, por supuesto que no. ¿Poner a cubierto a los míos? Tanto mi padre como mi madre son ingenieros, se ganan bien la vida. En cuanto a mis hermanas, sabía que se negarían. ¿Entonces qué? ¿Viajar? Sí, viajaría. Pero no porque sí. Ayudaría a la gente. La suerte no se presenta sin ningún motivo.

El dueño del café se detiene junto a nosotros, nos pregunta si hemos acabado. Kirstin pide otra taza de chocolate y se rasca la cabeza. Su mirada no deja de brillar.

—En menos de diez minutos, elaboré un plan de acción. Iría a Sierra Leona, el país más pobre del mundo, devastado, me había enterado hacía poco, por una década de guerra civil, y construiría una escuela. Bueno, no lo haría completamente sola, digamos que financiaría el proyecto. Después de eso, iría a Camboya. No tenía una idea concreta de lo que haría en ese país, pero estaba segura de que algo se me ocurriría cuando estuviera allí. Miré instintivamente por la ventanilla. Todo me parecía bonito, fácil, natural. Introduje la mano en el bolsillo de mi chaqueta para coger mi billete.

—Y ya no estaba.

—En efecto, ya no estaba. Busqué en el otro bolsillo. Busqué en los bolsillos de mis vaqueros. Di la vuelta a la chaqueta. Vací el contenido de mi bolso en el asiento. Volví a rebuscar en mi chaqueta. En mis vaqueros. Y en los forros del bolso. Y en la chaqueta. Me estaba volviendo loca.

Me paré a reflexionar. Pasé revista a todas las posibilidades. Reconstruí diez veces el trayecto para mis adentros, tratando de recordar cada paso, cada segundo. No entendía nada. Y de pronto... recordé algo. Algo terrible y definitivo. Me mordí los labios. Sí, había sacado mi billetera cuando el taxi me había parado con el fin de comprobar que tenía bastante dinero. Pues bien, la billetera la llevaba en el mismo bolsillo de la chaqueta que el billete. El billete se me había debido de caer en ese momento, esa era la única explicación. Por un momento pensé que iba a vomitar. Pedí al taxista que diera media vuelta.

—¿Regresó al lugar?

—Sí. Por si fuera poco, nevaba mucho, más que hoy. En el fondo sabía que no encontraría el billete, que nadie lo encontraría jamás. Pero allí estaba, de rodillas en la nieve, arrastrándome por la acera, introduciendo mis brazos en las alcantarillas, incapaz de detenerme. Tardé más de una hora en admitir que el billete estaba perdido. Entonces, solo entonces, monté en cólera. Contra mí misma.

—¿Y el taxista?

—Le pagué y volví a casa a pie. No estaba desesperada. Era peor que eso. Titubeaba, farfullaba, sollozaba. No se imagina los pensamientos que cruzaron por mi mente.

—¿Qué clase de pensamientos?

—Locuras. Morir. Robar ese dinero. Retirarme del mundo. Me había vuelto loca de atar. ¿Qué les diría a los míos? ¿Cómo no contarles lo que había pasado? Me eché a reír yo sola.

—Estaba fatal.

—Me había convertido en una zombi. Caminé durante dos horas, quizá tres, en medio de una tormenta de nieve. Ya no me enteraba de nada.

—Y justo antes de regresar a casa, se topó con ese hombre...

—Sí. Un pobre tipo de apenas treinta años. Estaba sentado en la nieve con un perro, sobre unos cartones empapados.

Se lleva la taza a los labios y me observa sin pestañear, como para juzgar el efecto producido por su relato.

Yo ya conocía una parte de la continuación. Los periódicos suecos, que un amigo me había traducido en su momento, hicieron su agosto con esta historia durante un tiempo. La multimillonaria desafortunada. La despistada increíble. Un tema de diversión nacional. Pero la gente no rio durante mucho tiempo. A veces las historias dan un giro de ciento ochenta grados en lo que a los personajes se refiere.

—Me agaché frente a él —continúa Kirstin—. Hacía un frío polar. Ese hombre corría un gran peligro. Quería ofrecerle mi ayuda. Él me observaba con sus pestañas cubiertas de escarcha, y el perro gruñía. Le hablé; no respondió. Quise tocarle el cuello para comprobar que seguía respirando, pero retiré la mano de inmediato: su piel desprendía un calor intenso. Me puse de pie, temblorosa. Por unos segundos había olvidado la lotería y todo lo demás. El hombre no se movía. Me alejé caminando hacia atrás, después me di la vuelta y corrí como alma que lleva el diablo.

—¿Estaba muerto?

—Es curioso emplear ese verbo en pasado —observa.

Una vez en casa, Kirstin contó lo que le había sucedido, sin mencionar al vagabundo. Sus padres la escuchan sin pestañear. Cinco minutos más tarde, todo el mundo está en la calle. Dirección: la parada de taxis.

—Mi padre estaba mudo —recuerda la joven—, pero su silencio lo decía todo. Sentía vergüenza: vergüenza de mi tontería y vergüenza del sentimiento de vergüenza que yo le inspiraba. Todos estábamos a cuatro patas en la nieve. Concentrados en buscar el maldito billete. «No me lo puedo creer —repetía mi madre—. Ni siquiera os pido que me pellizquéis». Mi tía y mis primas también estaban. Escudriñamos la zona con ellas hasta las dos de la madrugada: ¡un auténtico batallón de traperos! En la calle no había nadie, estábamos empapados. «¡Cuando pienso —rugía mi padre— que un imbécil de servicio se topará con el gordo!». Pero sus temores eran infundados: suponiendo que alguien lo encontrara, nadie relacionaría mi billete completamente mojado con los dieciocho millones de coronas. A menos que... A las dos en punto, mi padre se puso de pie y nos propuso tirar la toalla. Todos nos sentimos más o menos aliviados. Lo cual no quiere decir que yo pegara ojo aquella noche. Ni las sucesivas. A la mañana siguiente encendimos la radio. En ninguna emisora hablaban de que alguien hubiera encontrado un billete de lotería. Llamé a la centralita de la lotería en cuanto abrieron. Les expuse el problema con toda la tranquilidad y mesura que pude. La señora que me respondió fue muy poco amable. Me explicó que recibía una decena de llamadas de teléfono como la mía diariamente, y cinco veces más cuando los premios eran superiores a diez millones. Sin embargo, podía suceder que un ganador nunca diera señales de vida. En ese caso, el dinero se acumulaba en un superbote. Cerré los ojos. Cuando hubo terminado, le pregunté qué opciones tenía. «¿Tiene usted una prueba tangible de lo que dice, señorita?». Ninguna, pensé, al sorprender la mirada de mi padre. Colgué. No había nada que hacer.

Unas horas más tarde, mientras camina cabizbaja, Kirstin vio al vagabundo de la víspera: según sus propias palabras, lo había olvidado por completo. Un pálido sol se había levantado sobre Malmö. Era otra calle, pero la posición del hombre era completamente idéntica a la de la víspera. La joven se agacha de nuevo. El perro espera con la lengua fuera. «Señor...».

Kirstin hace girar la taza entre sus manos.

—Quería volver a encontrar ese calor. Acerqué mi mano de nuevo. Esta vez sin llegar a tocarlo. Algo me lo impedía. No sé el qué. El hombre estaba inmóvil. Yo veía que una ráfaga habría podido barrer la acera y llevárselo como un montón de ceniza.

Mira para otro lado. Inútil preguntarle más a fondo. Ciertos episodios de nuestra existencia, ciertos suspiros, no tienen explicación.

La joven continúa hablando.

—Estaba tan cansada, tan disgustada conmigo misma... Me levanté. El perro hizo lo mismo. Finalmente, justo cuando había decidido ir a la facultad, di media vuelta y regresé a casa.

Kirstin ha cambiado: sus padres lo notan en cuanto cruza el umbral de la puerta. Llama a la dirección de Viking Loto, le confirman lo que ya sabía. Y después, sin más, llama a los principales medios de comunicación del país.

Expone su historia. Cita a testigos. Más tarde, el hombre que le vendió el billete lo confirmará todo: sí, se acuerda muy bien de ella, incluso hablaron de los números que había jugado. Y también los clientes de la cafetería. Son categóricos. Los puños cerrados de Kirstin. «Cuando acabaron de decir los números —contó una joven—, pensé que se iba a desmayar».

Evidentemente, hablar de pruebas sería muy exagerado, y los dueños de Viking Loto no se conformarían con unas simples alegaciones. Eso no quita que la historia de Kirstin sea plausible. Varios periódicos se interesan por ella. Una cadena de televisión la llama. Una semana más tarde, ante de cientos de miles de telespectadores, la joven cuenta su historia, con sencillez y una enorme honestidad.

—Al principio —reconoce su madre—, yo no tenía ni idea de lo que estaba maquinando. Para ser sincera, me parecía que todo ese circo no le pegaba nada. Cuando el presentador le preguntó qué habría hecho con el premio de no haber perdido el billete, Kirstin miró directamente a la cámara y dijo: «Habría viajado. Con dieciocho millones de coronas, habría intentado cambiar el mundo». El otro no parecía saber cómo interpretar esa respuesta. Se limitó a asentir con la cabeza y continuó: «¿Y ahora qué hará?». Mi hija entonces se encogió de hombros y respondió: «Intentaré cambiarlo de todas formas».

En las tres semanas siguientes a su paso por la televisión, Kirstin recibió por correo postal más de ciento cincuenta mil coronas de donaciones en cheques y efectivo.

Esa noche, en el ordenador de mi hotel, veo rápidamente el vídeo de su intervención, y la recepcionista, que se ha ofrecido a ayudarme a traducirlo, confirma que la joven en ningún momento pide dinero.

—¿Cómo se explica la reacción de los donantes?

Kirstin tiene una idea.

—Es lo que se llama «ley de los grandes números» —asegura—. Entre la enorme masa de telespectadores, algunos comprendieron el significado de mi iniciativa incluso antes que yo. Cuando descubrí el primer cheque en mi buzón, quise romperlo. Mi madre me disuadió, me aconsejó esperar. A la segunda donación, mi punto de vista cambió. Algo hizo clic en mi cabeza; comprendí que solo había una forma de sacar provecho de la situación.

Mes y medio después de estos sucesos, Kirstin vuela a África. Ha prometido ayudar a una joven maestra de Eritrea cuya escuela ha quedado anegada por una crecida: hay que reconstruirla por completo.

—Una vez descontado el coste de los materiales y del equipamiento interior —me dice Kirstin—, me di cuenta de que apenas me quedaba dinero para el billete de vuelta. Los muros los construimos entre las dos con nuestras propias manos. Pero no era suficiente. De modo que negocié un préstamo de cien mil coronas con un banco de Estocolmo, que devolví al año

siguiente trabajando a tiempo parcial. Me habría cortado una mano si me lo hubieran pedido. Me quedé dos meses en África. Me habría gustado hacer otras muchas cosas. Para corresponder a esa gente, para corresponder a la Providencia. Al regresar a Suecia, escribí personalmente a cada una de las personas que me habían ayudado y les adjunté fotografías de la escuela reconstruida. Algunas me volvieron a mandar dinero, otras me ofrecieron su ayuda directa. El año que viene viajaremos un grupo de seis a Bangladés. Participaremos en la renovación de un sistema de irrigación. He encontrado un patrocinador: un grupo agroalimentario local. Esto es solo un comienzo, soy muy consciente. Pero hay que lanzarse. Confiar en nuestra buena estrella.

El bar cierra sus puertas. Nos levantamos, Kirstin se pone el gorro.

—¿Qué ocurre? —me pregunta al sorprender mi sonrisa—. Parezco un duende de Santa Claus, ¿verdad?

—Solo por detrás.

En la acera brillante de nieve nos damos un abrazo. La joven me estrecha contra ella.

—Me gustaría que hablara del vagabundo en su libro.

—Lo haré.

—Aparte de eso —me dice—, no hace falta añadir nada más. Soy lo contrario de una heroína. ¿Sabe lo que pienso? Pienso que si hubiera ganado ese dinero no habría ido a África ni a ningún otro sitio. Habría encontrado una excusa. Me habría vuelto, ¿cómo decirlo?, razonable, racional, tremendamente serio. Lo bueno es que lo que me ha pasado no tiene nada de serio. Ser feliz es algo que se aprende sin reflexionar.

DERRIBAR MUROS

Visitar un centro penitenciario ruso no es una experiencia tranquilizadora. Situada en pleno centro de Moscú, la cárcel de Butyrskaya fue construida en 1771, y desde entonces nada parece haber cambiado en ella. Cuentan que Stalin pasó un tiempo dentro de esos muros durante sus años jóvenes. Supuestamente, algunos miembros de la familia imperial fueron encerrados allí después de la Revolución de octubre de 1917. Actualmente, cerca de tres mil quinientos detenidos esperan en ese lugar, hacinados como ganado.

—Aunque parezca mentira —me confía un guardián con aspecto de cansado—, es un auténtico progreso: no hace mucho tiempo eran el doble.

Butyrskaya es ahora un centro de transición para detenidos en espera de juicio. El tiempo de reclusión raramente supera el año.

Modest Sergueievich Govoretski, con el que he conseguido contactar a través de su abogado, llegó aquí hace tres años: una excepción. Cumple pena preventiva en el ala menos «incómoda» del edificio. Al contrario que sus condiscípulos, no trabaja y tiene derecho a ducharse dos veces a la semana. Comparte celda solo con dos detenidos elegidos por él mismo, mientras que los demás reclusos lo hacen con otros sesenta. Cuando le pregunto el porqué de ese trato de favor, esboza un rictus burlón.

—Un verdadero milagro —me suelta—, puede decirlo.

Su abogado me ha prevenido: la autocompasión no es algo que caracterice a Modest.

—Si todo va bien —me explica—, y no veo por qué no debería ser así, estaré fuera el próximo año. Confiamos en una pena de cuatro años. Ya he hecho las tres cuartas partes del camino. Como sabe, he conseguido contratar los servicios del mejor abogado de Moscú.

Modest se expresa en un inglés muy cuidado. Pasándose la mano por la cabeza afeitada, observa lo que le rodea con atención. Transmite la imagen de un hombre al que nada puede desestabilizar. Nuestras conversaciones las tendremos aquí, entre las paredes de la sala de visitas, un espacio destartado donde la mayoría de los detenidos ríen a carcajadas y sollozan durante veinte minutos.

Modest no solloza y rara vez se ríe a carcajadas. Habla con voz tranquila, como si dispusiera de todo el tiempo del mundo. A sus treinta años ya es famoso. El Arsenio Lupin de Moscú, como lo ha apodado un periódico ruso.

Ahí le tienen, encendiéndose un cigarrillo debajo del cartel de «prohibido fumar». Una nube opaca se disuelve contra el cristal. El azul intenso de su mirada me traspasa.

—Yo no debería estar aquí. Hace tres años que espero juicio; algo me dice que dudan, que no saben cómo hacerlo. Oficialmente, voy a ser juzgado por robar un coche. He cometido acciones más importantes (Modest no pronuncia jamás la palabra «grave», «disculpa» o «error»), pero las víctimas han retirado la denuncia. ¿No le parece extraño? No es por presumir, pero creo que me ven como un profeta. El sistema económico que rige nuestras vidas llega a su fin. No digo que el comunismo fuera más eficaz, al contrario, pero actualmente la corrupción lo invade todo. La brecha entre pobres y ricos no deja de aumentar. En este país hay gente que no sabe cómo gastar su dinero. No es una forma de hablar, no lo saben «realmente»: tres *jets*, dos yates, un submarino, y todos los Picassos ya reservados. No saber ya qué desear es una tortura.

—¿Se considera usted una especie de Robin de los bosques?

Una risita lo sacude, pero enseguida desaparece.

—No, en absoluto. No soy un ideólogo. Si robo a los ricos es porque me interesa lo que poseen. A los pobres no les queda más remedio que valerse por sí mismos.

Modest Sergueievich Govoretski, me cuenta su abogado en sus *e-mails*, proviene de una acomodada familia moscovita, marcada por la personalidad excepcional de su patriarca, Anatoly Mijáilovich. Fallecido hace cuatro años, Mijáilovich era un antiguo oficial superviviente de las purgas estalinistas, sospechoso de haber trabajado como espía para el gobierno estadounidense. Cuando le pregunto sobre esto, Modest pega su frente al cristal.

—Mi abuelo tuvo más de diez vidas, por lo que pudo ser perfectamente también espía. Pero nunca me contó nada sobre eso. Sé que estuvo prisionero en Siberia. Sé que escapó y que después recuperó el favor del Partido denunciando a un hombre que le había robado a su mujer, antes de casarse con otra. Como consecuencia, mi abuelo trabajó primero como ingeniero de comunicaciones en el ejército y luego como traductor (hablaba nueve lenguas) y como experto en criptografía. También se ganó la vida como futbolista profesional bajo los colores del CSKA Moscú cuando este todavía se llamaba CDKA. En esa época peinaba, tocaba la trompeta y hacía escalada, funambulismo y lucha grecorromana. También era un especialista en coleópteros, un aficionado a la literatura suramericana y un coleccionista de mujeres y cigarros. Mi padre lo detestaba y yo a mi vez detestaba a mi padre. Cuando yo nací ya no se hablaban. Me resultó muy fácil tomar partido: mi abuelo me lo enseñó todo.

Modest Sergueievich, continúa su abogado, no tardó en hacerse un hueco en la cárcel. Pertenece a la casta de los *blatnye*, o bandidos de honor, hombres que no mantienen ningún contacto con la administración penitenciaria y para quienes el encarcelamiento es solo una penosa contrariedad.

Por acuerdo tácito, los *blatnye* no trabajan. Ninguno de ellos ha estado casado, ha hecho el servicio militar ni ha sido miembro, ni siquiera un día, del Partido Comunista. Paralelamente a las autoridades, a las que a veces suplantán, resuelven los conflictos que se producen en las celdas y dirigen la vida de los presos.

Modest es el más joven de todos los *blatnye*. Cuando entra en el locutorio, los otros se apartan y algunos le ofrecen su silla.

—Este hombre es una leyenda —me confía un prisionero—. Todo el mundo sabe por qué está aquí. Son muchos los presos que le piden consejo, y no solo en lo que a robos se refiere. Hay varios guardianes que también le consultan. Modest Sergueievich posee opiniones fundamentadas sobre muchísimos temas. Es un hombre con una gran cultura y enormemente carismático. Solo duerme tres horas por la noche, las otras las dedica a leer y a reflexionar. Sigue los pasos de su abuelo, un antiguo residente del centro. Sus huellas son todavía visibles.

La educación de Modest comienza en París a principios de los años ochenta. El muro de Berlín acaba de caer y los rusos descubren los placeres de la vida occidental.

—Mi abuelo me llevó a París cuando cumplí diez años. Entramos en una pastelería. La dependienta fue a la trastienda a buscar la tarta que habíamos encargado. Mi abuelo aspiró el aire y después, de la forma más natural del mundo, se apoderó de otra tarta, la más cara de todas, y la metió en una caja. Después de lo cual, se dio la vuelta y me dijo: «¿Vienes? No vamos a pasarnos el día aquí». Yo estaba estupefacto. Caminamos sin prisa, rodeados de un halo de inocencia. «Anatoly Mijáilovich, ¿no deberíamos pagar lo que hemos cogido?», le pregunté. Mi abuelo no me respondió. Me llevó a un café, pidió dos tazas de chocolate caliente y abrió la caja. Después sacó una navaja del bolsillo de su gabardina y me cortó una porción de tarta. «Toma». No había nada más que hablar. «Lo primero que hay que entender —afirmó mientras yo me deleitaba— es que el concepto de propiedad es una quimera basada en la intimidación y en el respeto a unas normas arbitrarias. Nosotros no tenemos nada que ver con esas normas, pequeño. Acábate tu parte. Nada pertenece a nadie; todo es tuyo, si lo prefieres». Ese día, en ese mismo café, hurté una garrapiñada de la mesa vecina: su propietario se había ido a los aseos. Mi abuelo me expresó su aprobación estrujándome el hombro. «Nunca permitas que el mundo te imponga sus condiciones —añadió—. Nosotros somos Govoretski, hacemos lo que queremos».

Las raíces del árbol genealógico familiar se pierden en el cieno de la historia rusa. Entre los Govoretski ha habido nobles, señores destemplados dispuestos a batirse en duelo y a proezas sangrientas. Tiroteos, penas de prisión, poemas exaltados, huidas a través de la tundra... «Los hombres de la familia siempre han tenido la sangre caliente —me confirma el abogado—. Con ese añadido característico de elegancia aristocrática que los hace tan seductores. Usted lo ha visto en Butyrskaya: Modest enseguida ha sabido cómo hacerse respetar. Ha dictado sus propias normas para no tener que seguir las de los otros».

En el hombro derecho del recluso se alza una iglesia tatuada, coronada por una quincena de cúpulas.

—Son mis hazañas más significativas —explica Modest—. Pero me falta espacio, tendría que pensar en otro monumento.

Se pasa la lengua por los labios. Está claro que nuestra conversación le agrada. Ha construido una leyenda y le gusta recordar sus principales capítulos. Sobre el sentido de sus actos y de su moralidad no alberga ninguna duda.

—Tengo prisa por salir —me confía una tarde—, por volver a ocuparme de mis asuntos.

Cuando le pregunto por la naturaleza de los asuntos en cuestión, se limita a agitar los dedos.

—Hable con mi abogado.

—Su abogado no me ha contado toda la historia.

—De acuerdo.

Volviéndose, pide un cigarro a un guardián, que, para mi gran sorpresa, obedece.

—Todo se paga —declara al ver mi expresión de asombro—. Todo se paga a partir del momento en el que llegas a hacérselo creer a la gente. ¿Qué le ha contado mi abogado? ¿Que soy el inventor del robo gradual?

—*Grosso modo*.

Se ríe.

—No es del todo falso. Los consejos de mi abuelo eran claros. «Ve a tu ritmo». Empecé por aquella garrapiñada: la transgresión original. Unos días más tarde, un dedal de colección en una tienda de recuerdos. Mi abuelo acababa de anunciarme que se encontraba gravemente enfermo. Mi madre, que se había divorciado de mi padre y sentía un profundo afecto hacia el anciano, se quedaría destrozada. El dedal era para ella. ¿Cómo cuantificar la desgracia, el consuelo y la esperanza?

Mueca dubitativa.

—Ni idea.

—Excelente respuesta. Por eso el dinero no significa nada. Un reconocimiento oficial, un acuerdo virtual, una convención tácita. ¿Lo pillas? El único valor que tiene el oro es el que nosotros le damos. Como tal no sirve para nada. ¿Por dónde iba?

—Por sus hurtos.

—Ah, sí. Dos años más tarde, en el hospital de Moscú, sustraje una ampolla de morfina para mi abuelo. No querían administrársela. Me agarró el brazo. «Esta gente me fastidia. ¿Quiénes son ellos para decidir por mí?». Al día siguiente robé un amuleto en una joyería para que se lo regalara a una enfermera. Se casó con ella dos semanas antes de morir. En su entierro no derramé ni una sola lágrima. —Flexiona los músculos debajo de la camiseta, me clava una mirada fría—. A mi abuelo no le gustaban los lloricas. En esta vida no te puedes dar por vencido. Salí del cementerio y, por última vez, reflexioné sobre el sentido de mi existencia. No tenía trabajo, y tampoco la intención de buscarlo. Me dediqué a leer a Dostoievski, Tolstoi y Gógol. «Es fundamental —repetía mi abuelo— entender la realidad del alma rusa con el fin de retratarla mejor». Los hombres no pertenecen a la sociedad, se pertenecen a sí mismos. A los trece años tomé la decisión de vivir sin coerciones.

—Robó objetos cada vez más imponentes.

—Es cierto. Pero al principio no fue un paso consciente. Una garrapiñada, un dedal, una ampolla, un amuleto: yo no razonaba en términos de progresión. Un día, en una tienda para turistas, me apoderé de un juego entero de matrioskas, un regalo destinado a mi novia de entonces, desde la más pequeña a la más grande. Así fue cómo comprendí. Se perfilaba una dirección, una dinámica. Mi abuelo me animaba a superarme cada vez. Al día siguiente robé un juego de cuchillos en una quincallería. Quería demostrarme a mí mismo que podía hacerlo. Iba todos los días. ¿Mi secreto? No hay ningún secreto. Tranquilidad, naturalidad, confianza en uno mismo. Puedes vaciar todo el contenido de una tienda mirando al dependiente directamente a los ojos si estás convencido de que lo que haces es «justo». El robo es una forma de hipnosis. La gente te mira, pero no establece la relación entre lo que te ve hacer y lo que realmente haces.

Durante una hora, Modest Sergueievich Govoretski me cuenta con todo lujo de detalles sus hazañas por orden creciente de importancia. Estos son algunos de los objetos robados:

Un taburete, en un almacén de muebles.

Un ordenador portátil.

Una mesa de caoba (haciéndose pasar por un repartidor).

Otra mesa, más grande, en el mismo almacén, al día siguiente de la anterior.

Un piano.

Un piano de cola, cuidadosamente desmontado.

Un coche (Moskvitch Aleko). Llegado a este punto, es difícil hablar simplemente de objetos. Siguen una berlina, de mayor tamaño, y un 4 x 4.

Una camioneta.

Un camión.

Un autocar.

Una casa: una renta vitalicia conseguida con la ayuda de un médico corrupto; la propietaria, pensando que está completamente sana, morirá cuatro meses más tarde.

Un restaurante de cocina italiana comprado por cuatro perras después de un control sanitario alterado.

Una empresa metalúrgica comprada a través de un intermediario con el dinero de un furgón blindado, supuestamente «encontrado» en la linde de un bosque.

Modest se encoge de hombros.

—Los riesgos son inevitables. No he llegado a este lugar por azar. Mi abogado y yo alegamos buena fe. ¿El dinero? No, no sé de dónde procedía. Yo me estaba paseando por un bosque, fui testigo de unos comportamientos sospechosos, cavé a mi vez y listo. No fue culpa mía. La culpa no existe. Soy un preso modelo. Pregunte a todo el mundo. Pregunte al director. ¿Que debo pagar mi deuda a la sociedad? ¿De qué me hablan? Yo no reconozco las leyes de este país. Solo me someto a ellas obligado y forzado. Cuando salga de aquí, los negocios volverán a activarse. Nunca se han detenido.

Cuando Modest acaba de cumplir su pena, me cuenta su abogado dentro del acuerdo de confidencialidad, nuevas operaciones de «adquisición forzada» están en curso. Otras dos empresas han pasado ya a manos de su cliente: una destilería de vodka local y una famosa cadena de tiendas de *prêt-à-porter*. Actualmente se trata de un estadio de fútbol. ¿Es el del CSKA Moscú? El abogado se mira las uñas. El estadio Louiniki, o Estadio Olímpico de Moscú, tiene cabida para más de ochenta mil espectadores, es el mayor recinto deportivo de Rusia. No puedo creer que sea de ese estadio del que estamos hablando.

El hombre finge revisar sus legajos. De pronto se sumerge en el trabajo.

—¿Desea algo más?

Hago un gesto negativo con la cabeza y le doy las gracias. No sé qué es lo que más me

asombra en último término, si la pasmosa forma de pensar de su cliente, capaz de justificar los abusos más extravagantes, o su propia desenvoltura con respecto a los abusos en cuestión.

Otra cosa: Modest hace honor a su nombre. No tiene nada que ver con un salteador de caminos. Ninguna bravuconería, ninguna arrogancia mañosa. Quienes lo conocen me lo han asegurado: este hombre no tiene nada que ver con el hampa. Es un Arsenio Lupin con tatuajes. El robo es el resultado lógico de una forma de credo libertario, displicentemente esnob, por otra parte. Las riquezas pasan al alcance de nuestra mano. Nosotros poseemos la inteligencia, las agallas y la voluntad. ¿Porqué no actuar?

En el umbral, presa de una duda, me vuelvo.

—¿Y si las cosas no sucedieran de la forma prevista? —pregunto—. ¿Y si su cliente se quedara aquí mucho más de cuatro años? Dirigir los negocios desde la prisión no debe de ser nada fácil.

El hombre se ajusta la chaqueta y me mira con laxitud.

—Si permanece en prisión —responde—, nos veremos obligados a actuar.

—¿Quién los «obligará»?

—El destino.

—¿Y a qué los obligará ese... destino?

—Es difícil de explicar. Pero la avidez de mi cliente no tiene límites.

—¿Qué harán? ¿Robarán la prisión?

Trato de reír.

Él no.

Detrás del cristal del locutorio, Modest Sergueievich Govoretski me contempla con expresión divertida.

—Usted nunca ha robado nada, ¿verdad?

—Sí.

—¿El qué? ¿Caramelos?

No respondo; él insiste.

—¿Por qué no siguió?

—Por miedo, supongo. Porque mis padres me dijeron que no estaba bien.

—¿Qué sabían ellos?

Un guardián pasa por detrás de Modest y deja un objeto encima de su mesa. Este lo coge sin quitarme ojo.

—Esta prisión ya es casi mía —susurra alzándose sobre los codos—. Robar no es hacer desaparecer las cosas, sino modificar las normas. Atacar el sistema en profundidad. ¿Es tan grave un cambio de propietario? La naturaleza ama el cambio. Todo el mundo necesita cambiar.

—Bueno...

Coloca con toda tranquilidad el objeto delante de mí, al otro lado del vidrio. Abro los ojos de par en par: ¡mi cartera!

—Insisto —murmura—, debería pensárselo.

LA ÚLTIMA OLA

—En suma, que para figurar en tu libraco hay que estar un poco loco, ¿no? —declara el viejo Joe dirigiéndome una sonrisa desdentada.

No me queda más remedio que asentir. El viejo Joe levanta el dedo pulgar.

De todos los protagonistas de este libro, Jonathan Abercrombie es, sin duda, el más chiflado (un término coloquial para decir «vividor») y, por descontado, el más difícil de localizar. Después de una agotadora semana de búsqueda llena de falsas pistas y llamadas telefónicas sin respuesta, lo acabo encontrando en Mtunzini (Sudáfrica, a 140 kilómetros al norte de Durban), en una cabaña junto a la playa.

Un bosque, una laguna cristalina, unas dunas salvajes llenas de maleza: camino bajo un sol de justicia.

Situado en el estuario del río Mlalazi, el pueblo de Mtunzini, cuyo nombre significa en zulú «un lugar a la sombra», es el paraíso desconocido de los pescadores, de los fanáticos de los deportes náuticos y de los amantes de los pájaros: se puede ver, en particular, el rarísimo buitre palmero. Un campo de golf, un hotel vacío en sus tres cuartas partes, algunos *bed and breakfast* y *campings* completan el cuadro. «Aquí los turistas no hacen cola —me confirma un residente—. Tenemos sobre todo a surfistas y a amantes de la naturaleza. Si esto no es el paraíso en la Tierra, se parece bastante».

¿Un paraíso? Aquí y allá, algunas sugestivas pancartas recuerdan al visitante demasiado entusiasta que sea prudente. «¡Cuidado: tiburones!». Más allá, en la playa, una zona de reproducción impide instalar las redes de protección tradicionalmente reclamadas por los asiduos. En estas turbulentas aguas causa estragos el famoso tiburón sarda, o tiburón del Zambeze, que, aunque raramente supera los tres metros y medio de largo, es famoso por sus frecuentes y feroces ataques.

A sus casi setenta y siete años, Joe Abercrombie es lo que se llama una leyenda viva y, como tal, es reverenciado por todos los surfistas de la región. No encontrarás a nadie en Sudáfrica que

sepa más de olas y playas que él. Al principio disfrutaba indicándome los mejores lugares para hacer surf, como si hablara con un aficionado.

—Está Shelly Beach, en la misma zona que Jeffrey's Bay: tranquila y divertida. Y también Cape St. Francis, que requiere un *swell* fuerte para funcionar en condiciones. Para iniciarse, Hullets Reef es perfecto. O Clapton's Coil, con una bonita y potente ola de izquierdas. En Jeffrey's Bay hay una ola épica con cuatro secciones infernales. Lo mejor es acabar en Albatross: terminas «el paseo» en la playa, en medio de las dunas. En la zona de Cape, recomiendo Llanduo, con secciones tuberas para expertos y al abrigo del viento. Y también Nordhoek, Dunes y Long Beach, donde hay unas rompientes magníficas. Después, al otro lado de la península, está Kalk Bay, donde también hay unas bonitas rompientes, aunque solo funcionan con un *swell* fuerte. «Y Muizenberg, una gran bahía de arena con montones de rompientes de playa estupendas».

Trato de hacer comprender a mi interlocutor que la práctica del surf me resulta casi tan ajena como la del antiguo javanés. Pone los ojos en blanco.

—¿Cómo es posible?

Le aseguro que es así. El viejo Joe me mira con incrédula conmiseración. Para él soy un extraterrestre, un minusválido voluntario, un exiliado en Tierra Santa, alguien que jamás ha puesto los pies en una tabla de surf. Trato de tranquilizarlo: vivo muy bien así. La explicación está en que, cuando yo era pequeño, no tenía ninguna playa cerca de mi casa.

—¿Ninguna playa? —Joe Abercrombie meneaba la cabeza. Casi no puede entender el significado de esta frase.

Mtunzini, una pequeña aldea atemporal, recuerda los remansos de paz californianos de los años cincuenta. Las rompientes de playa se extienden a lo largo del parque nacional hasta donde alcanza la mirada. En enero, la temperatura del agua alcanza a menudo los 27 °C. En este momento apenas supera los 20 °C. Con el cigarrillo en los labios, Joe Abercrombie se estira en medio de los vientos del invierno austral. Son las diez de la mañana: acaba de terminar sus ejercicios de flexibilidad.

Se da unos golpecitos en la prótesis.

—Mi pierna válida sigue en forma. Es la otra la que me da problemas.

Tras escupir en el suelo, me ofrece un cigarrillo. Lo rechazo. Hace quince años, Joe perdió el fémur y la tibia a consecuencia del ataque de un tiburón. No le importa en absoluto hablar de ello, incluso se enorgullece.

—Pero antes de eso —proclama a los cuatro vientos— nos tomaremos un café bien negro, ¡el elixir maldito!

De la cabaña del anciano (suelo de tierra, lona impermeable como único techo) sale un pitido. Encorvándose, Joe se mete dentro. El mobiliario es mínimo: colchón, mecedora, baúl de caoba, además de un hornillo de gas y algunos utensilios de cocina, así como una guitarra. Mi anfitrión no tarda en salir con el hervidor en la mano. A lo lejos, dispersados por la playa, unos jóvenes surfistas le hacen gestos amistosos. Él alza la mano en respuesta.

—Mira —dice riendo—, el cretino de Alfonzo ya está de vuelta.

Le pregunto si conoce a todo el mundo. Asiente.

—Ahora no tengo otra cosa que hacer, salvo ocuparme de los jóvenes.

Sentados en un banco delante del océano, volvemos a hablar de su accidente. Señala la playa.

—¿Ves aquella embocadura? Era julio. Mala época.

—¿Por qué?

—Por la migración de las sardinas. Los tiburones se vuelven locos. Era por la mañana. Me pasó estando solo. El agua estaba turbia, había llovido toda la noche. Acababa de coger una ola y me adentraba de nuevo cuando sentí que algo me tiraba de la pierna. Me debatí agarrado a mi tabla. Te aseguro que me arrastraba a base de bien. Una forma oscura que giraba bajo los remolinos. Una nube opaca emergió a la superficie. Comprendí que era mi sangre. Sin saber cómo, me propulsé hacia la playa. Tuve mucha suerte: el tiburón debió de considerar que ya había sacado una buena tajada.

—¿Había habido ya ataques en esa zona?

—Sí. Sin ir más lejos, el año anterior había habido dos muertos. No debería haber ido allí. Era muy peligroso y yo lo sabía. Pero estaba atravesando una grave crisis.

—¿Crisis?

Se pone de pie y se masajea las caderas.

—Olvidalo. Me desplomé en la arena. Me faltaba la mitad de la pierna. Mis amigos vieron lo que había pasado. Corrieron hacia mí. Uno de ellos estudiaba Medicina. Mal que bien, consiguió detener la hemorragia. Se puede decir que me salvó la vida. Después de eso, el servicio de emergencias tardó dos horas en aparecer. Me quedé medio inconsciente y estuve así una semana entera. Cuando me desperté, comprendí que debía tomarme las cosas con calma.

Detrás de la cabaña de Joe Abercrombie, dos tablas cruzadas clavadas en la arena parecen bloquear el acceso al camino que lleva al océano.

En otras circunstancias enrojecería de vergüenza solo de pensar en la pregunta que me dispongo a hacer al anciano. Pero las conversaciones que he podido tener con algunos parroquianos de Mtunzini me hacen pensar que todavía me aguardan algunas sorpresas.

—¿Sigue usted surfeando?

—Muy poco.

—Pero sigue haciéndolo.

Aplasta el cigarrillo con la suela del zapato.

—Dos o tres veces al año. Cuando las condiciones son buenas. —Acaricia su prótesis—. El problema es que me falta flexibilidad. Nadar con este chisme no es ningún juego de niños. Por eso me reservo. Con vistas al gran día.

El gran día: los amigos de Joe Abercrombie ya me han hablado de su obsesión. Es su fantasía, su tema de conversación favorito, el punto de partida de su «crisis».

Haciendo visera con la mano, el hombre mira con deseo al océano. Su camisa de lino abierta restalla como una bandera de playa. Con los cabellos hirsutos y el rostro deformado, parece una mezcla de espantapájaros y *cowboy*. Me acerco a él. Saca un paquete arrugado de cigarrillos de su pantalón de faena.

—Las primeras visiones se manifestaron hace una veintena de años —comienza por propia iniciativa—. En esa época surfeaba menos. Tenía un problema en la rodilla y la espalda hecha polvo. Estaba a punto de perder el entusiasmo y me costaba aceptarlo. Siempre me acordaré de la

primera vez. Me desperté gritando en medio de la noche.

—¿Se lo dijeron?

—Se oyó hasta el final de la playa. Había visto una ola: la última, la perfecta, la madre de todas las olas, el ñipe total para un surfista. Ese grito era una mezcla de miedo y alegría. Una excitación increíble. A partir de entonces, la visión se me repitió regularmente, a razón de una o dos veces al mes.

—¿Con variantes?

Se recoge el pelo hacia atrás.

—La misma ola una y otra vez. En momentos diferentes, pero la misma. Justo antes de que se levante, estoy sentado en mi cabaña. Miro el calendario y leo muy claramente la fecha.

—¿Cuándo es?

—Prefiero no hablar de ello. Hay que aprovechar la vida, amigo. No preocuparse por el final. El final no es dramático en sí mismo.

Me pongo las gafas de sol.

—No estoy seguro de entenderle bien.

—Lo que trato de decir —continúa— es que saber la fecha no cambiará las cosas para nadie. Porque no habrá nada que hacer.

Hace gestos con los brazos en dirección a la playa; una pareja de surfistas con monos de neopreno le responde con entusiasmo. El mar está hoy muy agitado. El viento sopla en dirección al mar, de oeste-noroeste. Las condiciones son ideales.

—Al principio —prosigue el anciano— viví muy mal esas visiones. Esa maldita fecha me atormentaba, y no entendía por qué la ola se ensañaba de ese modo. Luego, después del accidente, me tranquilicé. De una forma lenta pero segura. Nunca lo llamo sueño, ¿te has fijado? Porque no lo es. Los sueños vienen y van, y uno nunca sabe muy bien qué significan. El significado de esta visión es muy claro. La ola va a llegar. Es ineludible.

El viejo Joe se echa la siesta de dos a siete de la tarde. Finge que sus visiones le agotan, que quiere reservar sus fuerzas para el día D, el día en el que deberá «cabalgar».

—Esa joven belleza vendrá de muy lejos —dice evocando la ola—. Tendré que partir la tarde anterior y nadar toda la noche para ir a buscarla. A diez kilómetros de la orilla, creo; como mucho, doce. Tengo la intención de aprovecharla a fondo.

Bajo a la playa. El viento aúlla en las dunas, dobla los cañaverales con rabia. La arena se me mete en la boca. Aparecen unos surfistas, se desvanecen al acercarse una ola. Es como si la espuma se los hubiera tragado. ¡Son tan pequeños!

—Hello!

Mark se reúne conmigo. Lleva su tabla debajo del brazo. Es estadounidense; me recuerda a Patrick Swayze en *Point Break*. Desde hace seis años peina las playas del planeta en busca de los mejores sitios para hacer surf. Deja su tabla corta en la arena y se sienta en un talud. Hablamos del viejo Joe. Mark se muestra prudente.

—No sé qué pensar de todo esto —reconoce—. Joe es un tipo increíble y tan cuerdo como el que más. Solo vive para el surf, es cierto. Pero la verdad es que no sé qué le ocurre con esa ola. Y esa historia de la fecha que se niega a revelar... A pesar de todo el respeto que le tengo...

Sorprendente y magnífica, es lo que él repite. —Se le escapa una risita—. Supongo que reconoceremos esa ola cuando la veamos.

Se produce un silencio muy agradable. El viento ha vuelto a soplar. Señalo el mar con el mentón.

—¿Y los tiburones?

—¿Qué pasa con los tiburones?

—¿No te dan miedo?

Una sonrisa ilumina su atractivo rostro.

—Vivir deprisa, morir joven.

Jonathan Abercrombie ha vivido tan deprisa que quizá la muerte se haya olvidado de él. Al menos por un tiempo.

Seis meses después de mi llegada, a mediados de enero, un violento huracán azota la costa este de Sudáfrica. Mark me envía un *e-mail*. Ha tenido noticias del viejo Joe, que ha sobrevivido.

«Algunos testigos han hablado de olas monstruosas», me escribe. «De ocho metros de altura. Pero a nuestro amigo le ha dado tiempo a resguardarse tierra adentro. Este tipo es una verdadera estación meteorológica. Siente cuándo se avecinan las perturbaciones. Las siente hasta en la médula de los huesos».

Una semana más tarde, Jonathan Abercrombie me llama por teléfono en persona. Utiliza el terminal de Mark, a quien yo le había pedido que me hiciera ese favor.

—¿Todo bien, chaval?

—Es a usted a quien habría que preguntárselo. Estaba muy preocupado.

—¿Muy preocupado?

—Por esas olas. Me he preguntado si no habría llegado el gran día.

Al otro lado de la línea se oye una risa tan estruendosa que tengo que apartarme el aparato de la oreja.

—¿Qué es lo que le hace tanta gracia?

—Tú, chaval. Confundes un aguacero con una gota de lluvia. Esas olas eran de ocho metros. Esos cretinos insistieron en «evacuarme», ¿te lo puedes creer? Yo no los necesitaba.

Me río.

—Joe...

—Dime.

—¿Qué tamaño tendrá esa última ola?

—Grande.

—¿Cómo de grande?

—¿Tú sabes lo que es un número de tres cifras, chaval?

—Sí, pero...

—Pues eso. Un número de tres cifras.

—Espere. ¿En metros?

Carraspea, habla con otra persona. Oigo el viento a través del auricular y, por un momento, echo de menos las olas.

—¿Qué? —exclama el viejo Joe—. Oye, tengo que dejarte. Disfruta de la vida, ¿de acuerdo?

Ven a verme. Pero no tardes demasiado.

Cuelga. «La muerte es esa ola más alta que todas las demás —me había dicho antes de despedirnos, hacía seis meses—. Cuando los cobardes la ven, se dicen a sí mismos que ya no hay nada que hacer, mientras que los valientes cogen su tabla».

SIN DUDA

—Alfred lo olvidaba todo —recuerda Cathy, con las manos crispadas en el reborde del fregadero. Olvidaba incluso que lo olvidaba todo. El cumpleaños de su hija, una invitación a casa de los vecinos... Con frecuencia, los domingos por la mañana se hacía el nudo de la corbata y preparaba su maletín. Yo lo miraba con los ojos como platos. «¿Dónde diablos crees que vas, Alfred Miller?». Se miraba los zapatos. «Pues al trabajo». Yo le asía del brazo lo más amablemente posible. «¿Sabes qué día de la semana es hoy?». Entonces alzaba los hombros y se daba una palmada en la frente. «¡Vaya, qué estúpido!». Más tarde, comprendiendo hasta qué punto esas ausencias sistemáticas amenazaban mi moral, y con ella a nuestra pareja, trató de ponerle remedio. La casa estaba sembrada de recordatorios, de pañuelos misteriosos, supuestamente evocadores. Lo malo es que también los olvidaba. Visto desde fuera, el asunto no parecía demasiado dramático. Mis amigos trataban constantemente de darme ánimo. «¡Vamos! ¡No te atormentes tanto! Además, ¡Alfred es tan inteligente!». Pero a ellos les resultaba muy fácil decirlo porque no vivían con él. «No sabían lo que era tener la seguridad de no poder contar jamás con el amor de tu vida».

Cathy Miller hace una pausa. Estamos en Schenectady, una ciudad de sesenta mil habitantes en el estado de Nueva York, donde vivió el novelista Kurt Vonnegut.

—Kurt y Alfred eran amigos en la época —continúa mi anfitriona—. A veces venía a cenar a nuestra casa. Un hombre afable y con muchísimo encanto. Él también trabajaba en General Electric. Alfred tenía una gran facilidad para relacionarse con la gente. Su despiste crónico tenía algo muy seductor, siempre que uno no tuviera que sufrir sus consecuencias.

La anciana me señala una silla, ajusta las persianas de la cocina y se pone manos a la obra detrás del mueble bar.

Estamos aquí para hablar de Alfred Miller, su exmarido, cuyo apellido ha querido conservar. Alfred era lo que se llama un calculador prodigio.

—Calculador —subraya Cathy—, no matemático. Los calculadores son personas capaces de decirte en qué día caerá el 18 mayo de 2579, de multiplicar 578.981 por 6.525 en cinco segundos, de citar diez mil decimales de pi sin cometer el menor error, etcétera. Alfred tenía un cociente

intelectual de 180, según los *tests*, y era un científico muy competente, pero era incapaz de hervir pasta. Me he interesado mucho por el tema después de nuestra separación. Se han hecho descubrimientos muy importantes, incluso fundamentales. Actualmente se sabe que las zonas responsables del cálculo mental se encuentran más irrigadas en los calculadores prodigio que en los individuos normales. Supongo, aunque el razonamiento no sea demasiado racional, que a consecuencia de eso otras zonas están menos irrigadas. La zona que permite hervir pasta, por ejemplo.

Suspira y deja una caja de galletitas encima de la mesa.

—Sírvase, ¡no sea que me las coma yo todas!

Vuelve a sentarse con una galletita en la mano.

—¿Quiere saber cómo era nuestra vida antes del divorcio? Digamos que estaba llena de «sorpresas». Sorpresas desagradables, se entiende, que acababan dejando de ser sorpresas. Los aniversarios de boda, mis cumpleaños, las fechas de nacimiento de nuestros hijos: todo eso se le olvidaba por completo a Alfred. Incluso se le pasaron por alto el entierro de mi padre, el examen de ingreso en el Conservatorio de nuestro hijo y nuestra primera cita en un consejero matrimonial. Un día, una amiga mía le preguntó de qué color tenía yo los ojos y él fue incapaz de responderle. Sin embargo, memorizar en diez minutos doce barajas de cincuenta y dos cartas no le suponía ningún problema. No más que recitar *Matadero 5*, de nuestro amigo Kurt, desde el principio hasta el final. En 1967 ganó con tanta facilidad un concurso de cálculo mental organizado por la Universidad de Yale que le pidieron que no volviera a presentarse. Pero, como usted comprenderá, a mí aquello no me compensaba demasiado.

Carraspeo.

—Ustedes se divorciaron en los años setenta, ¿no es cierto? ¿Cómo...? ¿Cómo acabó su matrimonio?

Cathy Miller mueve la cabeza.

—Sinceramente, me rompía el corazón separarme de él. Yo le quería, ¿entiende? Pero vivir a su lado era agotador, tanto física como emocionalmente. Después de treinta años de vida en común, yo simplemente no podía más. Me pasaba el día gritándole, regañándole, confeccionando recordatorios que él ignoraba concienzudamente. Nuestros hijos eran los primeros que sufrían la situación: los dos se fueron de casa en cuanto tuvieron medios. Resumiendo, había acabado con mi paciencia. —Con las manos apoyadas en las piernas, mira por la ventana—, Alfred aceptó finalmente seguir un tratamiento. Yo dudaba de que aquello bastara, pero estaba dispuesta a intentarlo. Solo exigía unas condiciones, y quería que quedaran por escrito. Uno de nuestros amigos, que era abogado, aceptó hacer de celestina. Nos convocó. Lo que sigue le gustará.

—¿De veras?

Con mano temblorosa, ordena sus finos cabellos color ceniza.

—La noche anterior lo encontré raro, pero no me atreví a decírselo. Estaba segura de que olvidaría nuestra cita. No era cuestión de recordárselo. Era la prueba suprema. La acepté con una especie de alegría fúnebre. Por tanto, no intercambiamos una sola palabra aquella noche. Al día siguiente, poco antes de las diez, fui al despacho del abogado convencida de que la suerte estaba echada. Alfred aguardaba en lo alto de la escalera.

—Increíble.

—Usted lo ha dicho. Por un momento, me invadió una enorme alegría. La vida nos ofrecía

una segunda oportunidad. Dependía de nosotros aprovecharla. Subí las escaleras para estrechar a Alfred entre mis brazos. Él se dejó hacer y después, suavemente, me rechazó. «Te has equivocado». Yo no podía creer lo que estaba oyendo. «¿Cómo?». Dio un puñetazo en la puerta. «Nuestra cita era ayer, no hoy. Estuve esperando durante más de una hora; quería pensar que habías tenido un contratiempo. Pero ayer por la noche comprendí que no era así. ¡Un error garrafal después de todos tus grandes discursos! Tu desfachatez me asombra. Puedes dar por terminado nuestro matrimonio». Se fue en medio de la multitud. Ni siquiera tuve fuerzas para correr tras él.

Durante unos segundos, ella evita mi mirada. Me quedo estupefacto.

—¿Un error? ¿Usted?

Gesto enfurruñado.

—Honestamente, no estoy segura. Esa es la versión del abogado, en todo caso. Pero era más amigo de Alfred que mío. Y a veces se le iba el santo al cielo a él también. Olvidaba anotar sus citas. En resumen, era su palabra contra la mía. Al mismo tiempo, ¿qué más daba? El problema no era nuevo. Ese incidente no había hecho más que mostrar unas deficiencias enormes. Nuestro matrimonio había sido una parodia. Estábamos agotados: él, por sus esfuerzos para acordarse, y yo, por mis esfuerzos para olvidar. Finalmente, fue él quien pidió la separación. Llamémoslo ironía del destino. Lo más gracioso, si se quiere, es que nos hicimos muy buenos amigos después del divorcio. Vivir juntos era insoportable, pero como vecino (se compró una casa un poco más allá de la mía) mi exmarido era perfecto: encantador, divertidísimo, enternecedor. Empecé a ocuparme de él más que antes y sin exigir nada a cambio. Me tomará usted por una loca. ¡Ay, estaba tan solo! Y nadie le conocía mejor que yo.

—¿Iba a visitarlo a diario?

—No vivíamos lejos. No me he vuelto a casar, y él tampoco, se lo puede imaginar. He conocido a otros hombres de cuando en cuando, pero la cosa no ha funcionado. Él sigue solo. En el fondo, el amor no le interesaba. Solo necesitaba una mujer que se ocupara de él, y su madre había muerto hacía lustros. Y pensar que necesité más de treinta años de matrimonio para entender esto...

—¿Se arrepiente de esos años? ¿Los considera tiempo perdido?

Reflexiona.

—Me arrepiento de las discusiones, de las peleas interminables. Era una guerra absurda. Alfred era incapaz de ocuparse de nada. Eduqué sola a mis hijos. En las reuniones, en cambio, o en los museos, era un compañero extraordinario. Su médico sostiene que tenía una inteligencia poética, y creo que esa es la palabra correcta. Le encantaban Mozart, las Supremes y Abraham Lincoln. Era incansable cuando hablaba de Humphrey Bogart y de Cary Grant, se sabía todas sus réplicas. A veces pretendía ser otro (por lo general, un hombre que había vivido en Chicago en 1880), y era tan pródigo en detalles, tan convincente en su forma de expresarse, incluso en los idiomas y las entonaciones de la época, que yo llegaba casi a dudar. Entonces me tomaba entre sus brazos y me decía: «Siento haberte asustado». Me lo repetía en dieciséis lenguas. Dominaba treinta, creo, entre ellas el húngaro, y cuando le preguntaba por qué aprendía unas cosas tan difíciles, me respondía: «Porque puedo».

—¿Y sus hijos? ¿Cómo veían a su padre?

—Como un extraño.

Cathy Miller se sirve un vaso de agua y se lo bebe de un trago.

—No se les puede culpar. Alfred no poseía ni una pizca de fibra paternal. Lo único que era capaz de ofrecerles eran enigmas matemáticos o el *Paterson* de William Carlos Williams recitado al revés. Ahora todo ha cambiado. Anna y Justin han comprendido quién era su padre, saben que no podría haber sido de otra manera. Alfred era así y punto; digan lo que digan, estaba aquejado de una enfermedad incurable. Y todos nosotros preferíamos esa enfermedad a la que tiene actualmente. No hay duda.

La casa de reposo St. Exeter, rodeada de un vasto parque arbolado, se encuentra a unos quince kilómetros de Schenectady. Es una institución privada extremadamente costosa que solo acoge a una veintena de pacientes al año. Sin embargo, Cathy Miller no ha tenido que desembolsar ni un céntimo para ingresar en ella a su exesposo.

—Legalmente, nada me obligaba a hacerlo. Lo habría intentado si hubiera hecho falta, pero me habría arruinado.

—¿Es Alfred quien lo paga todo?

—Cuando me enteré, me quedé tan asombrada como usted. Había trabajado en General Electric durante toda su vida y, sin duda, había tenido un sueldo bastante decente, pero no hasta el punto de poderse pagar una estancia ilimitada en St. Exeter. No, la verdad es que llevó una vida paralela después de nuestra separación. Hizo lo que nunca antes se había atrevido a hacer: utilizó sus dotes para ganar dinero. Mucho dinero.

—¿Cómo?

Cathy resopla.

—Poker en Las Vegas, al cincuenta por ciento. Y olimpiadas matemáticas. Juegos televisivos. Galas prestigiosas. También ha trabajado para el gobierno. No tengo todos los detalles, le tenían prohibido hablar de ello. Lo único que sé es que en los años setenta viajaba a menudo a Washington.

El coche se detiene. Cathy señala la verja de la casa de reposo.

—Le espero aquí.

—¿Está segura?

—Segurísima. Vengo aquí una vez a la semana y con eso tengo bastante. Hablo con el médico de Alfred. A él no lo veo, solo de lejos. Está resentido conmigo, cada vez más. Por supuesto, yo sigo teniéndole mucho afecto. Pero fuera hay otra vida. Hago lo que considero que es mejor para los dos.

El doctor Shapiro, que me recibe en la verja del parque, trata a Alfred Miller desde hace más de cuatro años. Me guía con paso tranquilo. A nuestra izquierda serpentea un arroyo, atravesado por un puentecito de madera. Más allá, a la sombra de un arce, un pelícano toma el fresco. Una mariposa se me posa en el hombro.

—St. Exeter es un lugar bastante idílico —concede el médico—, sobre todo en primavera. Creemos en la importancia de un marco sereno y agradable a la vista. Aquí nuestros pacientes respiran. La sensación de tranquilidad, de calidez y de bonanza es, por lo general, lo único que les

queda.

La sombra de una nube cruza el césped. Sentado en una hamaca, detrás de la mansión, Alfred parece saborear la compañía del sol. Pese al calor, tiene sobre las rodillas una vieja manta decorada con motivos de Superman.

—Tiene mucho cariño a esta reliquia —me confía la enfermera antes de dejarnos—. Pertenecía a su hijo cuando era pequeño. Alfred adora a Superman, busca continuamente gente con la que hablar de él. El suyo es un enfoque interesante, si quiere verlo así.

Me siento junto al anciano. Ninguna reacción. «La memoria de los grandes calculadores — me explica el doctor Shapiro— tiene unas características asombrosas: es profunda, pero estrechísima, como un embudo». Dicho de otra forma, esos hombres y mujeres son incapaces de ver sus recuerdos con perspectiva.

A partir de ahora, el Alzheimer complica considerablemente las cosas: el embudo se estrecha hasta no dejar pasar absolutamente nada.

Alfred Miller se vuelve hacia mí. Sus ojos recuerdan un mar demasiado profundo. ¿Me ve?, ¿sabe que estoy aquí? Recuerdo lo que me ha contado su mujer en el coche. Los últimos años, lo que queda cuando todo se olvida. Respiro hondo.

—Alfred...

—¿Justin? ¿Es usted Justin?

—No. Su hijo Justin vendrá dentro de dos días.

—Lástima.

—Vendrá, Alfred. Ha de tener paciencia...

—Dentro de dos días... ¿Y Superman?

—No hay noticias de él. Es posible que no aparezca.

—Los verdaderos patriotas son cada vez más escasos.

—Eso parece. ¿Puedo hacerle una pregunta?

—¿Es usted Justin?

—No.

—¿Quién es entonces?

—¿Puedo hacerle una pregunta, Alfred?

Asiente, contrariado.

—¿Cuál es el recuerdo más bello de su vida?

Se encoge de hombros.

—Todo es bello —suspira—. Todo es recuerdo. Las hojas de los árboles. El cielo. Todo es magnífico. Bonito recuerdo. Tenemos que irnos, el parque cierra a las nueve. Tenemos que dejar el lago, vestarnos, ir hasta su coche y partir: la gente se pone su ropa de ciudad en los asientos traseros de sus coches y abandona el cobijo de los árboles.

Estornuda, se tapa la nariz, me despide con un gesto.

—Es de William Carlos Williams —me comenta el doctor Shapiro cuando se reúne conmigo—. A veces recita páginas enteras de *Paterson*, esté donde esté. Adoraba ese libro.

—¡Pero no es culpa mía! —exclama de pronto nuestro hombre apoyándose con fuerza en la silla—. ¡No lo es! ¡Es culpa de ella, solo de ella!

Su médico le tranquiliza, lo ayuda a sentarse de nuevo.

—Tal vez sí, señor Miller. O tal vez no. No debe enojarse solo por suposiciones.

—¿Es usted Justin?

—No.

El anciano renuncia, me fulmina con la mirada.

—No se atreva a defenderla, ¿entendido?

—¿A quién?

—A mi mujer. ¿Se piensa que soy idiota? Ella se equivoca de día y la culpa la tengo yo, yo soy el distraído. Es cierto, a veces lo soy, pero solo cuando el asunto no es importante. Lo que no se me olvida es que nuestra unión ha muerto por su culpa. La detesto. La detesto enormemente. No pienso sacarme esto de la cabeza.

El doctor Shapiro me acompaña a la salida.

—El fracaso de su matrimonio ha marcado mucho a Alfred —comenta—. Su exmujer, lamentablemente, no se presta a las confidencias. Nunca he sabido bien lo que pasó. Lo único que puedo decirle es que este asunto de la cita fallida sale constantemente a colación...

—¿De veras?

—Sí. Le apuesto a que será lo último que recuerde. —Escruta mi rostro, suspicaz—. Usted tampoco sabe nada, ¿verdad?

—Por desgracia, no...

Me abre la cancela.

—Entonces, usted es un sobrino nieto suyo por parte de madre.

—Eso es.

—Qué raro —dice—. Me acaba de afirmar lo contrario hace un momento.

Palidezco, balbuceo una explicación. El doctor Shapiro se ríe.

—Es una broma de neurólogo —me explica—. Lo siento, solo me hace gracia a mí.

EN CASA DE LOS VIVOS

La llamaremos, porque hay que mentir, la *cité* Jean-Rostand. Es un complejo, a treinta kilómetros de París, como otros cientos en Francia: un lugar secreto para quien se atiene a las apariencias.

—Desconfiamos de los periodistas y de los políticos —explica Abdel, de treinta y cuatro años, que ha cambiado de nombre como todos los demás—. Si tenemos un mensaje que transmitir, lo hacemos nosotros mismos. La gente que nos busca sabe dónde encontrarnos. Usted es la prueba, ¿no?

No puedo hacer otra cosa que asentir. Hace dos meses, gracias a un suelto publicado en un diario nacional, me enteré del «milagro Jean-Rostand», según la fórmula empleada por el propio periodista, y me puse en contacto con los interesados.

—Sí —me confirma Raymond—, el decano de los Rameaux, me acuerdo de ese tipo. Bastante simpático, por cierto. Pero buscaba un discurso más que una historia. No paraba de hacer preguntas sobre, según sus palabras, las «primicias de la aventura». Le conté una historia llena de falsedades. Un hueso duro de roer, en una palabra. La verdad es que nuestro proyecto no es político en el sentido en que lo entienden esos tipos. Esto nunca ha tenido nada que ver con los partidos políticos. Procedemos de todos los horizontes.

Pasaré cuatro días en los Rameaux, durante los cuales Raymond, que me acoge, hará también de guía.

El edificio consiste en un bloque adosado a un aparcamiento, doce plantas lúgubres bordeadas de árboles desnudos. Lo primero que llama la atención es el retrato de cuerpo entero que adorna uno de los lados del edificio: un joven desmelenado, embutido en un traje de superhéroe, con el puño en alto.

—Treinta metros de altura, cincuenta objetos aficionados, dos meses de trabajo —me revela una jovencita al verme.

Treinta metros con la palabra «¡Vivos!» grabada en letras doradas en el frontispicio, puntos de exclamación incluidos.

Me indican la puerta A. Espatarrado en una silla de *camping*, un gran hombre negro vestido de almirante se ocupa de la recepción. Al verme llegar, se endereza y me tiende la mano.

—¡Bienvenido! Voy a llamar a Raymond.

Con una sonrisa cansada en los labios, mi anfitrión aparece en lo alto de los escalones.

—¿Viene? Haremos un poco de escalada. —Me precede por la escalera—. Estamos remodelando el ascensor —me explica—. Con una reja de hierro forjado, como en el distrito dieciséis. —Ríe—. No, estoy de coña: hemos recuperado unos enrejados de la calle. Los pintaremos de rosa fucsia, ¡la cosa irá a toda pastilla! —Se vuelve, da una palmada—. ¡Vamos, démonos prisa! Esto es excelente para el corazón.

Corro tras él, tratando de adaptarme a su ritmo. Apenas me da tiempo a contemplar la decoración de las diferentes plantas. Papel metálico en la primera, grafitis japoneses en la segunda y, en el resto, esculturas modernas y adornos florales. Es como si estuviera en una exposición de arte contemporáneo.

—Arte no sé —bromea Raymond—, ¡pero en lo de contemporáneo estoy completamente de acuerdo!

El decano de los Rameaux vive en la planta octava, en un apartamento de cuarenta y seis metros cuadrados con dos habitaciones que compró con su mujer hace más de cuatro décadas y que acaba de terminar de pagar. Jubilado desde hace ocho años, enviudó hace unos meses.

—Sin el comité —comenta—, nunca me habría recuperado.

Acodados en el balcón de la cocina, contemplamos el horizonte cegado. Cuatro edificios dispuestos perpendicularmente y otras dos construcciones contiguas: seis mil habitantes en total.

—Es una porquería, ¿verdad? Lo levantaron a finales de los años cincuenta. En esa época estábamos felices. Cuarto de baño, cocina equipada y ascensor. ¿Qué es lo que queda hoy de toda esa felicidad? ¿Cómo recuperar la esperanza? Estas son algunas de las preguntas que nos hemos hecho. Las preguntas fundadoras.

Dando una calada a su cigarrillo, señala un rectángulo de césped allí abajo. Una docena de jóvenes se han reunido alrededor de una canasta de baloncesto.

—Son del edificio de enfrente, los Arces. No tienen ninguna maldad. Bueno, ven demasiado la caja tonta. Nosotros les tendemos la mano, pero siguen sin fiarse; estas cosas llevan tiempo. Lo peor es la falta de objetivos, de puntos de anclaje. Alexis estaba tan perdido como ellos. Y eso puede tener consecuencias.

Alexis es el joven que ha hecho posible todo esto. Algunos, pocos, conocen la verdad. Los demás solo ven su muerte como un factor desencadenante.

La historia del joven comienza de una forma tristemente banal. Padre alcohólico, madre enferma, fracaso escolar, delitos menores, trapicheos, robos de coches, prisión condicional y, para terminar, prisión firme.

Raymond asiente con la barbilla.

—Hace ocho años y tres meses, lo recuerdo como si fuera ayer, el chico bajó a la cancha de baloncesto poco antes de las dos de la mañana. ¿Y qué es lo que hizo? Sacó una pistola y se disparó en la sien. Así, sin más. Yo estaba despierto. Asistí desde este balcón a la secuencia de los hechos. Los jóvenes bajaron a toda velocidad. Pusieron al chico boca arriba y uno de ellos le hizo un masaje cardíaco (había asistido a un curso de socorrismo). No sirvió de nada. Oficialmente no se sabe por qué el chaval se mató. Sabrá más cuando consideremos que está preparado. Su madre le siguió a la tumba unas semanas más tarde. Murió de tristeza.

—¿Y el padre?

—Jean-Pierre sigue vivo, más que nunca incluso. Vive en la planta baja. Era alcohólico. Desde que sucedió el drama es otro hombre. Es el creador de nuestro comité, una idea increíble en la piel de un tipo normal.

El Comité de los Vivos se creó hace ocho años a instancias de varios vecinos del edificio. A instancias de Jean-Pierre, el actual tesorero. Raymond pertenece al círculo original de los miembros fundadores.

—La primera vez que lo hablamos fue en el entierro del chico, con mi mujer y algunos amigos. Al principio tardé en comprender, pensé que la iniciativa era nuestra y nada más que nuestra. Todo el mundo lloraba y llovía a cántalos. Nos atrincheramos en la taberna de la esquina y repasamos los años vividos. Nuestro edificio en ruinas. La deriva de los jóvenes. Las depresiones, las enfermedades, el paro, la droga. Intentamos recordar la vida con la que soñábamos cuando teníamos veinte años. Eso hizo que se nos pasara la rabia. Y esa noche nos dimos cuenta de algo fundamental: nadie, salvo nosotros, nos haría felices. Si queríamos que las cosas cambiaran, teníamos que encargarnos nosotros mismos.

Son las siete de la tarde. Ha llegado el momento, según los términos de Raymond, de ir a «tomar la temperatura» al Nautilus.

Situado en la planta baja del edificio, el Nautilus es a la vez un lugar de vida, un espacio de descanso y un refugio para la gente de paso. En él hay un comedor, dos billares, una sala de proyección y otra de meditación. El piso, con una superficie de ciento cincuenta metros cuadrados, está formado por la unión de dos viviendas alquiladas por el comité y por una tercera, regalo de un generoso donante conocido aquí como Mamadou.

—Mamadou —explica Abdel— es nuestro orgullo, nuestra mascota internacional. Si a usted le interesa mínimamente el atletismo, seguro que lo conoce. Ha conseguido hacer realidad su sueño. Él asegura que ha sido gracias a nosotros. ¡Quizá sea verdad! En cualquier caso, su gratitud está a la altura de su éxito.

Con las paredes pintadas a toda prisa, la decoración barroca, extravagante, plagada de autómatas desmembrados, de ojos de buey, de bibliotecas de Ikea y antigüedades polvorientas compradas en los mercadillos locales, el Nautilus solo se parece de lejos a su ilustre modelo, pero todo el mundo se siente aquí como en casa.

—Hemos intentado acabar con la imagen deprimente de los centros sociales comunitarios — cuenta una de las responsables—. «Si el sueño no viene a ti, convoca sus imágenes». Le juro que la frase no es mía —ríe de corazón.

Instalado en la «sala del tesoro», anunciada por una placa metálica clavada en la repisa de la chimenea, Jean-Pierre abre su libro de cuentas con solemnidad.

—Como ve, sigue el esquema clásico. Por un lado, los ingresos, y por el otro, los gastos. En la columna de los gastos: obras, comida, ayudas personalizadas y festividades varias. En cuanto a los ingresos, los que pueden nos hacen donativos. No son mayoritarios. Lo compensamos con imaginación. —Me enseña un cartel—. ¿Ve este programa? Ferias, mercadillos, juegos,

programas televisivos, concursos de todo tipo (así es como ganamos el videoproector de la sala de al lado), venta de verduras tempranas, conferencias locales, conciertos, instalaciones y publicación de libros. Pensamos abrir un blog algún día. Conversamos, discutimos, hay reticencias. En principio no nos prohibimos nada.

Alzo una ceja.

—¿Venta de verduras tempranas?

—Ah, es cierto, usted no ha estado todavía en la azotea.

Diez minutos más tarde, justo cuando empieza a llover, el tal Ahmed me tiende la mano. Tras poner un pie en el último peldaño de la escalera, salgo a la azotea tras él. Bienvenido al espacio bio de los Rameaux: cultivo en cajas, tejado reforzado e invernadero obligado. Aquí, según mi guía, puede pegar mucho el sol en verano.

Precediéndome por los pasillos, coloca algunos letreros en su sitio. Judías, pimientos, berenjenas, zanahorias, patatas y calabazas, hay para todos los gustos.

—Y en breve plantaremos también calabacines —me asegura risueño.

Saca una pizarra blanca de una estantería de hierro: es un calendario donde las tareas de los voluntarios se encuentran perfectamente planificadas. Aquí cada uno participa en función de sus necesidades y de su disponibilidad.

—Disfrute de bajo presupuesto —concluye mi acompañante—. Abierto a todas las buenas voluntades de Jean-Rostand.

—El comité nació como consecuencia de la muerte de Alexis —cuenta Raymond—. Al principio se trataba, más que nada, de un reflejo de supervivencia. Simplemente no podíamos continuar así. Las personas se necesitan unas a otras, es un hecho. La primera medida que tomamos fue abrir las puertas. Cuando alguien entra en nuestro edificio, se encuentra como en su propia casa, libre de circular como le parezca. En cuanto a los camellos, han dejado de venir, aquí no hay nada para ellos. ¿Ha estado usted en la parte trasera? Hemos encargado unas escaleras antiincendio que permiten pasar de un piso a otro fácilmente y dan un aspecto ligeramente neoyorquino al inmueble. Hemos derribado muros siempre que ha sido posible. La intimidad individual está garantizada por un estricto reglamento interno. La gente es mucho más razonable de lo que se piensa cuando está contenta. Actualmente vivimos juntos por las buenas.

Vivir juntos. El credo no es vano, y pronto comprobaré su fundamento. Mariam, una de las dos responsables de la planificación del comité, me recibe al día siguiente en su despacho del Nautilus, decorado con dibujos infantiles inspirados en obras de Julio Verne. Una pizarra negra llena de fechas preside la pared.

—Aquí —declara la mujer ordenando sus expedientes— siempre estamos organizando algo. Damos una gran importancia a los rituales y tratamos, en la medida de lo posible, de implicar a los demás edificios. Los jueves por la noche hay copa en el patio, con o sin alcohol. Los sábados por la noche, fiesta temática en el exterior si hace bueno. Los miércoles por la noche, partido de fútbol. Cuando la tele no retransmite ninguno, nosotros mismos lo jugamos. Los adolescentes organizan también dos veces al semestre torneos de videojuegos en línea. Esto en cuanto a las actividades obligadas, con matices, imprevistos y modificaciones esporádicas. Luego están las celebraciones comunitarias: nacimientos, matrimonios, bautismos, etc., organizadas sin fronteras

siempre que es posible. Por otra parte, comentamos y compartimos las fiestas religiosas. Por no hablar de todas las fiestas absurdas que nos hemos inventado. La de mediados de otoño, la del no cumpleaños, la Fiesta de la Lluvia, el Día de los Muertos Vivos, el Carnaval Sorpresa, el Día del Gran Aparato Sin Nombre, y otras muchas más.

En los Rameaux, sin exagerar nada, los judíos observan el Corán, los chinos festejan el Yom Kipur y los cristianos se ponen la chilaba.

—El edificio alberga veinticuatro nacionalidades diferentes —explica Raymond— y cinco religiones identificadas. Llega un momento en el que hay que elegir entre encerrarse en los particularismos o reconocer que todos pertenecemos al mismo pueblo, el de los Vivos. Estamos a favor de la diferencia, sí, pero entre varios. Y también a favor de la identidad, pero múltiple. A pesar de las dificultades, las dudas y las tergiversaciones, tratamos de que cada día sea una celebración y de ayudar y apoyar a nuestros hermanos, sin distinción de edad, de sexo, de etnia o de religión.

El parado no está solo. Supervisamos el tratamiento del enfermo. Combatimos junto al inmigrante ilegal. Tenemos amigos en la policía, en los bomberos, en la iglesia; a algunos comerciantes les pagamos en servicios. Aquí nadie pasa frío ni hambre, y nadie es dejado en la penuria o en la miseria. Los jóvenes estudian. Y a veces triunfan. Recientemente hemos tenido un arquitecto de interiores, un investigador en climatología, un responsable de Amnistía Internacional y un cardiólogo pediátrico. Aunque la mayoría acaba yéndose a vivir a otro sitio, no rompen el vínculo con nosotros. Son fieles, respetuosos e inteligentes. Uno de ellos acaba de lanzarse a la política. Somos cautos al respecto, pero tiene toda nuestra confianza. Cambiar el mundo no es un deporte que se improvise.

Nueva velada. Los vecinos han sacado unas sillas al patio. Grupos de jóvenes conversan aquí y allá. Raymond dirige un taller de poesía urbana en torno a los textos de Aragon y de Renaud, Ahmed dirige un coro intergeneracional, Badia lee a los más pequeños y Li inicia a sus vecinos en la cocina tailandesa.

—Compartir los conocimientos —cuenta Kamel, de veintiún años— es algo esencial. En los Rameaux hay cursos de apoyo, proyecciones de vídeos sobre los países de unos y otros, reuniones ecuménicas... Todo el mundo sale ganando, y los adolescentes los primeros. Descubren en nosotros una apertura al mundo que no podrían encontrar en ninguna otra parte. El año pasado viajamos seis personas a Nueva York gracias a los ingresos del comité. Este año está previsto un viaje a China: recorrer la Gran Muralla a pie. Si se piensa, es bastante increíble.

Al final de su taller, pregunto a Raymond si él y los demás creen que han alcanzado una especie de ideal comunitario.

—Ideal... Bueno, no me gusta demasiado esa palabra. Nuestra vida es un follón, y viceversa. Nada es fácil, nada lo ha sido ni nada lo será jamás. Cogemos el toro por los cuernos, eso es lo que hacemos. Defendemos la apertura. Vamos a visitar los otros edificios, no dejamos que nos apabullen. Es muy fácil dejarse llevar en este tipo de lugares. Pero una vez que se ha probado la amistad, la ayuda mutua, el compartir, se siente una adicción, una energía, y el éxito llama al

éxito. ¿Sabe cuántos de nuestros chicos han repetido curso, aquí, en estos dos últimos años?

—¿Ninguno?

—Uno. Pero venía de muy lejos. Y este año ha puesto música a unos poemas de Aragon. Vendrá usted, ¿no?

Dentro de la *cit * Jean-Rostand, a pesar de las manos tendidas y los puentes lanzados, la parcialidad de los Rameaux da mucho que pensar.

—En serio —se pregunta Farid, que vive en el edificio de enfrente—, no s  cómo lo hacen. Nosotros estamos todo el día con follones. Ellos van a buscar setas al bosque los domingos y cantan arias de  pera. Es increíble.

Samia es más sutil.

—A veces me digo que esto parece una secta. Salvo que aquí no hay gurús ni pasta en juego. De todas formas, me parece extraño el tema de las puertas abiertas y todo lo demás. No s  si yo podría.

Cuando le refiero las palabras de la estudiante, Raymond finge indiferencia.

—No aspiramos a convencer a todo el mundo. La semana pasada regres  a mi casa a las dos de la madrugada y había una joven completamente vestida en mi sofá, una comorense. De hecho, había venido a buscar a su primo a los Rameaux, pero como él trabajaba de noche, no lo encontr . Alguien le aconsejó que viniera a mi casa y ella le hizo caso. ¿Se imagina? Antaño yo habría llamado a la poli directamente. Esa noche le prepar  un t  a la menta y unos piñones.

El último día, Jean-Pierre M., el padre de Alexis, me recibe en su casa. En su aparador, unas fotos de su mujer y de su hijo cuidadosamente alineadas se ofrecen a la mirada del visitante. Coge uno de los marcos y lo examina enso adoramente.

—Somos muy pocos los que sabemos lo que realmente pas  aquella noche. Mi hijo acababa de salir de la cárcel. La experiencia le había marcado profundamente. Había empezado a leer a Thomas More, a Voltaire y a algunos poetas americanos. Un día, poco antes de que saliera de all , tuvo un síncope. Le hicieron pruebas y le descubrieron una cabronada en el cerebro, un aneurisma no operable, susceptible de romperse en cualquier momento. Yo, borracho como una cuba, no sabía nada de todo eso. Fue mi mujer quien me lo cont . La víspera del entierro me dio a leer la carta que nuestro hijo nos había dejado. Después la quem .

—Entonces, no le queda ninguna huella de ella.

Se golpea la cabeza.

—Las huellas están aquí. Excesivamente claras, si quiere saberlo. Esa carta era una proclama en dos partes. En la primera, Alexis explicaba su gesto, de qué forma nos liberaba, y lo que debíamos hacer después. Su novia de entonces, que había prometido esperarle a la salida de la prisión, se había esfumado. No tenía ni trabajo ni amor: el futuro se le presentaba sombrío. Y además tenía ese aneurisma. El día en que se le rompiera, se quedaría paralizado o muerto. Mi chico estaba cansado, eso era todo. La segunda parte parecía un programa. Nuestro hijo quería que viviéramos mejor. La idea de los cultivos en la azotea fue de él. Y también lo de las fiestas absurdas y las escaleras neoyorquinas. Solo Raymond y Ahmed están al corriente. Mi mujer

también lo estaba, cuando todavía vivía. Salvo que en ella el dolor era más fuerte que la esperanza. Por eso destruyó la carta. No tenía fuerzas para creer en todo eso ni el valor de mantener la esperanza sin él.

Asiento con la cabeza, desconcertado. Jean-Pierre deja el marco en su sitio.

—Mi hijo está en el origen de todo. Ahora estamos llenos de ideas. De nuestras ideas. Hemos establecido *una* colaboración con otros tres centros, uno en Detroit, el otro en México y el tercero en Manchester. Compartimos teorías, métodos y proyectos. Vamos a organizar intercambios y un programa de comunicaciones. Verá, cuando Alexis estaba en prisión, nunca habría imaginado lo que iba a ser mi vida. Solo pensaba en mí, en mi pequeña y tranquila miseria. La noche en la que nuestro hijo se mató, dejé de beber. Mi mujer soltó su carga: se desmoronó en mi lugar. Poco tiempo antes de morir, comprendió que yo iba a superarlo. Sus últimas palabras fueron para mí: «Sigue vivo, como él quería».

Carraspea con los ojos húmedos.

—En la carta, mi hijo me hacía una serie de recomendaciones. Me aconsejaba leer, había hecho una lista de autores para mí. Y también me pedía que volviera a dibujar. Confieso que él me salvó la vida. Mire.

Se saca una cartera del bolsillo trasero y me la tiende abierta. Dentro de ella hay un viejo papel doblado en dos. Lo despliego con cuidado. Es poco más o menos el bosquejo del fresco que figura en el lateral del edificio.

—¿Fue usted quien lo diseñó?

Asiente.

—Yo garabateaba en tiempos. No se me daba mal. Nunca pensé en ganarme la vida de esa forma, pero cuando mi hijo me exhortó a retomar los lápices, algo se aflojó en mí. Tenía que hacerle un homenaje: un homenaje proporcional a la indiferencia con que yo lo había tratado hasta entonces.

De pie, pensativo, paso revista a los retratos del aparador. Pienso en los andamios del edificio en obras, en los planes de renovación eternamente abortados de los barrios y en un futuro mejor, y especialmente en todos esos chavales que pintaron este fresco sin pensárselo dos veces.

Está claro que el superhéroe de los Rameaux es él, Alexis. Con su cabello al viento, desafiando al cielo, nos recuerda que la vida es un sueño, pero que los sueños sobreviven a los que se despiertan.

INSPIRAR / EXPIRAR

A partir de ahora, el doctor Jeffrey-Jeffrey Platatypus (Jeffrey para los amigos) trabaja solo. Legalmente hablando, es una práctica contraria al reglamento de los payasos de hospital.

—Sí —masculla el doctor—, estoy al corriente.

Nuestro primer encuentro tiene lugar en la sala de recreo del BC Children's Hospital de Vancouver, donde Jeffrey hace estragos tres días a la semana. Después de varios años, nuestro animador ha sido contratado por la asociación Smiling Sun para visitar a niños enfermos con edades comprendidas entre los 5 y los 11 años y proporcionarles un poco de alegría y de esperanza. «Curar a través de la risa», esa es la misión que ha acometido Smiling Sun, que cuenta con una treintena de payasos profesionales en todo Canadá.

La mayoría de los niños son pacientes de larga duración, hospitalizados por patologías graves como el cáncer o enfermedades neurológicas evolutivas. Algunos nunca saldrán del hospital. Los payasos conocen los desafíos, Jeffrey lo confirma.

—Nunca he hecho cálculos, pero pienso que entre el treinta y el cuarenta por ciento de nuestros amiguitos solo dejan el hospital dentro de un féretro. Eso es lo que hace que nuestro oficio sea tan especial. Lo nuestro no son las piernas rotas.

A los 35 años, Jeffrey Garner tiene algo de Philip Seymour Hoffman: rubio, pálido y más bien rellenito, se ajusta constantemente sus grandes gafas negras.

—Estudié en la escuela circense y luego en la de arte dramático, pero enseguida lo dejé. Casi todo lo que sé lo he aprendido sobre la marcha. Llegué a Smiling Sun casi por azar, después de leer un anuncio en el periódico. Su filosofía mezclaba artes circenses, *coaching* respiratorio y expresión teatral. Me gustaba mucho la idea. Tuvimos tres entrevistas. Creo que ellos dudaban. —Se ríe—. El futuro les dio, sin duda, la razón.

Cuando le pregunto por qué habla en pasado de la asociación, Jeffrey se mira los zapatos.

—Oh, por muy adorables que sean, probablemente me echarán en cualquier momento. Lo que yo hago no tiene nada que ver con lo que se supone que debo hacer. La paciencia tiene unos

límites.

Entre sus piernas reposa una mochila negra. El payaso mira el reloj. Las ocho de la tarde. Le queda una visita por hacer.

—¿Me acompaña?

Acepto.

Servicio de Oncología, habitación 17. Malcolm, de ocho años, tiene leucemia y se encuentra ingresado en el BC Children's Hospital desde hace más de quince meses.

—Tiene un cincuenta por ciento de posibilidades de curarse —me confía Jeffrey antes de abrir la puerta—. Mi trabajo es ayudar a estos chavales a conseguir que la balanza se incline a su favor.

Por todo disfraz, Jeffrey se contenta con la inevitable nariz roja, un maquillaje de color blanco y unas gafas de sol gigantes. Su hirsuta cabellera tiene matices de color verde claro. Sin decir nada, acerca una silla a la cabecera de Malcolm y saca de su mochila un reproductor mp3 con sus correspondientes altavoces. Tras efectuar algunas conexiones, está listo para empezar. El niño observa sus gestos con curiosidad.

—¿Qué vamos a hacer? ¿Ejercicios de voz?

—Claro que no, Malcolm I. Vamos a escuchar una música que pone los ojos llorosos. ¿En tu casa hay música?

El niño asiente.

—Rap.

—Perfecto. Quiero decir, patético. Bueno, ¡espero que tengas ganas de llorar!

El interesado abre los ojos como platos.

—Respuesta del paciente: «En absoluto» —traduce Jeffrey abriendo un cuadernito. Empieza a tomar notas a toda velocidad—. Veamos: el paciente no muestra ningún deseo de llorar como una magdalena hasta que las sábanas y la almohada se empapan de su tristeza y un muy poco estético charquito de líquido lacrimal compuesto de dióxígeno, nutrientes varios y lisozima se forme en el suelo y haga que a la mujer de la limpieza le dé un ataque.

Malcolm se muere de risa. Jeffrey se quita la nariz roja, la observa con escepticismo y se la vuelve a poner.

—¿Sabes por qué es fundamental llorar, Malcolm?

—No.

—Porque sienta muy bien. En la vida hay cosas alegres y cosas tristes. Llorar no es triste. Es una reacción. Alivia. Llorar es devolver al mundo un poco de la belleza que nos ha dado, algo nada desdeñable. Se puede llorar de alegría o de tristeza, pero las lágrimas son siempre la sonrisa extrema. ¿Sabes quién lo decía?

—No —repite Malcolm.

—Yo sí, pero se me ha olvidado. Mira este reproductor mp3. ¿Lo ves bien? Dentro de él hay diez canciones, diez canciones que «pueden» hacerte llorar. No te prometo que lo hagan seguro, pero quiero que tú y yo las escuchemos. Y prefiero prevenirte: repetiremos la experiencia cada vez que venga a visitarte para que formen parte de ti, amigo mío, y te las lleves adondequiera que vayas. Por ejemplo, si sales de este hospital para ir a recoger moras. O si te mueres y todo lo

demás. O si pasas por la vicaría. O si tu padre tiene un accidente de parapente (no me digas que no hace parapente). O si asistes al nacimiento de tu primer hijo. O si se declara una guerra. O si se declara un arcoíris. ¿Comprendes lo que te digo?

—No.

—Magnífico. Mi primera canción es de un grupo estadounidense que se llama Wilco. Se llama *Jesus, etc.* Es un título fabuloso, ¿no te parece?

Presiona una tecla. La música se instala, suave, melancólica; violines ligeros y una guitarra discreta. Con los párpados entrecerrados, Jeffrey echa la cabeza hacia atrás y canturrea. El chiquillo no le quita ojo. Cuando el tema se acaba, el payaso finge despertarse.

—¿Qué te ha parecido?

—Bonita —reconoce el niño.

—¿Bonita? Jo. Bueno, la volveremos a escuchar mañana.

Malcolm aprueba en silencio. Jeffrey se rasca la mejilla. El niño, que no está demasiado seguro de haber dicho o hecho lo que debía, aventura una pregunta:

—¿De qué habla?

El payaso sonríe.

—Del miedo a estar solo. La gente rara vez teme a la muerte en sí, como sabes. La gente tiene miedo a romper el vínculo con las personas que ama. Si tú fueras el último hombrecito en la Tierra, morir te daría completamente igual.

—¿Por qué me dices eso?

—No sé.

Malcolm parpadea. Jeffrey le aprieta la mano.

—Vamos, olvidemos estas tonterías. Escucharemos *Save Me*, de Aimee Mann, y *Breathe Me*, de Sia, y *Everybody Hurts*, de R.E.M. ¿Cuál prefieres?

La doctora Su Yen, que sigue personalmente el caso de Malcolm y de los otros seis jóvenes pacientes a los que Jeffrey atiende, me recibe al día siguiente en su despacho.

Es una joven de unos treinta años con voz muy dulce y una frialdad completamente profesional. Las hazañas del doctor Jeffrey-Jeffrey Platatypus no le son en absoluto ajenas, y su timbre traiciona cierta irritación.

—En principio —explica— no tengo nada en contra de este tipo de iniciativas. Pero los límites están claros: los payasos no son trabajadores médicos, no poseen ninguna competencia en este campo. Su presencia es un plus, no puedo negarlo. El problema número uno de nuestros pacientes es la soledad, y su consecuencia, el aburrimiento. Todo lo que no hace daño contribuye, en teoría, a hacer bien. Ese es el problema con Jeffrey: sus estrategias son indescifrables. Algunos padres se han quejado. Esto ya no es risoterapia, sino llantoterapia. No nos aclaramos. Cuando el doctor Platatypus empezó aquí hace dos años, todo fue estupendo. Al principio trabajaba en pareja con una chica. Y además era muy divertido. Hacía de todo con los niños, incluso taekwondo con mímica. Hoy eso ya no funciona. ¿Qué es lo que unos niños de siete años pueden entender de unas canciones de treintañeros? Francamente, quiero mucho a Jeffrey, pero creo que haría bien en solucionar primero sus problemas. Ya he enviado dos comunicaciones a la dirección. Estoy esperando. Deberían de tomarse algunas medidas, por interés de todos.

Desde hace unas semanas Jeffrey Garner vive en una autocaravana familiar, en la periferia de la ciudad, Hyannis Drive, al borde de Forest Mountain.

—Este viejo cacharro —me explica a la mañana siguiente cuando le encuentro allí, sentado en el estribo— se lo he comprado a mi padre. El nomadismo es una forma de vida que me va a la perfección. —Silencio en el barrio. Jeffrey señala los abetos de alrededor—. Me encuentro bien aquí. La gente del lugar es adorable. Solo circulan en bicicleta y comen zanahorias. Mi permiso de estacionamiento es ilimitado.

Cuando le preguntó si Smiling Sun no debería pagarle un alojamiento, el payaso se muestra evasivo.

—Ya tienen bastantes problemas en la cabeza.

Jeffrey me invita a tomar un café en el interior. El reproductor mp3 que llevó ayer al hospital se encuentra encima del frigorífico. En la puerta, sujetas con imanes, hay unas listas de canciones garabateadas a lápiz. Elliott Smith, Cat Power, Sparklehorse, The National.

—Ya tengo treinta títulos —declara el joven, que ha seguido mi mirada—. Busco la lista perfecta, la que ya no podrá cambiarse. Llego incluso a soñar con ella por las noches.

Salimos. Mi anfitrión se enciende un cigarrillo mentolado.

—He dejado de fumar, pero echo de menos el gesto.

Le pregunto sobre su futuro inmediato:

—Otros dieciséis días en Vancouver, ¿y después?

—Quizá me vaya una semana de vacaciones a la zona del Okanagan. Los lagos, la soledad. Lo necesito.

Entrecierra los ojos, enciende una cerilla. Se me ocurren varias preguntas, pero ninguna atraviesa la barrera de mis labios. Jeffrey da unos golpecitos en la esfera de su reloj.

—Bueno, usted ha venido por la historia, ¿verdad?

Solo puedo asentir. Ayer por la noche, en el momento de partir, me crucé con él en el aparcamiento. Estaba hablando por el móvil, pero interrumpió la conversación tapando el altavoz con la palma de la mano.

Usted no comprende casi nada de este circo, ¿verdad? —me susurró. Le había cogido en mal momento—. Venga a verme mañana por la mañana, ¿de acuerdo? —añadió—. Estoy en Hyannis Drive, me encontrará seguro.

Jeffrey se sienta con las piernas cruzadas en el suelo. Yo apoyo la espalda en la autocaravana. En el cielo límpido, una única nube se demora y se disgrega, como un dibujo arrugado por la mano de un niño. Si yo fumara, sería el momento perfecto.

El payaso forma aros de vapor aromatizado en su boca y los suelta con un soplido.

—El lugar da igual. Era una niña de siete años, se llamaba Allison. La visitaba desde hacía semanas. Una chiquilla superdotada y muy valiente, todavía más que los otros, quiero decir. Su cáncer era especialmente agresivo. Se lo habían tratado una primera vez y había salido adelante, pero había tenido una recaída y, según los médicos (Deborah y yo lo sabíamos perfectamente), no tendría una segunda oportunidad.

—¿Deborah?

—Mi compañera de payasadas. Mi compañera de vida. Estábamos muy enamorados. — Aplasta el cigarrillo en el suelo—. Nuestro trabajo era cada vez más delicado. Allison estaba llegando al final de su recorrido. Los médicos la habían aturdido a base de morfina. A veces perdía el conocimiento en medio de una frase, como alguien a quien de pronto le falla el suelo. Ni siquiera tenía fuerzas para reír. Pero sonreía. Es difícil de explicar. Digamos que, después de haberla visto sonreír, ya no podías considerar el mundo de la misma forma. Nos sentíamos dramáticamente idiotas con nuestros chistes y nuestras narices rojas. Completamente superados. Y después, una mañana, Deborah se derrumbó en el ascensor. Habíamos tenido que interrumpir la sesión porque Allison ya no estaba en condiciones de seguirnos. Una terrible crisis de llanto, desde la planta octava hasta la planta baja. Salimos al aparcamiento. Cogí a Deborah por el brazo. Se soltó y me lanzó una mirada de odio, como si yo tuviera la culpa de todo. No sabía qué decirle. Yo era quien le había insistido para que acompañáramos a esa niña. Ahora nuestro trabajo ya no parecía tener ningún sentido. Le pregunté, le hice esas preguntas tontas y torpes que se hacen en esos casos. Deborah no me respondió. Dijo que necesitaba tiempo. Unas vacaciones. Unas largas vacaciones.

Ríe.

—A partir de ese momento, todo fue de mal en peor. Al día siguiente regresé al hospital solo. Allison se había rendido: los médicos me hicieron saber que «la búsqueda de soluciones terapéuticas» había llegado a su fin. Dicho de otra manera, iban a ayudarla a morir. Pregunté si podía seguir visitándola. Me respondieron que no veían ningún problema en ello, dado que yo no le exigía ningún esfuerzo, ni físico ni emocional. Regresé al hotel. Deborah había desaparecido dejándome una nota. Se había ido a casa de su madre; me suplicaba que no la llamara. «Démonos un tiempo», eso era lo que había escrito. Ah, ¿sí? Bueno, no voy a extenderme tres horas con el tema, pero, para resumir, digamos que ella no se había ido a casa de su madre. Digamos que no nos hemos vuelto a ver.

Resopla, saca la lengua al sol.

—En las tres noches siguientes debí de dormir una hora en total. Estaba sentado en mi cama, con los auriculares en los oídos, y no hacía nada más que llorar escuchando todas las canciones que nos habían gustado a los dos. Volvía a oír las más tristes una y otra vez. Me decía: «Esta la oímos el día en que nos besamos por primera vez. Esta, la vez en que se quedó en mi casa. Esta, la noche en que caminamos por Manhattan hasta el amanecer». Cada canción tenía su propia historia, su pequeña verdad irritante e íntima. Al cuarto día traté de poner mi vida en orden. Tenía la cara hinchada, lloraba sin querer, actuaba, sin duda, como un auténtico payaso. Fui a visitar a Allison. Me dije que eso me mataría y me salvaría a la vez. A fin de cuentas, no estaba muy lejos de la verdad.

Saca otro cigarrillo del paquete, se lo deja en la comisura de los labios sin encender.

—La pequeña estaba muy mal. Sus padres acababan de irse. ¿Qué podía decirle? De camino al hospital había oído *Intervention*, de Arcade Fire, cinco veces seguidas. Cuando entré en su habitación, simplemente le tendí los auriculares. Me parecía que era lo único que podía hacer. ¿Tendría que haber visto la expresión de su rostro! Me dijo que la canción era estupenda, que la letra era muy bonita. Era una niña extraordinaria e increíblemente brillante. Mi único empeño era ver esa chispa en su mirada.

Hace una pausa.

—Al día siguiente, volví con otras canciones. *Fox in the Snow*, de Belle & Sebastian. *Wicked Game*, de Chris Isaak. *Mad World*, de Gary Jules. Yo le cogía la mano. Le contaba cómo las había descubierto. Ella lloraba, y yo también, pero eso no tenía ninguna importancia.

Vuelve a detenerse, se coloca el cigarrillo encima de la oreja.

—Volví todos los días. Habíamos llegado a elaborar una especie de *top 10*, las diez canciones para llevarse a la última de las islas desiertas. Cualquiera puede jugar a este juego. Todos conocemos canciones capaces de rompernos el corazón. Normalmente evitamos pensar en ellas. Pero si nuestro abuelo muere, o el otoño empieza a oscurecerse, o recibimos una carta que no queríamos, o la vieja casa familiar se vende... Cuando recordamos que la vida nunca nos ha prometido nada, que la belleza y la tristeza solo son dos caras de una misma moneda y que esa moneda no acaba de girar, entonces...

Vacila un momento, busca las palabras.

—La víspera de su muerte habíamos conseguido la selección ideal. Yo no sabía que se encontraba tan mal, no quería saberlo, pero vino un médico y me hizo comprender que solo me quedaban cinco minutos. El hecho de que Allison y yo hubiéramos conseguido finalizar esa lista no me parecía tan buena señal, pensándolo bien. ¿Para qué quería ella esas canciones? Esa noche, cuando me despedí de ella dándole un beso en la frente ardiendo, tuve la sensación de haber llegado al último capítulo de un maldito cuento de hadas. Me cogió la mano y me la mantuvo apretada sobre su pecho. Mi corazón explotó sin ruido. Quería decirle «hasta mañana», pero me sentía incapaz. La última canción de nuestro *top 10* se me repetía una y otra vez en la cabeza: *Sometime Later*, de Alpha, perteneciente al desconocido *ComeFromHeaven*. Un tema triste, desgarrador. Cuando salí al aparcamiento donde Deborah había iniciado nuestra ruptura, se me saltaron de nuevo las lágrimas y se mezclaron con la lluvia. No podía detenerlas. «Hold the sun», repetía el cantante. «Hold the sun».

Alza hacia mí unos ojos empañados.

—Allison murió a las 6 horas y 38 minutos de la mañana siguiente. La sentí irse, se lo juro, la sentí como un escalofrío. Estaba tumbado en mi cama, la lluvia se deslizaba por el cristal de la ventana, y una voz suplicaba dentro de mi mente: «Leave me to rest». Cuando llegué al hospital a primera hora de la mañana siguiente, leí en la mirada de la recepcionista que no me había equivocado. Corrí hacia su habitación. Estaba cerrada con llave. Un médico me puso una mano en el hombro. «Le estaba esperando —murmuró—. Hay algo para usted. —Sacó un folio de su bolsillo. Unas cuantas líneas temblaban, frágiles, apresuradas—. Tenga —dijo tendiéndome el papel».

Querido señor Jeffrey-Jeffrey:

Le escribo estas palabras antes de volver a quedarme dormida. Esta noche, por primera vez desde hace mucho tiempo, no he tenido miedo.

He conocido a alguien que tenía una voz increíblemente suave. Alguien muy luminoso. ¿Ha mirado usted alguna vez el sol de frente? Yo tampoco.

Supongo que nos acostumbremos a todo.

Yo llevaba las canciones dentro de mí, tal y como usted me había dicho. Con cada respiración,

una de ellas escapaba de mi boca, como una mariposa.

Las he contado bien, hasta diez.

El personaje las ha recogido en sus manos y las ha contemplado durante mucho tiempo, como tesoros. Después ha vuelto a alzar la cabeza. A causa de la luz, no distinguía bien su rostro. Pero me lo imaginaba. Y sé que en un determinado momento ha sonreído.

Ha sonreído y ha dado unos pasos hacia mí, y se ha acercado a mi oído y ha empezado a cantar. Era una canción muy sencilla, señor Jeffrey-Jeffrey. La más sencilla que hayamos escuchado jamás.

Por supuesto, he olvidado el título. Pero ahora que sé que existe una canción así, me encuentro mucho mejor y ya no temo nada, absolutamente nada. Me siento ligera y confío en el futuro.

Por esto y por todo lo demás,

Gracias.

Allison, 4:51 de la mañana

—Junto a esta carta —me dijo Jeffrey—, encima de la mesilla de noche, estaba nuestra lista impresa, los títulos que habíamos escogido: *Old Man*, *Love*. *Saint Simon*, *The Shins*. *The Greatest*, *Cat Power*. *Love Comes to Me*, *Bonnie Prince Billy*. *Intervention*, *Arcade Fire*. *Tiny Vessels*, *Death Cab for Cutie*. *Some of Them Were Superstitious*, *Midlake*. *Waltz #2*, *Elliott Smith*. *Exit Music (for a Film)*, *Radiohead*. *Sometime Later*, *Alpha*. Y en el dorso del mensaje, vamos, dele la vuelta... Me estremezco.

—¿Acaso...?

—Seamos claros —murmura Jeffrey—: yo no trato de convencerle de nada. No creo mucho en los ángeles, ni siquiera sabría decirle de qué se trata. Le cuento simplemente lo que pasó, Guardé este dibujo como oro en paño, como objeto de meditación. Después de eso, ya no volví a ser el mismo. En suma, dejé de hacer reír a los niños y me especialicé en canciones. Las diez canciones más bellas y más tristes del mundo. Todavía hoy hablo de eso con los chavales. Escuchamos canciones juntos. Hacemos listas de ellas, siempre diferentes. El riesgo ya se sabe: algunos no salen adelante. No tengo ni idea de qué es lo que pasa dentro de ellos cuando les desconectan los aparatos. Podemos imaginar un lugar muy lejano, un vidrio de Plexiglás. Los muertos olvidan a los vivos muy rápidamente, esto es una certeza. Me gusta pensar que se llevan algo con ellos. Que esta triste belleza no es completamente vana.



Dos días después de nuestra conversación telefónica, la dirección del BC Children's Hospital comunica a Jeffrey Garner el final de su colaboración. Me llama para informarme de ello. Corro a reunirme con él antes de que se marche.

Fatalista, mi payaso ha desplegado sobre su volante un mapa del Oeste americano. En el reproductor de su autocaravana esperan docenas de canciones tristes, perfectas para un largo viaje. Me saluda militarmente llevándose dos dedos a la sien. Le encuentro en buena forma.

—Bueno, me voy a llorar a otra parte —afirma antes de echarse a reír.

Llave de contacto, rugido del motor, comienza a sonar una nueva canción: *Perfect Day*, de Lou Reed. Bastante bella y triste para este mundo.

EL LEÓN Y EL LABERINTO

Físicamente, Vivian S. es el retrato robot de una novelista inglesa de 1920. La pega es que estamos en el siglo XXI y ella jamás ha escrito una línea. Pero ¿es tan importante? Nos encontramos en Bloomsbury, en el corazón de Londres, y Vivian S. cuida su distinción con el amor con el que se cultivan las orquídeas más raras. Con moño gris, gafas de oro, nariz respingona y unos grandes ojos verdes, pertenece a una especie en vías de extinción, la que lee a Oscar Wilde los domingos antes de ir a misa y saborea té de jazmín en su sillón Chesterfield.

Estamos en noviembre, y los cristales de la ventana están cubiertos de lluvia fina. Sobre el escritorio de madera de cerezo hay un retrato de la reina en sus años jóvenes. Sobre la mesa del salón, tazas y platitos de lo que podría ser la mejor porcelana del mundo. Desde la ventana, vistas a los jardines brumosos de Bloomsbury Square, donde merodea el fantasma demacrado de Virginia Woolf. Unas ardillas jueguetean en las ramas más altas, las he divisado hace un momento. De pie en un rincón de la habitación, Vivian S. espera con los dedos cruzados, conteniéndose, imagino, para no alisar una arruga que solo ella ve en su traje blanco crema.

Examino las cartas de su hijo en un silencio sepulcral. La dueña de la casa no ha pronunciado una sola palabra desde hace más de tres años. Según sus vecinos y la gente que la conoce, no padece ningún problema físico ni ninguna patología mental. En sus cartas (Vivian S. no conoce el ordenador, solo escribe a pluma en papel Bristol de gramaje superior) recuerda con un pudor de otros tiempos las circunstancias del doble drama que la privó de la palabra.

La historia comienza hace cuatro años con una llamada telefónica desde Dodoma, Tanzania. Un ella informan a Vivian S. de la muerte accidental de su marido, aparentemente muerto bajo las garras de un león. El problema es que Thomas S., cirujano de renombre, no debería haberse encontrado en Tanzania en el momento de los hechos, sino en Johannesburgo, Sudáfrica, para asistir a un congreso sobre el tratamiento de las insuficiencias venosas. A lo largo de las investigaciones posteriores, se descubre que el congreso en cuestión nunca existió: Thomas se concedió una escapada crápula a África en compañía de una enfermera treinta años menor que él.

Su mujer, destrozada, debe viajar al país para identificar el cuerpo y encargarse de las formalidades para repatriarlo.

Aquí la imagen se vuelve borrosa. Del marido en cuestión solo queda un torso. El león, explican sin miramientos a Vivian los oficiales del Área de Conservación del Ngorongoro, probablemente devoró el resto. ¿Y la amante? Esfumada. Al final de una breve investigación, Vivian se entera de que no se encontraba con Thomas cuando se produjo el drama. Al ver que no regresaba, se limitó a avisar a los guardias del parque, antes de marcharse a Inglaterra dos días después del descubrimiento del cuerpo.

Las formalidades son largas, complejas y costosas. Las autoridades locales no parecen implicarse demasiado. Aun así, se abre una investigación. Someten a Vivian a una serie de preguntas desagradables, estériles. Una semana más tarde, regresa a Londres con los restos de su esposo. Los funerales se celebran en la más estricta intimidad. En Tanzania previenen a la viuda de que la investigación tiene muy pocas posibilidades de prosperar. Aparentemente imposible, Vivian trata de organizar los negocios de su marido. Jonas, su único hijo, que estudia Derecho en Brighton, viene a pasar las vacaciones con ella. Negándose a creer la tesis del accidente, pregunta sin descanso. Después contacta con amigos abogados y abre una página web, que acabará cerrando en unas circunstancias bastante turbias. Dos meses más tarde, vuela a Tanzania.

En la Brighton Business School solo recibieron un lacónico *e-mail* en el que el estudiante, de veinte años de edad, informaba a la dirección sobre su voluntad de tomarse un tiempo sabático «por asuntos personales». No especificaba ninguna fecha de regreso.

Vivian está desesperada. Al tratarse de su hijo mayor, descarta poner en marcha un procedimiento de búsqueda. Recurre entonces a un detective privado. Los honorarios que este le pide, engordados por bastantes gastos suplementarios, la hacen renunciar enseguida.

Y luego, un día, Jonas la llama. Ha llegado a Tanzania y ha alquilado un piso. Se encuentra bien. Por el momento, está recabando información.

—Estoy siguiendo una pista —afirma—. Pronto te contaré más cosas.

Promete escribirle cada vez que le sea posible. Ella recibirá en total seis cartas de él. Las tres primeras las conozco: Vivian me ha enviado unas fotocopias. Las otras tres, «no quiero que nadie las toque», según sus propias palabras. «Puede usted venir a leerlas», me escribe en su último correo, «pero yo me quedaré junto a usted, en la misma habitación. Debo asegurarme de que no las estropee».

Es una petición, cuando menos, singular. Renuncio a saber sus motivos. Lo único que deseo es conocer a esa mujer. El personaje me intriga, al menos tanto como el contenido de las cartas.

Aquí me encuentro, por tanto, sentado ante las misivas debidamente plastificadas, notando la mirada de Vivian sobre mí. ¿Qué contendrán de valioso para que ni siquiera se «arriesgue a salir con ellas a la calle»?

En las tres primeras cartas, que he releído en el tren, Jonas cuenta su llegada al parque del Ngorongoro, bautizado como «la octava maravilla del mundo». Volcanes majestuosos, sabana hasta donde se pierde la mirada, caídas de agua vertiginosas. Hasta allí acude gente de todo el mundo para admirar los vestigios del grandioso cráter del mismo nombre. Tan imponente como la fauna local más popular: hipopótamos, gacelas, búfalos, jirafas, hienas, cebras, flamencos rosas, rinocerontes, elefantes, guepardos y, por supuesto, leones.

Con una extensión de 8.300 kilómetros cuadrados aproximadamente, el parque culmina a una

altitud de 3.387 metros. Thomas S. y su amante residían en el Ngorongoro Crater Lodge, base de excursiones para turistas pudientes. Jonas alquila una *suite* en el mismo lugar. Sin mencionar las verdaderas razones de su visita, simpatiza con el personal y los guías. Su objetivo es dilucidar las circunstancias del drama. Elabora una cronología. Los primeros días de vacaciones. Las discusiones cada vez más frecuentes. 1.ª partida de Thomas, una mañana, en *jeep*, solo. El pánico de su Dulcinea. Las investigaciones. El descubrimiento del cuerpo por un masái. Las conversaciones con otros masáis, sobre todo, que ponen a Jonas sobre la pista de un león. No se trata de un león cualquiera, sino de un animal casi legendario bautizado como En-keeya (el término significa «muerte» en la lengua local) que, según las poblaciones locales, vaga por la sabana desde hace más de cincuenta años.

A partir de ahí empieza lo que Vivian llama el relato «místico» de su hijo. Impasible, la mujer me observa sin pestañear. De repente soy consciente de lo totalmente inoportuno de mi visita. ¿No es este asunto demasiado personal para mí? ¿Tengo derecho a meterme así en la vida de la gente, a pregonar sus secretos? No estoy demasiado seguro de ello. Lo más prudente sería levantarme, despedirme, irme de Bloomsbury y de Londres, y olvidar incluso la existencia de ese león. Pero Vivian no me lo permite. Se adelanta, esparce las cartas encima de la mesa, me anima a continuar. «Usted es un hombre abierto», me ha escrito en un reciente correo, «sin ideas preconcebidas», todo lo contrario a los amigos de mi esposo. Mi hijo desapareció hace tres años. No espero que lo encuentren. Es imposible. Tanzania está repleta de traficantes, de cazadores furtivos y de atracadores sin ley. En ciertas zonas, se desaconseja a los turistas que paseen solos. Quizá la historia de Jonas sea tan simple como eso. O no. Sea como sea, necesito que alguien lea estas cartas después de mí.

De las tres últimas cartas, la primera es la más corta. La grafía es viva e irregular, y el papel está manchado en algunos lugares.

Querida madre:

Te escribo desde el asiento trasero del jeep que me lleva de vuelta a la cabaña. He pasado la noche fuera. Como te había anunciado, partí ayer en busca del león En-keeya. «Batisho, batisho», repetían los masáis observando mis preparativos: «Peligro». El gran Mike me dio una carabina anestésica y señaló mi rifle con un movimiento de cabeza. «Si utilizas esta arma, irás a la cárcel, amigo». He tratado de tranquilizarlo. A decir verdad, yo no quería hacer daño al león. Quería acercarme, verlo, comprender lo que había pasado. Porque no tengo la menor duda de que fue el que devoró a mi padre, los masáis me lo han asegurado. Entre turistas y guías, este año ha habido siete muertos. Los medios de comunicación no dicen nada al respecto: el turismo está por encima de todo. Hablan de accidentes. Pero este animal es un asesino, este animal [...]

Las líneas que siguen son ilegibles, porque el papel debió de mojarse. El texto continúa dos párrafos después:

[...] encontrado hacia las siete de la tarde. El crepúsculo se extendía sobre la sabana. En-

keeya estaba solo, tumbado al pie de un árbol. Me acerqué lo más posible a él, temblando por entero. Volvió la cabeza hacia mí. Me esperaba.

Disparé una primera vez. Se incorporó de un salto y vino hacia mí con un trotecillo. Mi camisa estaba impregnada de un sudor pegajoso. Volví a disparar. Gruñó, dio algunos pasos y se desplomó en la hierba alta.

Pasó un minuto antes de que me decidiera a reaccionar. El animal dormía apaciblemente. «¿Y ahora?», pensé. Acerqué la mano a su costado. Su respiración era pesada, profunda. Una gran paz me invadía. Ahí estaba el asesino de mi padre: un ser pesado y sin alma soñando con sangre y con infinitas cazas. Traté de arrastrarlo por el suelo. Fue en vano. Regresé al coche con la intención de aparcarlo junto a él y subirlo a bordo. Giré la llave de contacto: nada. Insistí: nada.

Al cabo de un momento, saqué la llave. Estaba solo, perdido en la sabana al lado de un león asesino que se despertaría dentro de unas horas. Anochecía. Debo confesar que pensé en dispararle un tiro en la nuca. No lo hice.

Llevaba una manta en el asiento trasero. A falta de nada mejor, me envolví en ella. Varias personas sabían dónde había ido y con qué objetivo. No tardarían en darse cuenta de mi ausencia. Comenzarían a buscarme al amanecer.

Traté de dormir. Cada tres minutos me reincorporaba sobresaltado. Mis sueños eran de color escarlata, terroríficos, fragmentados.

Debía de ser la una de la madrugada cuando oí los primeros gruñidos. Encendí la linterna. Eran hienas. Nos habían localizado y se acercaban con circunspección.

El león seguía durmiendo. Cargué mi rifle. No sabía cuántas balas había dentro. Ciertamente, no las suficientes para cada uno de esos animales, suponiendo que consiguiera alcanzarlos en la oscuridad.

Las hienas se acercaban en círculos concéntricos. Al cabo de una hora y media, pasaron brutalmente al ataque.

Hice un primer disparo al aire y después otro a la masa arremolinada. Me contestó un aullido: había dado en el blanco. Tranquilizado, disparé de nuevo. En balde. De pie dentro del coche, me giré hacia todos los lados.

Uno de los animales, que se había acercado hasta el león dormido, lo olfateaba gruñendo. Con el rifle levantado, me bajé del jeep. ¡Bang! La hiena cayó, alcanzada en toda la cabeza. Las demás me observaban con sus ojos blancos brillando en la noche. Debían de preguntarse qué me pasaba.

No estaban enojadas conmigo, sino con En-keeya.

Volví a disparar, hasta que mi cargador se quedó vacío. Con las prisas, ni siquiera había pensado en traer municiones. Me sentía terriblemente estúpido. La sabana era implacable, mil veces más cruel que yo.

Traté de llegar al jeep. Una pareja de hienas me impedía el paso. Esos animales no tenían miedo a nada y estaban hambrientos, lo suficiente para arriesgarlo todo.

Se oyó un gruñido. Me di la vuelta. El león se estaba despertando, madre. En-keeya se estaba despertando con toda su magnificencia. Dio un rugido que hizo temblar la llanura. Las hienas se quedaron inmóviles, sorprendidas. La fiera se erguía torpemente, estaba grogui. Nuestros asaltantes se dispersaron sin quitarle ojo. Sabían a lo que se enfrentaban.

El camino hasta el jeep estaba otra vez libre. En lo que a mí se refería, eso no cambiaba casi

nada las cosas.

El león empezó a gruñir con más fuerza. Esta vez, las hienas corrieron acobardadas. Me apresuré hacia el jeep. Con unas zancadas, En-keeya se interpuso en mi camino. Ahora estábamos frente afrente. La inmensa pradera ondulaba bajo el viento. En el cielo brillaba la luna. Me dije que era lo último que vería en mi vida. No sentí ningún miedo.

El rifle se me había caído entre las altas hierbas. En-keeya vino despacio a mi encuentro. Me miraba directamente a los ojos y su mirada era inequívoca. «Sí, hombrecillo, sé muy bien lo que estás buscando». Tenía la impresión de leer sus pensamientos. Pero cuando abrió sus fauces, madre, cuando se detuvo delante de mí y se tumbó a mis pies, comprendí que me había equivocado desde el principio. Su voz se alzó cálida, melodiosa. Se me pusieron los pelos de punta. Pronunció una sola palabra: «Gracias».

Alzo la cabeza. Vivían S. acecha mi reacción. Asiento, sin saber muy bien a qué. Ahora compartimos su secreto y entiendo por qué esta mujer no quiere que lea estos textos en otro sitio que no sea su casa: no quiere que digan que su hijo estaba loco.

La segunda carta está hecha pedazos. Lo que queda de ella me deja sin voz.

[...] Días más tarde, en el corazón de la sabana y de nuevo solo, a pesar de las recomendaciones del gran Mike. Pero En-keeya sigue ilocalizable.

Para acabar, y tal como me lo había prometido, es él quien viene a buscarme: una noche, delante de mi cabaña.

Salgo descalzo. Él espera tumbado en la hierba seca. Solo soy consciente del aquí y ahora. He dejado el mundo sensible, el camino real de los mortales, tranquilizador y monótono. El león lo ha entendido. Se dirige a mí de igual a igual. En-keeya ha matado a mi padre, eso es una realidad innegable. Pero ¿por qué?

La pregunta «por qué» no forma parte del vocabulario de los machos dominantes de la sabana. Las cosas suceden, eso es todo. Mi padre era un débil: eso es lo que me hace comprender al león. Le dieron una oportunidad, pero no tuvo el valor de aprovecharla.

¿Soy de los que aceptan un desafío? En-keeya se aleja con su paso regio. Me invita a seguirlo [...].

Caminamos toda la noche y luego un día y otra noche, entre silbidos y murmullos, por la gran llanura de los vientos lunares. La hierba parece un océano plateado cuyo oleaje nada podría detener. El cansancio ha desaparecido, como una piel de serpiente que se vuelve vana. Camino ligero, libre y hambriento, y el león me precede hacia las paredes del cráter.

Dejo en la mesa la segunda carta. Sé que lonas jamás regresó de África. Aun así, me surgen muchas preguntas. Vivian, cuya existencia no es más que anticipación, saca una libreta de su chaqueta y escribe varias líneas para mí:

Como ya le he escrito, mi hijo no tenía ningún antecedente psiquiátrico. Eso no quiere decir que estuviera bien. Nuestra relación se había deteriorado mucho antes de la muerte de su padre. No sabía nada de su vida de estudiante, no conocía a sus amigos, nos

habíamos convertido en unos extraños el uno para el otro.

Le devuelvo el cuaderno.

—¿Por qué me escribe esto? ¿Acaso se inclina hacia una explicación... espiritual?

Vivian vuelve a coger la pluma:

Yo no *me inclino hacia nada. Nunca he sabido cómo recibir esta confesión. Termine.*

Coloco ante mí los fragmentos de la tercera y última carta.

[...] de estas paredes vertiginosas. Un resquicio se revela en ellas. ¡La cueva! En-keeya se introduce en su interior y yo me lanzo tras él.

Mi padre estuvo aquí, lo sé. Su cuerpo yacía no lejos de estos árboles. Según los guardias que lo encontraron, fue atacado dentro de la cueva.

Tuvo la fuerza de salir. Perdía mucha sangre, pero todavía podía caminar.

Avanzó por la sabana. El león debió de esperarlo con toda la tranquilidad del mundo. Debí de observarlo. Mi padre se sentó a la sombra de un árbol. Después murió.

El león lo devoró.

¿Por qué solo las extremidades? Las autoridades no tienen respuesta para esta pregunta. Los masáis, sí: así es como actúa En-keeya. En-keeya es la muerte devastadora. [...]

Sé salir de un laberinto. Lo aprendí cuando era pequeño. Hay que elegir un muro, uno solo, y bordearlo todo el tiempo hasta donde te lleve.

Tomo nota. [...]

Ciudad troglodita. Oscuridad total. El animal está ahí, puedo sentirlo. Ninguno de los recovecos de este lugar le es desconocido. Es un desafío, y el tiempo juega en mi contra. Si no salgo de aquí lo bastante rápido, En-keeya volverá a buscarme y me despedazará.

Eché a correr. Tropezaba. No tenía ningún mechero. En un laberinto se entra solo. Se sale de él solo o no se sale nunca. Una forma de aprendizaje única. La muerte como castigo.

Creo que...

Creo que mi padre se quedó atrapado en vida, madre. Aprisionado por sus mentiras, sus decisiones ficticias, sus falsas esperanzas.

Creo, fundamentalmente, que debemos saber arriesgar nuestra vida si queremos sacarle algún provecho. [...]

Salí del laberinto. El león me esperaba tumbado de costado. La luz del sol hacía brillar su melena. Parecía un sueño.

Cansado, se levantó y vino hacia mí. Acaricié su pelaje rojizo. Dijo estas palabras: «Puedes matarme».

Y eso fue exactamente lo que hice, madre.

La sangre de En-keeya se mezcló con el polvo, y los buitres formaron círculos en el cielo.

Ahora pertenezco a esta tierra de forma irreversible. Sé feliz y no me busques, porque todo indica que ya no pertenezco a ese mundo.

Del resto de mi estancia en la casa de Vivian S., hay poco más que añadir. La madre de Jonas no me pregunta qué voy a hacer con esta historia. Parece bastarle que otra persona sea depositaria

de ella. En resumen, pienso en esas maldiciones antiguas de las que uno solo se libera transmitiéndoselas a otro. ¿Habré liberado yo a esta mujer?

En mi último correo le presenté las grandes líneas de mi proyecto. No me preguntó nada.

Y ahora ahí está, guardando las cartas en su bolso. Nos estrechamos la mano cordialmente. Yo sigo sin saber por qué he venido aquí, pero no me arrepiento de haberlo hecho. Esas cartas. Este viejo piso enquistado en la espera.

¿Fin de la historia? Dos días después de mi partida de Londres, recibo un *e-mail* de un tal Walter Czyzak, profesor de literatura en la Brighton Business School, a quien había escrito varias semanas atrás a propósito de Jonas.

El hombre empieza disculpándose por no haberme respondido antes, alegando una serie de simposios y de consejos administrativos inevitables. A continuación me habla de su asignatura: lo poco que les interesa, por lo general, a unos alumnos cuyo único deseo es aprender, cito sus propias palabras, «a ganar el máximo de dinero con el mínimo esfuerzo».

—Me acuerdo muy bien de Jonas —continúa—. Tenía una mente brillante y alerta, era divertido con frecuencia y provocador en ocasiones. Tenía una imaginación desbordante: cuando hacía ya un mes que no estaba con nosotros, hizo creer a sus condiscípulos que en el campus se había introducido un asesino en serie. Su relato era tan convincente que una chica llamó a la policía. Nuestro amigo tuvo la suerte de que no lo expulsaran gracias a mi apoyo y al de nuestro director. Si me pregunta si pienso que Jonas tenía problemas, mi respuesta es sí. Un día llegó a mi despacho explicándome que estaba ardiendo. Descubrimos que su temperatura corporal había subido por encima de los 41,5 °C. Lo llevaron al hospital urgentemente. En su delirio hablaba de quemadura interior, de elemento clave, de puerta oculta. Obviamente, dejo al médico que le trató (y cuyos datos pongo a su disposición) la tarea de recordar con usted las circunstancias de su ingreso, pero el respeto al secreto profesional le impedirá, en mi opinión, revelarle mucho más. Una felicidad inquietante invadía a ese chico: la alegría de los que saben. Jonas tenía acceso a lugares cuya existencia, por suerte, ni siquiera sospechamos la mayoría de los mortales.

EN COMPAÑÍA DE MARK TWAIN (Y DE TODOS SUS AMIGOS)

Aterida enfrente del océano, en el extremo meridional del barrio de Brooklyn, Coney Island es un paraje que el tiempo parece haber abandonado. Hace más de un siglo, con sus legendarios *amusement parks* y su largo espigón a lo largo de la playa, era el lugar de paseo dominical favorito de los neoyorquinos de Manhattan. Hoy día se ha convertido en una localidad balnearia fantasma, y las guías turísticas apenas la mencionan. En el corazón del barrio, amplio y bullicioso, se alza la singular Brighton Beach Avenue, con su vía de metro suspendida, sus tiendas de vodka ruso y sus viejos jubilados judíos con abrigo de piel. Cuando llega el invierno, los restos del último parque de atracciones parecen todavía más siniestros. Ante unos edificios oscuros y sin alma, la antigua noria chirría en el viento helado, y solo algunos paseantes perdidos pasan por delante de los cierres de hierro de las casetas de perritos calientes. Aquí, se nos recuerda, se rodó la bien llamada *Requiem por un sueño*, una de las películas más lúgubres de todos los tiempos, basada en una magnífica pero no menos desesperada novela. Eso no quita para que cuando el cielo está límpido, en algunos días de enero, Coney Island destile un encanto indefinible, un encanto formado por gaviotas solitarias, recuerdos enterrados y aflicciones imposibles.

Sophia Devovich, de veintiocho años, enseña hebreo en una escuela de Manhattan. Situada en Brighton 5th Street, su casa es una fantasía barroca con entramados de madera, un tejado blanco puntiagudo y la tradicional escalera de incendios metálica. El puente del metro no está lejos: aunque hoy sea domingo, un tren se anuncia justo cuando llamo a la puerta y el suelo tiembla. Por un segundo temo que mi anfitriona no me haya oído. Pero Sophia Devovich está acostumbrada. Un clic y empujo la puerta. La joven aparece en la escalera con dos gatos al lado de sus piernas.

—Dese prisa en subir.

Cierra detrás de mí, me libera del abrigo y me conduce hacia el salón. Un olor a orina ácida me sube por las fosas nasales.

—Tome asiento si lo consigue. ¡No dude en dar unos cuantos codazos!

Me abandona durante un instante; me detengo en el umbral. El salón está amueblado con sillones y sofás en mal estado, cubiertos por grandes sábanas blancas. Una vieja cómoda estrecha y alta preside en un rincón. Unas cortinas de terciopelo ocultan el ventanal. Están desgarradas. Hay gatos por todas partes: en el suelo, encima de los sofás, los reposabrazos y los poyetes de las ventanas... Unos treinta, a ojo de buen cubero. Mi llegada les deja fríos.

Me arriesgo a dar un paso y, circunspecto, me abro camino hasta el sofá más próximo. Tres jóvenes especímenes atigrados descansan en él con los párpados caídos. Trato de hacerme sitio. La manta está llena de pelos.

—Espero que no sea usted alérgico. —Niego con la cabeza—. Ahora, cuando subamos, verá que es peor en el piso de arriba. Mucho peor.

—¿Cuántos tiene?

—Un centenar. Noventa y seis, para ser exactos. Al principio eran ciento cuatro.

—¿Al principio?

—Hace cuatro meses. A este ritmo, tendré que esperar cuatro años hasta que el último desaparezca. No es muy reconfortante —ríe tontamente—. Por desgracia, la regla de tres no se aplica en estos casos. Calculo que será más bien dentro de quince años.

Sentado en el sofá, me mantengo erguido como un palo. Sophia Devovich no tiene tantas deferencias con ellos: levanta a uno de los inoportunos por la piel del cuello y lo lanza sobre el parqué. El animal se vuelve y escupe airado. La joven le premia con una mirada hastiada.

—Te recuerdo que estoy en mi casa, Walt.

Reprime un bostezo. Tiene cara de cansada.

—Perdóneme —dice—. Últimamente estoy un poco gruñona.

—No se preocupe...

Un gato de pelaje rojo salta de pronto a mis rodillas. Se diría que ha oído la palabra «leche». Su audacia no convence a Sophia:

—Si le molesta...

—No pasa nada, se lo aseguro.

Asiente con la cabeza a regañadientes, se masajea la sien, mira a la multitud felina.

—Bueno, ¿quiere que comience con las presentaciones?

Los gatos parecen agruparse, como si estuvieran acostumbrados al ritual.

La historia empieza por una llamada nocturna hace aproximadamente cinco meses. Una voz de hombre, una voz de abogado: Helena Devovich, la abuela de Sophia, acaba de exhalar el último suspiro a la edad de noventa y dos años.

—Así tomé conciencia —cuenta la joven— de que yo era su única heredera. Mi madre murió cuando yo nací, y mi padre poco después; estaba claro que, aparte de mí, no había más personas a las que llamar. Me acerqué, por lo tanto, al despacho, en un edificio de Brooklyn Heights. El abogado era un hombrecillo calvo, excesivamente apresurado. Me informó de que mi abuela me había dejado en herencia su casa, valorada en seiscientos mil dólares, y una suma de ochocientos mil dólares una vez pagados todos los impuestos y después de pasar por una jurisdicción local para la aprobación testamentaria. En cuanto a los plazos, estaba en ello. Estuve a punto de ponerme a dar saltos de alegría, balbuceé un «gracias» idiota. «Calma y moderación —replicó el

hombrecillo—. Regla número uno: no dar nunca las gracias a un abogado. Regla número dos: la vida pocas veces es sencilla». Hojeando el legajo, se sintió con el deber de exponerme las condiciones. Yo tenía que vivir en la casa y ocuparme de los gatos. De «todos» los gatos, hasta que muriera el último. Solo entonces podría disponer de la suma prometida. Y vender la casa, si eso era lo que el corazón me dictaba.

—Ese blanco, que solo come pescado, es Herman Melville. Ese negrito y discreto se llama Edgar Allan Poe y, por lo visto, da buena suerte. El pelirrojo despeinado que brinca por todos lados es Walt Whitman. Mark Twain es el atigrado aventurero encaramado en la cómoda. Aquí tenemos a Henry James: de Angora y muy orgulloso, los otros le profesan una temerosa adoración. Edith Wharton, pequeña e independiente, también le venera. En cuanto a Jack London, desaparece durante días; Dios sabe lo que maquina. Este es William Faulkner: un alcohólico. Si organizo una velada, se bebe los restos de las copas; ya lo he sorprendido varias veces en plena faena. Ah, le presento a Ernest Hemingway. El prototipo del bruto con gran corazón, extrañamente melancólico. Solo le hablo de los que conozco, por supuesto. Trato de identificarlos por el pelaje y el carácter. A veces me resulta muy fácil, pero por lo general me hago un lío.

—¿Y todos tienen nombres de novelistas?

—Sí, de novelistas más o menos conocidos.

—¿Por qué?

—¿Quiere conocer la verdadera razón?

—Sí, por favor.

Suspira.

—Mi abuela pensaba que todos los gatos eran reencarnaciones de escritores.

—¿Todos «los» gatos o «sus» gatos?

—Todos los gatos. Pero los más conocidos venían a su casa. Porque sabían que ella estaba al corriente. Es lo que se llama «la lógica engañosa».

Asiento, ligeramente confundido. Durante cincuenta años, Helena Devovich recogió en su casa a la mayor parte de los felinos locales, albergando al mismo tiempo a la élite de la literatura estadounidense de los últimos tres siglos.

—Sé lo que está pensando: ochocientos mil dólares más una casa por ocuparse de un centenar de gatos es una oferta imposible de rechazar.

—En efecto.

—Déjeme que le explique. En primer lugar, decir que no me gustan demasiado los gatos es un eufemismo. No los detesto, pero tampoco... No soy demasiado sensible al misterio que los rodea o a su supuesto «carácter independiente». Para mí son unos parásitos, unos aprovechados malintencionados que abusan de la credulidad de los hombres y de su temor a morir solos. En segundo lugar, como antes le explicaba, me arriesgo a tener que esperar mucho tiempo antes de que el último de estos animales quiera morir. En tercer lugar, las condiciones del contrato son tajantes. Si le dijera las cláusulas que he firmado... Es cierto que no tenía otra opción. Pero, por ejemplo, un veterinario debe venir cuatro veces al año para comprobar que todos los gatos están bien tratados, bien alimentados, correctamente cuidados, etc. A Dios gracias, estos animales

están esterilizados y no estoy obligada a aceptar a otros. ¡En fin! ¡Aun así! Dos veces al año debo soportar también las visitas de mi abogadito preferido, sabiendo que en teoría «también» puede presentarse sin avisar. A la menor irregularidad constatada, zas, el contrato queda rescindido: adiós a la casa y a todo lo demás. Mientras tanto, estos estúpidos me hacen la vida imposible.

Los gatos del salón parecen escuchar ligeramente divertidos. La mayoría muestran un ligero sobrepeso. Se nota que tienen la intención de aprovecharse de la situación al máximo.

La habitación de Sophia, en el primer piso, se encuentra en el antiguo trastero de su abuela, lleno de un revoltijo de patrones, retales y máquinas de coser en desuso. En una esquina yace un colchón.

—Me he instalado aquí de forma provisional, espero —me dice la joven cerrando la puerta—. Lo fundamental, por el momento, es que esta habitación es la única de la casa en la que no pueden entrar los gatos.

Sentada en su escritorio, me invita a tomar asiento en un taburete. En una repisa hay unas cajas ordenadas por orden alfabético. Coge una de ellas, saca dos clasificadores y abre el primero de par en par. Desfilan las fundas transparentes. Cada una de ellas se refiere a un gato: ficha identificativa, carné de vacunas, fotos anuales, señas especiales, recomendaciones varias y biografía del escritor asociado.

Uno de los últimos especímenes mencionados es un tal Saul Bellow, siamés, de ocho meses. «Hay que comportarse delicada y respetuosamente con él —ha escrito la abuela al margen—. Es un premio Nobel». Sophia se ríe nerviosamente.

—Perdóneme —susurra—. Tal vez adore usted a los gatos y crea en la reencarnación. Debe de pensar que soy una malvada. No le puedo censurar por ello. Pero ¿tiene idea del trabajo que supone llenar cien escudillas dos veces al día y cambiar la arena a cien gatos? Por no hablar de los pelos, de los kilos de pelos. Menos mal que no soy asmática. Me levanto a las cinco de la mañana en el mejor de los casos, domingos incluidos. Muy agradable. Arañan mi puerta como si la vida les fuera en ello. Oh, el día que no encuentre una docena de pájaros muertos por la mañana en el suelo de la cocina, puedo considerar que empiezo con buen pie. Creo que no hace falta que le hable del olor.

Resoplo.

—¿Y le da tiempo a trabajar con todo lo que tiene que hacer? ¿A ocuparse de sí misma?

—Me echa una mano una asistenta. Se llama Ivanovna y es ucraniana. Trabajaba ya para mi abuela, debe de estar a punto de cumplir los cien años. No es demasiado mala ni demasiado locuaz. Estoy segura de que mi abuela le pidió que me vigilara llegado el momento. Como el abogado, recibe una paga vitalicia (hasta que muera el último gato, se entiende). Las inversiones de mi abuela bastan para asegurarle un salario que supongo superior al mío.

—¿A qué se dedicaba?

—¿Quién? ¿Mi abuela? A nada.

—Ah.

—Pero su marido trabajaba en el sector textil y murió a los cuarenta y siete años. Creo que a él tampoco le gustaban demasiado los gatos. En ese momento, ella solo tenía una treintena. Eran mejores tiempos.

Regresamos a la planta baja. Sophia me habla de su vida diaria. De la dificultad, sobre todo, que supone para ella entablar una relación amorosa cuando tiene que pasar las noches en un almacén de máquinas de coser y el resto del espacio vital está ocupado por noventa y seis felinos maleducados supuestamente domésticos.

Vamos al salón, donde encontramos a Ivanovna muy atareada. Es una mujercita llena de arrugas tocada con una pañoleta negra y armada con un cepillo adhesivo especial para los pelos de gato. Mascullando un saludo, se gira de inmediato. Los felinos la adoran. Una buena veintena de cortesanos la sigue adondequiera que va.

—¿Lleva pescado en los bolsillos?

Justo cuando Sophia va a responderme, un estridente timbrazo sacude la casa.

—Dios mío, concédeme el tiempo y la gracia de comprarme un verdadero teléfono *made in* siglo XXI. Discúlpeme... —Desaparece en el vestíbulo para responder.

Me quedo solo con Ivanovna, que está limpiando las cortinas. Un enorme gato blanco como la nieve está apostado delante de la ventana y se niega a quitarse de ahí. La anciana lo rodea respetuosamente y, en equilibrio inestable, extiende el brazo para pasar el cepillo. Los otros gatos, circunspectos, observan sus avances.

Un minuto más tarde, cuando trata de quitar el polvo a un sillón, el gato blanco salta encima de él y se hace un ovillo. Quiere guerra. Pero Ivanovna, que demuestra tener una paciencia infinita con él, le acaricia la cabeza y pasa al sillón vecino.

—¿Es su preferido?

La vieja hipa. El interesado, que acaba de saltar al suelo, se frota contra sus piernas. Ivanovna deja de quitar el polvo del apoyabrazos.

—¿Yo molestar? —dice dirigiéndose a él con un fuerte acento ruso, pero su voz es suave, sin ninguna agresividad.

Vuelvo a la carga.

—¿Cómo ha dicho que se llama?

Me lanza una mirada torva.

—Ambrose.

—¿Ambrose a secas?

—Ambrose Bierce.

Al oír su nombre, el gato escupe perezosamente y luego se estira. Ambrose Bierce, escritor estadounidense nacido en 1842 y fallecido en 1913 en México en unas circunstancias nunca aclaradas. Autor del famoso *Diccionario del diablo*, obra cínica con fórmulas asesinas que contiene definiciones como estas: «Cuadro: representación en dos dimensiones de cosas anodinas en tres», o «Inmigrante: individuo mal informado que piensa que un país es mejor que otro». Un tipo extraño, por lo poco que sé de él.

Ivanovna se concentra en la cómoda. La sigo dócilmente.

—¿Acaso tiene alguna... particularidad?

Se detiene, impaciente.

—¿Usted qué querer?

—Nada. Parece que, a sus ojos, este gato es diferente a los otros, que posee algo «especial».

He recalcado la última palabra. La mujer dirige una mirada al vestíbulo, donde Sophia sigue hablando por teléfono.

—Él más que especial.

—¿Es decir?

—Él verdaderamente Ambrose Bierce. Poseído.

—Ah.

—Él inmortal. Vaya a ver *fichaclasificador*. Ficha decir edad quince años. Pero en realidad él ya tener treinta años antes, cuando *madame* Devovich contratar a mí. Él no morir jamás.

Trago saliva.

—¿Puede repetirme eso?

Se inclina hacia mí y su voz se convierte en un murmullo.

—*Madame* Devovich me hizo prometer no decir nada a *mademoiselle* Sophia. Yo prometer jurar. Pero yo decir a usted: eso no prohibido en promesa.

—¿Desea usted que se lo repita a Sophia?

—Usted hacer lo que quiera.

—¿Por qué? ¿Por qué querría usted que se lo dijera?

—*Mademoiselle* amable. Si ella esperar todos los gatos morir, esperar demasiado tiempo. Morir antes que Ambrose.

Cuando estoy a punto de contestarle, oigo a Sophia colgar el teléfono. Diez segundos más tarde, se reúne con nosotros en el salón.

—¿Todo bien?

Aquiescencia apresurada. En verdad, poseo bastante material para escribir el comienzo. Ha anochecido, voy a despedirme.

—Se puede quedar esta noche, si quiere.

Un gato me roza al salir; creo que es Mark Twain. Tumbado en el sofá, Ambrose Bierce no me quita ojo. Hay una parte de mí que no siente ningún entusiasmo por este gato.

—Gracias —digo—. Pero tengo una cena en la ciudad.

Con el cigarrillo en los labios, Sophia me acompaña al zaguán. El aire es helador, un metro pasa a lo lejos, dos ancianas caminan encorvadas contra el viento. La joven enciende su mechero mientras me pongo el abrigo.

—Quiero agradecerle el tiempo que me ha dedicado —digo—. Sobre todo, porque no le sobra, por lo que me ha parecido entender.

—Mientras Ivanovna me apoye, puedo apañármelas. Pero después tendré que encontrar a alguien.

Inhala y echa la cabeza hacia atrás. Me vuelvo hacia ella.

—Ese gato, Ambrose Bierce...

—Mmm...

—Es diferente, ¿no?

—¿Diferente?

—Ivanovna me ha dado a entender que es mayor de lo que asegura su dossier. Tiene...

—Sí, ese gato me pone la carne de gallina.

—¿De veras?

—Sí. A los demás los tolero. Son gatos, con todo lo que eso implica. Pero él... Hay algo en él

que me molesta profundamente. Su mirada...

—¿Qué le ocurre a su mirada?

—A veces tengo la impresión de que no me observa un animal, sino un hombre. Un hombre muy viejo y no demasiado amigable.

—Entiendo.

—Bien.

—Esa es la sensación que me produce a mí también.

Hace una mueca. Le tiendo la mano.

—Solo me resta desearle buena suerte.

—Muchas gracias.

Bajo las escaleras. Me hace detenerme de pronto.

—¡Espere!

—¿Sí?

Su rostro denota inquietud.

—Cree usted... Es ridículo, pero ¿cree que podría no morir?

—¿Qué le hace pensar eso?

—No sé.

Contengo un suspiro. Podría repetirle lo que me ha contado Ivanovna, pero no estoy seguro de que sea responsabilidad mía. ¿Un gato inmortal?

—Verá —me susurra Sophia Devovich, acercándose a mí—, ya no soy una adolescente. ¿Cuántos años de vida me quedan? ¿Cincuenta? No pienso dedicárselos íntegramente a unos gatos. Y todavía menos a «un» gato.

—Sensata decisión.

Sus labios esbozan una sonrisa afligida. No me atrevo a preguntarle qué es lo que piensa hacer si se demuestra que el gato en cuestión tarda demasiado en morir. Parece haberme leído el pensamiento.

—Mire: algunos animales desaparecen. Se producen accidentes, de coche o de cualquier otra cosa. Ese sujeto, Ambrose Bierce, no debería pasarse de la raya. Porque, llegado un momento, se lo digo sinceramente, será él o yo.

Amenaza sutil. Esta vez me he dirigido hacia el metro después de despedirme. Sí, Sophia Devovich está cansada, probablemente al límite. Pero una desagradable sensación me persigue. Acabo de ver al gato blanco en el momento en que la joven tiraba su cigarrillo en la acera. Detrás de la ventana, con las cortinas abiertas, esperaba a que me decidiera a irme de una vez. Sus ojos tenían un brillo tétrico, me miraba solo a mí: «La chica tiene razón, amigo. Será ella o yo. Yo, en tu lugar, esperararía un poco antes de apostar».

YA LE DIJE QUE ESTE SERÍA MI ÚLTIMO LIBRO

«De alguna manera, los *hutongs* y las avenidas son el alma de Pekín», escribe el autor pequinés Liang Bingkun en la obra que les ha dedicado. Un alma en vías de extinción, según él: hoy en día solo queda un millar de estas callejuelas típicas, con sus casas de puertas labradas, sus delicados tejados y sus microscópicos patios secretos.

El barrio de Dongcheng alberga los *hutongs* más conocidos. Aquí, en medio de Gangcha Hutong, en un lugar lleno de alma y de silencio, es donde vive la que quizá sea la escritora china más importante de nuestra época: Jia Yuxin, de once años, pronto doce.

Contactar con los Yuxin requiere muchísima paciencia y persuasión. Li Men, la madre, vela muy severamente por los intereses de su hija. Cartas interminables, preguntas literarias, cláusulas de confidencialidad: tardaré once meses de intensas negociaciones en ser autorizado a visitar a la joven prodigio. Solo dispondré de dos horas, me previenen. Tendré que someterme sin rechistar a los deseos de la guardiana del templo.

Son las once de la mañana, hora local. Tras abandonar toda esperanza de dormir, releo mis notas por décima vez en el avión que me lleva a Pekín.

He conocido la historia de Jia Yuxin a través de un amigo sinófilo. Nadie o casi nadie ha oído hablar de ella en Europa o en Estados Unidos, y en Pekín solo se la conoce un poco más. La razón es muy simple: a día de hoy, Jia Yuxin no ha publicado una sola línea ni parece que vaya a hacerlo en un futuro próximo. Pese a todo, su caso levanta pasiones en cierto número de foros literarios. Fue navegando en uno de esos foros como mi amigo se enteró de su existencia. Tuvo incluso la oportunidad, según él, de leer un fragmento de su primera novela en el blog de una compañera de clase de Jia, fragmento que estuvo en línea tres días y luego fue suprimido por petición externa. Hay internautas que aseguran que la joven es un mito, una creación lúdica detrás de la cual se ocultaría un colectivo de osados autores vanguardistas. Pero quienes sostienen esta opinión son cada vez menos numerosos: en efecto, encontrar pruebas de la existencia de Jia Yuxin es como un juego de niños. Porque si bien es cierto que la interesada se muestra enormemente discreta, no ocurre lo mismo con sus discípulos.

«En el colegio local todo el mundo te dirá dónde vive», afirma mi amigo.

Extenuado por el desfase horario y los avatares del viaje en avión, llego en taxi a Gangcha Hutong hacia las seis de la tarde. Es invierno; ha anochecido y el taxista me ha dejado delante del Museo de Bellas Artes. Deambulo con las manos en los bolsillos por las tortuosas callejuelas, rememorando las circunstancias de nuestro primer contacto. Después de que mi amigo sinófilo me consiguiera los datos de los Yuxin, lo primero que hice fue escribir a los padres, aclarando muy bien, por consejo de él, que yo no era periodista. Al cabo de dos meses me respondió la madre: una misiva muy neutra, redactada en inglés, explicándome que me equivocaba, que su hija no era lo que yo pensaba. Recuerdo que me rompí la cabeza. Escribí una segunda carta y después una tercera, insistiendo en la pureza de mis intenciones, en el carácter totalmente innovador de mi enfoque. Li Men Yuxin no volvió a mencionar mi supuesto error. Incluso acabó por aceptar la idea de una entrevista, si bien con unas condiciones tiránicas. Debería durar dos horas y no podrían figurar los nombres reales.

La casa de los Yuxin no es grande. Li Men me recibe en el porche mirando su reloj con gesto severo. Obviamente, llego seis minutos tarde. Mi anfitriona me precede en la entrada. Es una mujer sin edad, filiforme, con planta de bailarina clásica. La sala de estar es minúscula, pero está decorada con gusto. Tiene una cocina, varios sillones dispuestos en forma de herradura y un aparador de álamo lacado.

Un sofá tapizado de seda me espera delante de la mesa baja. Li Men me indica con un gesto que tome asiento y después desaparece en el pasillo. Reaparece con su hija, vestida de colegio. Farfulto torpemente «Buenas tardes» en chino. Jia me saluda respetuosamente y luego se sienta en un taburete, al otro lado de la mesa. En la cocina gorgotea un hervidor. Li Men me vigila, pegada a la pared.

Saco las notas de mi maletín y me pongo las gafas. La joven espera, inmóvil. Sobre sus rodillas, una carta doblada en dos. Es la típica colegiala china: flequillo moreno, cutis terso, atuendo impecable. No sabría decir qué es lo que más me impresiona de ella. Quizá su tranquilidad. El plan de trabajo tiembla entre mis dedos. Empiezo con las preguntas de rigor, en inglés en el texto.

—¿Cuándo empezaste a escribir?

—A los siete años.

—Y ahora tienes...

—Once.

Trato de ser audaz, de entender la realidad de su vida. Cómo se organiza para trabajar, para conciliar su vida de colegiala y...

—Le dedica dos horas todas las noches —responde su madre—. Después de cenar.

Aparentemente, los Yuxin llevan una vida muy corriente. El padre trabaja en una compañía de seguros al otro extremo de la ciudad; regresa tarde. En cuanto a Li Men, trabaja en una guardería. De ahí quizá su tendencia a expresarse en lugar de su hija.

—Jia terminó su primera novela hace tres años, con mucho secreto. La encontré escondida debajo de su cama, me la leí de un tirón en cuanto tuve un día libre. No era muy larga y estaba escrita en un inglés impecable. Jia aprecia a los autores anglosajones. Debo decir que a mí también me apasiona la literatura; mi padre era editor. Al llegar a la última página, tuve que

contener las lágrimas. El mejor libro del mundo.

Cuando trato de preguntarle por qué le pareció que esa primera novela era tan extraordinaria, Li Men responde sin reflexionar:

—Por la emoción. Por la honestidad. Por la estructura, sobre todo. Tenía eso y mucho más, con una economía de medios impresionante. Era como leer la última obra de un sabio sentado en la cima de una montaña, de un anciano sabio a punto de morir. Me pareció increíble que mi hija poseyera tanto talento. Pero estaba claro que la novela era suya. Habría reconocido su caligrafía entre mil.

—¿Qué hizo usted?

—Me puse en contacto con uno de los mejores editores del país. Había conservado sus datos tras morir mi padre. No le revelaré su nombre, pero tiene su sede en Pekín. No le será difícil dar con él si siente curiosidad. Es un hombre famoso por llevar la voz cantante en el mundo editorial chino. Llamémosle Hsin, si usted quiere. Sus autores lo adulan, y supongo que los que no trabajan con él lo odian, porque tiene un sentido crítico que roza la crueldad. Pero me estoy yendo por las ramas. Le envié el manuscrito ese mismo día. A los dos días me llamó para decirme lo que pensaba del libro. Yo me había preparado para encajar lo mejor posible su reacción, pero aun así tuve que sentarme. ¡El arruinacarreras, el perdonavidas tan temido, no encontraba palabras! Finalmente hablamos de Jia. Le expliqué qué clase de niña era y que le había enviado el texto sin consultarle a ella, temiendo que se negara a mostrárselo a nadie. Me dijo que lo entendía. Le pedí que me escribiera una carta repitiendo minuciosamente lo esencial de sus comentarios. Recibimos su misiva una semana más tarde, firmada de su puño y letra y dirigida a Jia.

Hace un gesto con la barbilla a la niña y esta me tiende el folio que tenía sobre sus rodillas. Frunzo el ceño.

—Se trata del mandarín estándar escrito en baihua —comenta la madre, que se extraña (o finge extrañarse) de que yo no consiga descifrar los sinogramas. Jia, ¿quieres leérmola?

La niña obedece:

«Querida Jia: Su madre ha tenido la excelente idea de enviarme su novela *Granizo*. Me ha parecido fantástica y querría tener una cita con usted para discutir las condiciones de su publicación».

Dobla la carta. «¿Y...?», me pregunto.

—Ella no le contestó —continúa la madre—. Al menos, no antes de que él le enviara una segunda carta y una tercera, hoy perdidas. No se decidió a llamarla por teléfono personalmente, como yo le había aconsejado.

El hervidor se ha callado; el ronroneo que llenaba el pequeño interior ha desaparecido en un silencio pesado. En cuanto a Jia Yuxin, mira hacia otro lado. Inclinado hacia adelante, trató de llamar su atención.

—¿Hablaste con él? ¿Hablaste con Hsin?

Jia asiente con la cabeza, como si la hubiera cogido en falta.

Li Men se pasa la lengua por los labios.

—Jia ha escrito seis novelas desde entonces. ¿Quiere que las veamos?

Me inclino.

—Encantado.

—*Granizo* fue la primera: es la historia de una joven camino de la escuela, en la China de la Revolución Cultural. El lector comparte sus pensamientos. A continuación, *Limón azucarado*: poco antes de morir Mao, dos hermanas gemelas piensan que son una única persona. *Un viejo árbol*, la tercera, tiene como protagonista a un anciano de ciento treinta años que no es otro que el bisabuelo de la heroína de *Granizo*, quien ha cortado toda relación con su familia. Una novela también muy introspectiva. *Cuatro bandidos potenciales* es la cuarta obra. Se desarrolla en el propio colegio de Jia y trata de un cuarteto maldito que abraza el terrorismo, justo antes de las manifestaciones de la plaza de Tiananmen en 1989. Mi propia hija interviene en ella, en forma de fantasma. El quinto se titula *Ya no vemos nada*. El personaje principal, que nunca aparece como tal, ejerce la profesión de horticultor. Al principio de la novela, acaba de abandonar su casa hacia un destino desconocido y su hermana encuentra las cartas que él ha dejado. Mi marido y yo aparecemos en ella. La sexta y última hasta la fecha se llama *James Bond, Confucio y otras contrariedades*: trata de un concurso de modelos y de un caso de prostitución y espionaje en los albores del año 2000. La hermana de la mejor amiga de Jia es la protagonista principal.

Asiento, desconcertado.

—A propósito de esos elementos autobiográficos... ¿Se puede decir...?

Li Men me interrumpe.

—Cuanto más avanzamos en el tiempo, más cercanas a nosotros son las novelas de Jia: cronológicamente, por supuesto, pero también por sus temas, que mezclan una cantidad cada vez mayor de referencias personales e íntimas. Dicho de otra manera, mi hija se acerca cada vez más a sí misma a medida que avanza en su trabajo.

Me rasco la nuca.

—¿Estas otras novelas también han sido enviadas a Hsin?

—Así es.

—¿Sería indiscreto preguntarle lo que ha opinado al respecto?

—Su opinión no ha cambiado ni cambiará. Para él, Jia es un genio literario y punto.

—Pero ella se niega a que se las publiquen.

—En efecto.

Me vuelvo hacia la joven, que se mira las puntas de los zapatos.

—¿Puedes explicarme el porqué de tu decisión, Jia?

Se encoge de hombros.

—No es el momento.

—¿De explicármelo o de que te las publiquen?

—De que me las publiquen.

—¿Por qué?

—Es demasiado pronto.

—¿Es demasiado pronto con respecto a qué?

—Con respecto al conjunto del proyecto.

Li Men inspira con fuerza.

—Supongo que se habrá fijado en que cada título tiene una palabra más que el anterior.

—Es cierto. No me había fijado.

—Mi hija ha previsto escribir once libros en total.

—¿Y después?

Las dos mujeres guardan silencio. Li Men se acerca a su hija y le acaricia el brazo.

—Jia está cansada. Aún le queda mucho por hacer. ¿Quiere preguntarle algo más?

—Sigo en las mismas, señora. No quiero insistir, pero tengo la sensación —digo mirando a Jia— de que su hija no actúa al azar y de que tiene una idea muy clara de cómo debe terminar todo.

La joven duda. Agachándose a su altura, su madre le habla al oído sin quitarme ojo. Jia responde algo en chino con una sorprendente firmeza. La madre vuelve adonde estaba.

—Cuando la última novela esté acabada —anuncia la joven—, Hsin recibirá la autorización para publicarlas, esa y todas las anteriores, al ritmo de un título por año. La razón por la cual no ha tenido permiso para hacerlo *antes* quedará entonces clara para todo el mundo.

—Supongo que no puedes decirme nada más.

Niega con la cabeza. Me cuesta disimular mi incredulidad.

—¿Hsin está de acuerdo?

—Sí.

—¿Incluso sin haber leído las cinco novelas restantes?

—Él sabe que sé lo que me hago.

—Y cuando la última esté terminada, ¿qué harás justamente? ¿Te dedicarás a escribir otras cosas?

—No.

—¿Por qué?

La madre da un paso hacia adelante.

—Como le decía, mi hija...

Pero Jia alza una mano. Esta vez quiere explicarse sola.

—No se trata de un secreto —afirma—. Hsin lo sabe, lo mismo que mi madre y que varios amigos míos del colegio. Si usted lee las seis primeras novelas con atención y reflexiona un poco, puede adivinar fácilmente lo que pasará al final de la undécima.

Abro los ojos como platos.

—Siento defraudarte, pero...

—Yo habré muerto.

Tras pronunciar estas palabras, se levanta de su taburete, se inclina de nuevo y se va a su habitación. La oscuridad se la traga.

Su madre no esboza un solo gesto. Desconcertado, recuerdo esa película de David Lynch donde un hombre desaparece así, «tragado» por la oscuridad de un pasillo. El silencio se vuelve pegajoso, agobiante. Me vuelvo hacia Li Men.

—Su hija... ¿Su hija está enferma?

Se vuelve. Lo que va a ocurrir ahora es bastante evidente, casi puedo visualizar la escena: me abrirá la puerta y me pedirá que me vaya.

Pero no es eso lo que hace. Me quedo sentado y Li Men me sirve una taza de té negro. Juraría que es otra mujer. Está sentada en el mismo lugar que ocupaba Jia hace un momento, afable y solo un poco triste. Tal vez el final del laborioso ceremonial que Li Men nos ha impuesto a los tres la haya liberado de un peso.

Me habla de su hija. De las notas que saca en la escuela (buenas, pero nada del otro mundo). De sus aficiones, de su preferencia por Otis Redding y las películas de Charlie Chaplin. De los postes de Nelson Mandela que decoran su cuarto. Me pregunta a su vez sobre mi viaje y mi proyecto. ¿Está a mi gusto el té? El tipo de preguntas que uno hace cuando le importan un comino las respuestas.

Trato sin cesar de volver sobre el tema. ¿Han leído otras personas las novelas de Jia? Li Men asiente. Sí, Hsin ha prestado los manuscritos de las tres primeras a unos amigos periodistas y editores pidiéndoles que las mantengan en secreto. Sus opiniones han sido unánimes: tres obras maestras. Uno de ellos ha intentado reunirse con la joven innumerables veces. Hsin ha sido advertido. Han tenido que cambiar el número de teléfono. Los textos han cesado de circular.

Apoyo la taza. Me atormenta una pregunta. Li Men la presiente.

—¿Conoce ya el título de la undécima novela?

—No —responde con un gesto, y las trazas de su sonrisa se desintegran—. Pero para mi marido y para mí se ha convertido en un juego el tratar de adivinarlo. Lo único que sabemos a ciencia cierta es que pondrá fin a la aventura y tendrá once palabras. Algo así como *Yo le había dicho que este sería mi último libro*. Por lo demás, confiamos en nuestra hija, por desgracia. Nunca nos ha decepcionado.

Detecto una fisura en la voz de la mujer. Una renuncia, una especie de fatalismo trágico.

—Pero bueno —digo—, en cualquier caso, debe existir alguna forma de hacer entrar en razón a su hija, ¿no? De hablar con ella, ¡de convencerla de que la vida es bella!

Li Men se mordisquea los labios.

—Por supuesto. Eso es lo que todo el mundo nos repite: que hablemos con ella. Sin embargo, como le acabo de señalar, tenemos confianza en ella, debemos tener confianza en ella. Decida lo que decida, se avecina algo importante. Mi hija es un genio. Y no lo digo a la ligera. Llame a su editor. Llame a ese periodista que nos molestaba todas las noches. La obra que ha emprendido solo adquirirá todo su sentido después de su muerte. Es innovadora. Con todos los libros que ya han sido escritos, desde *Al borde del agua* hasta las novelas en teléfono móvil, llamar la atención no es una tarea fácil. Mi hija quiere que sus libros se lean. Pero no de inmediato.

He terminado el té; Li Men se retuerce las manos. Debería irme ahora, sin más dilaciones. Se me escapa una última pregunta:

—¿Y si le sucede algo?

—¿Qué quiere usted decir?

—*Antes*. Antes de que acabe su obra.

Cierra los ojos.

—Entonces, nada.

—¿Nada?

—Los libros no se publicarán. Si usted no los ve aparecer significará, efectivamente, que mi hija ha muerto antes. Y no creo que pueda recuperarme.

La miro sorprendida.

—¿Quiere usted decir..., perdone la familiaridad, pero quiere usted decir que su muerte sería más fácil de aceptar para usted si los libros aparecieran?

Me responde al instante.

—Prefiero que mi hija muera por una historia, en efecto. Prefiero que muera cuando sus libros lo elijan, y no bajo las ruedas de un automóvil o de una enfermedad. Solo la escritura puede hacerla inmortal.

Se marcha de nuevo a la cocina. Me levanto.

—Gracias por haberme recibido, señora. Transmita mis saludos a su hija.

Li Men pasa un trapo de polvo al plan de trabajo.

Me despido. Apoyo la mano en el pomo de la puerta.

—¿Señor?

Li Men se ha acercado a mí por detrás.

—¿Sí?

—Siento haberle recibido tan mal. Me encuentro tan cansada últimamente. Trato... no ya de comprender, sino de admitir lo que sucede. A veces me parece muy simple. En otros momentos, me digo que soy yo quien va a morir.

Bajo los ojos tímidamente. Me entran ganas de abrazarla, de decirle que todo se va a arreglar. No lo hago.

Li Men se saca un sobre del corpiño.

—Tenga. Mi hija lo ha preparado para usted. Adiós.

Abre la puerta y me echa a la calle. Un portazo y después la calma. La noche ha invadido el laberinto de los *hutongs*. Ya no volveré.

Más tarde, en el taxi que me lleva al hotel, abro el sobre de Jia, en el que está mi nombre escrito en pequeños caracteres romanos. El sobre contiene dos folios, doblados el uno dentro del otro. El primero lleva la nota «Para leer en primer lugar».

Querido señor:

Sigue haciéndose muchas preguntas con respecto a mis libros y siento mucho no haber sido capaz de darle unas respuestas más esclarecedoras.

La razón por la cual no puedo revelarle nada más y la razón por la cual mis novelas no pueden ser publicadas antes de mi muerte son una sola. No es un gran misterio, pero es algo imposible de formular.

Le adjunto un fragmento de la novela que estoy escribiendo ahora, la séptima. «Nadie sabe cómo se titula». Este será el título. Los únicos que están ya al corriente son mi editor y mi madre.

Ahora tiene usted la posibilidad de elegir: puede leer el texto de corrido allí donde se encuentre, delante de mi casa, en la calle, en el taxi, en el hotel, y puede enseñárselo a todo el mundo, incluso publicarlo en internet, siempre que le parezca pertinente esta iniciativa. O bien puede acercarse al parque Beihai^[1] a primera hora de la mañana, concretamente al puente Yong'an, y, después de haber acabado la lectura, quemar el manuscrito y dejar que las cenizas se esparzan sobre el lago.

No existe ninguna forma adecuada de escribir un texto, como tampoco existe ninguna para leerlo, pero sigo creyendo que en el abandono y el olvido reside una forma elevada de poesía. Le deseo un buen regreso a casa y muchos años de vida curiosa.

Su fiel

Jia

A través de los cristales sucios del taxi, la ciudad se adivina en sombras fugitivas y pinceladas de luz.

En Pekín viven actualmente más de diecisiete millones de personas. Almas perdidas, personas felices, genios desconocidos. Jia no es nada de eso. No sé si espero leer sus novelas algún día.

CONSUELO

Es una obra de arte única en su género y, al mirarla, solo se puede sentir la inmensa e insondable tristeza del que sabe y acepta que todo acaba algún día.

En un altar de una blancura perfecta, un ángel con las alas cansadas se ha desmoronado literalmente. Se adivina que es una mujer, pero solo se le ve la nuca, lleva los cabellos recogidos en un moño. En cuanto a su rostro, está oculto en el pliegue de un brazo, mientras que el otro cuelga, sin fuerza, por encima de la piedra. Unas flores yacen dispersas al pie del mármol; el ángel las ha soltado. Sin duda, se ha quedado sin lágrimas. Algo en el abandono de sus hombros, en su soledad de piedra, evoca una desdicha extrema que nada podrá aliviar.

El original de esta maravilla, bautizado como *Angel of Grief*, se encuentra en Roma, en una de las avenidas superiores del cementerio protestante de la ciudad. Es obra de William Wetmore Story, poeta, crítico y escultor americano, enterrado en Italia con su esposa Emelyn en 1895. Los hay que vienen de muy lejos a visitar la escultura del ángel doliente: no es raro verlos a primeras horas de la mañana absortos delante de la tumba. Por otra parte, existe un gran número de réplicas dispersas por todo el mundo. Una de ellas, creada en 1999, puede ser admirada en Brooklyn, en el cementerio de Green-Wood. Otras son visibles en Nueva Orleans, en Rochester, en la Universidad de Stanford, en Colma, en Houston, en St Louis, en Little Rock, etc., pero también en Cardiff, en Gales, y en San José, en Costa Rica. ¿Cuántas hay en total? «Según las últimas estimaciones —explica Alfonso Jefferson, especialista americano de cementerios y monumentos funerarios—, hay entre cuarenta y cincuenta, sobre todo en Europa y en el continente americano. Pero cada año descubrimos alguna nueva».

Lo que Jefferson no parece saber es que a su estimación han de añadirse una veintena de estatuas. Veinte réplicas del ángel, pertenecientes en su mayor parte a particulares, que son obra de una sola mujer: Jane Oldham, artista contemporánea establecida en Las Vegas.

Mi búsqueda comienza de nuevo en un foro. Jane, que se expresa en él bajo un seudónimo, presenta sus obras a eventuales aficionados. «Los modelos de la serie *Angels of Grief*, esculpidos en escala 1/1, son idénticos y fieles al espíritu de William Story. Solo los materiales utilizados pueden variar. Aunque acepto los pagos en efectivo, estas creaciones no están destinadas solo a la

venta: las donaré, sencillamente, a quienes quieran aceptarlas. Los ángeles dolientes son parte de mí: compartimos una historia. Por eso quiero saber qué va a ser de ellos, cómo van a ser tratados, quiénes son las personas con las que van a vivir. Algunos los instalarán en su jardín, otros elegirán su salón. ¿Cementerios, lugares para el recuerdo? Los ángeles son los guardianes de la tristeza. Vivimos en una época en la que se suele guardar luto durante algunas semanas, todo lo más algunos meses, para después pasar a otra cosa, como si las almas fueran múltiples y los recuerdos reciclables. Pero sabemos que este no es el caso, que la tristeza no está abocada a desvanecerse, sino solo a transformarse. Cada ser es único en el espacio y el tiempo, y creo que cuando William Story esculpió su ángel, poco antes de desaparecer él mismo, tenía esta certeza: nada podrá reemplazar jamás a aquel o aquella que hemos perdido».

Después de contactar con ella por correo electrónico y de recibir una invitación en toda regla, parto en pleno verano a Las Vegas, en busca de Jane Oldham.

El barrio en el que vive, en una casita blanca en la que da el sol de plano, está prácticamente desierto. Estamos en el norte de la ciudad, muy lejos del *glamour* de los casinos y hoteles. Una lata de conserva rueda en medio de la calle, sin nadie que la chute. Hay cuarenta y un grados centígrados a la sombra y el viento es abrasador.

Tocada con una gorra de los Boston Red Sox y vestida con una camiseta militar de tirantes de color caqui y unos pantalones vaqueros cortos de rayas, la joven, de unos treinta años, me recibe en el umbral de la puerta mordiendo una uña.

—¿Ha encontrado algún atasco?

Se ríe de su broma, me hace entrar a la sombra y me da una cerveza sin ni siquiera preguntarme. El interior está amueblado de forma espartana: un armario desvencijado, seis o siete cajas, un enorme frigorífico rosa, una mesa y dos sillas de *camping*. La habitación contigua solo tiene un colchón. Por la ventana abierta descubro el patio de atrás. Está rodeado por una verja metálica y da al oeste.

—¿Viene?

Jane me lleva al garaje por una puerta interior. El lugar, una auténtica leonera, está inmerso en un calor húmedo. Hay cubos, pinceles, telas y marcos, algunas esculturas sorprendentes en diferentes fases de acabado, hombrecillos de alambre, utensilios recuperados, ladrillos, una colección de máscaras africanas, montones de camisetas abigarradas, botes de pintura, bloques de alabastro, un soplete y una impresionante parafernalia de alicates, tijeras y cuchillos.

Sentada en un taburete, la joven alza su cerveza hacia mí.

—Gracias por haber venido. No es que disfrute demasiado con la compañía de mis semejantes, pero sí, a veces me siento sola en este lugar.

Por la puerta entreabierta se divisa la calle, las aceras blanquecinas por el calor, las malas hierbas en la calzada y una serie de carteles de «Se vende». Jane echa la cabeza hacia atrás.

—Es un barrio con un ambiente muy particular. Esta soledad, a pesar de las redes sociales, la llamada aldea global y todas esas estupideces, es nuestra. La crisis, el miedo, el consumismo. Un fin del mundo permanente. Y vivir aquí, en medio del desierto, es perfecto, ¿no? Lloro por las noches, oigo aullar a los coyotes en las montañas, me digo que antes o después un asesino en serie se aventurará en el corazón de esta tierra de nadie y me descuartizará en la madrugada, pero qué

quiere, creo que no podría vivir en otro lugar. Esta desesperación para mí es vital.

Jane Oldham, no es un secreto, está enamorada y de luto. Vive sola aquí desde hace tres años. En cuanto a los cheques de la pensión que le envía su exmarido, los tira a la papelera.

—Todos los meses encuentro este sobre en el buzón. No cobraré sus malditos cheques, pero no puede dejar de enviármelos. Sé que se siente culpable. Que se siente responsable de mi pena. Cuando en realidad él no tiene nada que ver.

Hace algunos años, Jane Oldham estaba casada con un dentista de Sacramento. La pareja llevaba una vida apacible, sin hijos, y acariciaba los habituales proyectos de futuro.

—No puedo decir que fuera desdichada con él —recuerda la joven—. No sabía lo que era la felicidad, eso era todo: no sabía lo que era el amor, esa fuerza que te consume y te devuelve a tu verdad más simple. Ignoraba que tenía derecho a aspirar a esa impresionante felicidad. Y luego, un buen día, el encantador equilibrio se rompió en pedazos.

La joven podría describir aquel día minuto a minuto.

—Era un viernes y nos encontrábamos en casa de los vecinos, al borde de la piscina. Había una joven artista que la amiga que nos invitaba quería presentarme a toda costa. «Tenéis mucho en común», así es como habían tratado de engatusarme. ¡Si hubieran sabido!

»Se llamaba Sophie. Con el pelo cortado a lo chico y bajita, ¡era tan menuda y al mismo tiempo tan atractiva...! Fumaba cigarrillos liados a mano, hablaba con desgana, paseaba sobre el mundo una mirada entre alegre y curiosa. ¡Y su risa! Reía todo el tiempo, creo que lo primero que me enamoró de ella fue eso. Pasamos el día juntas. Y luego, la noche. Y también la noche del día siguiente. Mi marido no se daba cuenta de nada.

Se detiene, apoya su cerveza, toma aire.

—Nos volvimos a ver al día siguiente y todos los demás días. Vivía al otro lado de la ciudad. Fui presa de una pasión clandestina. Para mí era una experiencia nueva, abrumadora, monstruosa. Nunca había pensado que pudiera engañar a mi marido. Y menos con una mujer. Pero todo nos empujaba la una hacia la otra: los gustos artísticos, el humor retorcido, el entendimiento físico, la pasión por el desierto. Sophie siempre había vivido sola y solo le gustaban las mujeres. En ese sentido me quedaba todo por aprender.

Abre la puerta del garaje y la luz del día inunda su taller.

—Dos semanas después de nuestro encuentro, fuimos a Las Vegas. Había una feria de arte contemporáneo en el hotel MGM —digamos que ese era el pretexto— y mi marido, que pensaba que nos habíamos hecho amigas, no sospechaba nada. Cuando llegamos estaba anocheciendo. Habíamos tomado una carretera equivocada, tal vez adrede, y aterrizamos aquí, no lejos de Floyd LambState Park. Las montañas ardían en el horizonte. El polvo revoloteaba. Johnny Cash cantaba en la radio. En ese momento tuvimos una intuición: algún día, las dos viviríamos aquí. Dentro de mí ya no había ninguna duda de que dejaría a mi marido. Las semanas siguientes serían muy dolorosas, pero yo estaba enamorada, no podía describirlo con palabras. Me parecía que superaríamos todos los obstáculos.

Salimos a la calle. Estamos los dos solos, y la mayoría de las casas, blancas, impersonales, están cerradas o abandonadas. Oleadas de calor hacen temblar el decorado. En el lateral de la vivienda vecina, una canasta de baloncesto yace rota, como alcanzada por un rayo.

—El desierto es un artista —murmura Jane mientras se vuelve a atar las zapatillas deportivas—. Y el tiempo es su pincel.

Caminamos sin rumbo. Una calle. La historia de Jane y de Sophie se desvela en palabras secas, en pedregales. Jane confiesa todo a su marido. Se enfadan, se pelean. Jane se va, queda con Sophie en un motel a la salida de la ciudad. Es de noche. Sophie se sube a su moto. En un cruce, un camión pierde el control y derrapa. Un chirrido de frenos, un choque contundente. Sophie sale disparada, su cabeza choca contra un muro: a pesar del casco, fallece en el acto. Jane, que no sabe nada, la espera hasta el amanecer en su sórdida habitación. Finalmente, es su marido quien le da la noticia a través de un mensaje de texto enviado a su teléfono móvil. Jane regresa a casa.

—Estaba aturdida. Muda. Toda mi vida se derrumbaba. Mis proyectos, mis esperanzas, mi futuro.

»Mi marido estuvo perfecto. No dijo ni una sola palabra. Se había roto un mecanismo que él no trató de reparar. Yo había dejado de amarlo. Amar ya no tenía ningún sentido.

»Tres semanas más tarde, le abandoné y me establecí en Las Vegas con mis escasos ahorros. Alquilé la primera casa que pude y me quedé encerrada en ella seis meses, llorando y trabajando. Cada noche debía luchar para no ir a acabar con mi vida en las montañas. Un volantazo, ya sabe. Pero resistí: por ella, por nosotras. Resistí esculpiendo estas estatuas. Sophie siempre decía que yo había venido al mundo para eso, para triturar la materia.

—¿Cree que es cierto?

Pestañea.

—Comencé la serie de los *Angels of Grief* poco después de conocerla. La concebía como un trabajo irónico sobre el suelo, la sociedad de consumo, la clonación. La idea era dejar las estatuas aquí y allá, en medio de la naturaleza, y esperar las reacciones del público. Y luego, una mañana, unos días antes de su muerte, sorprendí a Sophie delante de la primera de mis estatuas, del modelo original. Estaba inmóvil, con los brazos cruzados por detrás de la cabeza. Cuando la estreché entre mis brazos, noté que había llorado. La besé en el cuello. «Algo en nosotras se resiste a la alegría», murmuró.

»Después de su muerte, volví a esculpir. De forma diferente. Ya no me importaba nada la ironía, el mensaje, todos esos discursos estériles y pomposos tan típicos del arte contemporáneo. De pronto, la estatua de Story se me reveló como lo que realmente era: como una expresión descarnada de la tristeza. Después de eso, ya no me detuve.

En un cruce, cien metros más allá, una estatua se alza en medio de la carretera. Es el primer modelo de Jane. El que hizo llorar a Sophie.

Con el rostro perdido, difuminado, el ángel se doblega ante las montañas peladas, ante el vacío del siglo sin alma.

—Me volví una romántica —me explica Jane recorriendo un ala con el dedo.

—Y donó sus ángeles.

—La idea me surgió de forma espontánea. Es lo que Sophie habría querido, lo sé. Creé un blog. La gente podía dejar comentarios sobre la vida de sus estatuas. Yo era la viuda inconsolable, animada por una misteriosa pulsión creadora. No comprendía lo que hacía. Hasta que ese tipo de San Francisco se manifestó.

—¿Ese tipo?

—Había instalado la estatua en su jardín. Había venido a buscarla con un remolque y la

estatua estaba ahora enfrente de la bahía, en ese lugar magnífico no lejos del Golden Gate. Y entonces ese tipo me envió un correo electrónico. Para informarme de que la estatua lloraba.

—¿Cómo?

—No lágrimas de sangre, sino lágrimas de verdad.

—¿Y usted...?

—¿Si comprobé el fenómeno con mis propios ojos? Por supuesto. Fui a San Francisco. Vi las lágrimas. Al principio pensé que iba a enloquecer. Pero no fue así. La estatua lloraba todas las noches, a la hora exacta de la muerte de Sophie. Uno o dos lagrimeos, no más. Mi cliente quería mandar a analizar el líquido. Yo le disuadí.

—Usted...

—Pinté la estatua. Instintivamente. Tenía que hacer algo por Sophie, tenía que aliviar su dolor. Yo era la única que sabía lo que estaba sucediendo. Pinté la estatua, la embadurné de colores sin ni siquiera preguntar al propietario. La embadurné y dejó de llorar.

—Usted es consciente, espero, de que lo que me cuenta es difícil de creer.

Sonríe.

—Usted ha recorrido cinco mil kilómetros para oírmelo contar. ¿Es a su vez consciente de eso?

Guardo silencio. Es mi forma de asentir.

En las semanas que siguen a esas primeras lágrimas, otros «albergadores» de las estatuas se ponen en contacto con Jane para informarle de fenómenos similares. La joven les explica lo que ha sucedido en San Francisco y cómo ha solucionado el problema. La mayoría de ellos le piden que vaya. Le pagan el viaje.

—Algunos debían de pensar que se trataba de una broma —añade Jane—, que formaba parte del concepto, que todo el proceso estaba, de alguna manera, «organizado». Pero los amantes del arte contemporáneo son gente con dinero y, en su mayoría, de mente abierta. Yo iba, fuera cual fuera la razón, y sigo yendo —se interrumpe—. No me importa lo que la gente crea. Por mi parte, sé lo que está en juego.

Se ajusta la gorra y emprendemos el camino de vuelta. Siempre ese silencio, siempre ese calor. La camisa se me ha convertido en una segunda piel.

—Usted forma parte de los escépticos —declara Jane de sopetón.

—No tengo una opinión demasiado definida.

—Es lo mismo que digo yo. Y es comprensible.

Llegamos a la casa. Jane entra en el patio antes que yo. Una estatua inacabada, que yo no había podido ver antes desde su habitación, reposa contra una estela, en espera de cincel y escoplo. Las alas no están terminadas y los brazos no tienen todavía manos, solo muñones.

—La tristeza es una energía —observa la joven—. Nadie piensa en ello, pero es verdad. ¿Sabe lo que creo? Que la tristeza de Sophie ha permanecido aquí, en este mundo. El desgarró, nuestra separación, es todo lo que subsiste de ella, de lo que fue. Me niego a hablar de fantasmas. Prefiero llamarlo residuo. Una brisa decidida a encarnarse en lo que más quiero, en lo que nos

une.

Asiento.

—¿Cree que las lágrimas que derraman las estatuas son las de Sophie?

La joven despliega unas sillas de jardín apoyadas contra la pared y las coloca a la sombra, bajo el alero del tejado. Después se sienta y estira las piernas con voluptuosidad.

—Lo que me fastidia de la gente es que trata constantemente de poner palabras a todo. Clasificar los datos de un problema no es resolverlo. En general, la mejor opción es esperar.

—¿Cree usted que las estatuas dejarán de llorar pronto?

—No, pronto no.

Tomo asiento a mi vez.

—¿Cuándo, entonces?

Se vuelve hacia mí. Le brillan los ojos.

—Estoy cansada de que la gente piense que estoy loca —dice—. En el amor, la única locura es pensar que se puede cambiar la tristeza por el olvido. Yo no quiero olvidar. Quiero esculpir sin descanso, poblar el mundo con la tristeza de Sophie.

Se levanta para dejarme.

—Me he dado cuenta de que la cantidad de lágrimas derramadas tiende a disminuir en estos últimos tiempos. También recibo menos llamadas y sueño menos. Esparzo a los cuatro vientos la tristeza de mi amor; me gustaría que impregnara el mundo. Sí, algún día las estatuas dejarán de llorar. Estarán simplemente muy tristes, y serán tristemente innumerables. Ya no habrá suficientes lágrimas para esa mineralidad común. Entonces pasaré a otra cosa. Seguiré siendo muy desdichada, pero habré hecho todo lo posible para que Sophie deje de sufrir.

TRES GOLES Y DESPUÉS NADA MÁS

Es un paisaje de montañas salvajes, cañones vertiginosos y cascadas maravillosas, una de las zonas menos calurosas de Brasil y también, según los numerosos senderistas que la atraviesan tanto en invierno como en verano, una de las más bellas. A ciento ochenta kilómetros al oeste de Florianópolis, en el corazón de la Sierra Catarinense, el pequeño municipio de Urubici (diez mil habitantes) tiene todas las características de la joya desconocida.

Nacido en 1956, Gabriel Da Silva Maia no ha salido nunca de su ciudad natal. Desde su tienda de comestibles, que también cumple las veces de taller de reparación, se distingue en los días despejados la cima del Morro da Igreja (monte de la Iglesia), con una altitud de 1.822 metros. Una vez al año, junto a un grupo de vecinos y amigos, Gabriel emprende su ascenso. En invierno son frecuentes las tempestades de nieve.

Llego a Urubici una tarde de diciembre. Sentado en una silla de hierro en medio del patio, el dueño del lugar dobla el periódico y se levanta rápidamente para estrecharme la mano. De cincuenta y cuatro años de edad, todos los que lo conocen lo describen como un hombre con una amabilidad exquisita, siempre dispuesto a recibir a nuevos visitantes y a contarles «su» historia, la que le ha convertido en una leyenda local.

Presidida por un curioso número 3 esculpido en bronce, su tienda contiene una desconcertante mezcolanza de comestibles y chismes de todo tipo. «¡No busque más!», aconseja orgullosamente un cartel en la entrada. Dentro, las estanterías se hunden bajo una acumulación de latas de conserva, matrículas, sacos de grano, banderines, botellas de alcohol, coches de colección, bolsitas de especias, mapas locales, paquetes de galletas y otros utensilios de cocina ordenados sin lógica aparente. En el mostrador, al lado de un aparato de radio de los años cincuenta, tres vírgenes de plástico rodean un retrato dedicado del papa Juan Pablo II, así como varias fotos de familia, una medalla enmarcada y la fotografía amarillenta de un joven equipo de fútbol, que Gabriel me señala retorciéndose el bigote.

—Urubici Atlético Clube —anuncia—. 1972. ¿Me reconoce?

Entrecierro los ojos. En el centro de la imagen, un joven jugador de pelo rubio parece focalizar la atención del fotógrafo. Mirando bien, constato que ninguno de sus compañeros de

equipo sonríe.

—Fue dos días después del evento —explica mi anfitrión—. Un momento bastante especial. Dos semanas más tarde, me rompí el tobillo y la vida siguió su curso.

Alzando una cortina de cuentas, desaparece en la trastienda y vuelve con una colección de camisetas de fútbol que extiende en el mostrador. La mayoría están firmadas con rotulador negro.

—Esta es la firma de Zico, cuando jugaba en el Flamengo. Esta otra, la de Sócrates. Y esta es la de Romário, cuando jugaba en el FC Barcelona. Tengo otras muchas, pero en casa. Mi mujer dice que me paso. Pero debo decir que nunca he pedido estas camisetas: todos los jugadores me las han enviado de forma espontánea.

Saca de un cajón un montón de cartas amarillentas sujetas con una goma. Una de ellas está firmada por Telê Santana.

—De esta es de la que más orgulloso me siento. Está fechada en 1992, cuando Telê entrenaba al Sao Paulo FC. Me da las gracias por haberle dado suerte. El Sao Paulo consiguió el título ese mismo año. ¡Mire! —añade agitando un par de entradas numeradas—. Mundial de España de 1982. Telê me había invitado, pero no pude ir porque mi mujer estaba embarazada de nuestro segundo hijo. Una pena. Sobre todo porque iba a gastos pagados. Los billetes de avión deben de estar en alguna parte —sigue rebuscando—. Me hace muy feliz sumirme en los recuerdos —me confía—. Los recuerdos me bastan. Los considero un regalo de Dios.

El sol se ha puesto detrás de las montañas. Deambulando por un laberinto de apacibles callejuelas, bajamos al estadio local. En el campo, delante de las tribunas desiertas, dos equipos de jugadores jóvenes juegan un partido amistoso. Cuando divisan a Gabriel, todos le dirigen saludos y gestos. Nos sentamos en las gradas. Han pitado una falta; el partido ha continuado.

—Aquí es donde ocurrió —dice Gabriel—. Entonces no había todas estas instalaciones, ni tampoco tribunas y proyectores. En conjunto, nada ha cambiado demasiado. ¿Ha visto la calidad del césped? Está perfecto gracias a la lluvia.

Durante unos minutos seguimos el partido, y después Gabriel retoma su monólogo:

—Fue en 1972. Yo tenía dieciséis años y, como todo el mundo, soñaba con jugar en un equipo profesional. Sin embargo, en esa época yo ya sabía que no lo conseguiría jamás. Era un defensa honrado, sin más, y dentro del equipo había jugadores mucho más talentosos que yo. Nuestro entrenador se llamaba Paulo Mendes, pero nosotros le llamábamos Paulito. Era un hombrecillo cáustico que masticaba constantemente el mismo chicle. Yo estaba muy enamorado de su hija, Beatriz. Como todos.

En el campo, el árbitro silba el final del partido. Los jugadores bajan al vestuario. Algunos corren a nuestro encuentro. Gabriel baja a hablar con ellos. El crepúsculo se despliega en tonos pastel. Los jugadores se dispersan. Mi anfitrión, que se ha quedado solo en el campo de juego, me hace señas para que me reúna con él. Lo encuentro junto al círculo central. Inspeccionando el césped, vuelve sobre sus pasos como si hubiera perdido algo. Camina hacia atrás y luego se detiene a la entrada del área, delante del semicírculo. Con las manos en las caderas, posa su mirada en mí.

—Nadie sabe cuándo sucedió exactamente —declara—. Entre el minuto veinte y el veinticinco, eso es.

Finge un chute al ralentí.

—Se acercaba el final de la temporada. Jugábamos contra Sao Joaquim e íbamos 0-0. Yo acababa de recuperar el balón; había que relanzar un ataque. Creo que quise hacer un pase a uno de nuestros delanteros, pero seguramente fue más complicado que todo eso. El portero contrario se había adelantado. Yo, simplemente, chuté. La pelota describió una curva perfecta y fue a alojarse en la escuadra derecha de la portería contraria. Para ser honesto, ni siquiera lo vi: ya me había dado la vuelta. Cuando oí el clamor fue cuando comprendí lo que había ocurrido. Mis compañeros corrían hacia mí riendo. Me rodearon por todas partes. Acababa de marcar un gol a más de noventa y cinco metros de distancia.

Silencio. Preguntar a Gabriel lo que pensó después de esa hazaña tan rotunda parece superfluo, ya que la respuesta es evidente: nada. Nada en especial.

—El partido continuó —prosigue—. Estábamos bajo el fuerte dominio del contrario y yo debía hacer un trabajo duro en la defensa, sobre todo porque nuestro libero había salido unos minutos antes por lesión. Nuestros adversarios contaban con un extremo muy activo que me daba grandes problemas. En dos o tres ocasiones, yo había hecho una entrada rozando el juego sucio. Y luego, cerca del minuto treinta, recommenzó —se desplaza hacia la izquierda, muestra los goles contrarios—. Creo que reflexioné todavía menos que la primera vez. Yo conducía el balón, solo en el carril, y mis compañeros de equipo más cercanos estaban marcados. Entonces chuté con todas mis fuerzas. El portero tenía problemas con sus posiciones, es cierto. Pero eso no era una vaselina. Era un disparo en parábola. El balón pasó justo debajo del larguero, el portero lo tocó. Íbamos 2-0. Mis compañeros se acercaron; me abrazaron con una suerte de timidez estupefacta.

Regresa hacia mí y se vuelve a colocar en su posición inicial, delante del semicírculo del área.

—Para el tercero, yo estaba más adelantado. Diré que marqué desde noventa metros de distancia. Después, unas personas intentaron medirlo. Lo que está claro es que no pasaron más de dos minutos entre el segundo gol y el tercero. Y que esta vez tuve la impresión de saber exactamente lo que hacía. El balón rebotó antes del área. El portero tropezó al recular. Gol.

Atravesamos el campo hasta los postes contrarios. Con las manos en los bolsillos, Gabriel guiña los ojos. La oscuridad invade el césped, el viento es más fresco.

—En el descanso, me quedé solo en los vestuarios. La primera reacción que mi triplete suscitó en mis compañeros fue de miedo. Para algunos no se ha disipado nunca del todo.

Gabriel se apoya en un poste.

—El partido continuó. Todos esperaban que yo volviera a realizar algo extraordinario. Pero no fue así. Lo único que hice durante los cuarenta y cinco minutos restantes fue defender, y además bastante mal. Nuestros adversarios empataron 3-3 y estuvieron un montón de veces a punto de meter el gol definitivo —estornuda, saca un pañuelo—. El silbato final alivió a todo el mundo. Regresé a casa como si nada hubiera pasado. Quería pensar que la cosa no iría más allá. Era utópico, claro. A la mañana siguiente, una multitud nada habitual asistió al entrenamiento. Solo se hablaba de eso en la ciudad. Un periodista local me hizo algunas preguntas, y también a Paulito. Nadie podía ignorar lo que había pasado: una treintena de testigos habían asistido a la escena. ¿Que cómo me lo tomé? Esa fue otra historia.

»Ese mediodía, nuestro entrenador me invitó a almorzar. En los postres, puso su mano sobre

la mía. “Lo que has hecho es único. En toda la historia del fútbol, ningún jugador ha marcado tres goles parecidos en un mismo partido. Ni aquí ni en ningún otro sitio. ¿Comprendes lo que te digo?”. Asentí con la cabeza y me dio unas palmaditas en la mejilla.

Vamos a la tienda de comestibles. Por el camino nos cruzamos con un joven en una motocicleta que deja caer su mano. Gabriel Da Silva se la choca y el vehículo continúa su camino. Después del día de su hazaña, mi anfitrión goza a los ojos de los habitantes de Urubici de un estatus muy especial.

—Dos semanas después del partido, me rompí el tobillo en una excursión, lo cual acabó con mis escasas esperanzas profesionales. Pero antes de eso ocurrieron muchas cosas. El artículo aparecido en el periódico local fue reproducido por muchos medios de comunicación nacionales; vino a visitarnos un equipo de radio y también la televisión. La gente me hacía preguntas sobre mi futuro, sobre mis proyectos. Era excesivo y, al mismo tiempo, muy divertido. Lo que no tuvo tanta gracia fue que algunos jugadores me cogieron ojeriza. Mi triplete, evidentemente, les planteaba un problema. Hoy me pongo en su lugar. Vivíamos en una pequeña ciudad sin historia y yo era un joven jugador mediocre, por añadidura defensa: todo ese circo no tenía sentido. Han pasado casi cuarenta años y sigo sintiéndome incapaz de elaborar una explicación. Mi hijo mayor, que hace cálculos matemáticos, afirma que todo es posible en este mundo, y que lo que algunos llaman «milagro» solo es, en definitiva, un acontecimiento con una probabilidad mínima. Basándose en las estadísticas de varios miles de partidos en todo el mundo, ha tratado de calcular las posibilidades de que alguien consiga un triplete como el mío: una entre dos mil millones. Yo y las cifras...

Delante de la tienda de Gabriel Da Silva nos encontramos con su mujer, que ha venido a esperarnos con dos de sus hijos.

Mi anfitrión hace las presentaciones: Beatriz Mendes, sesenta y dos años, es la hija del entrenador Paulito, hoy fallecido.

Mientras su esposo entrena a los niños un poco más allá, esta morena alta y enérgica me da su versión de los hechos.

—Gabriel sigue creyendo que yo me interesé por él después de los tres goles famosos; por supuesto, es falso. En primer lugar, yo ni siquiera estaba ese día en el estadio. Por otro lado, en ese momento salía con un chico dos años mayor que yo. Hasta pasados dos años no empezamos a flirtear Gabriel y yo. A los dieciséis años, él seguía siendo un chico con acné, y a mí me traía sin cuidado su triplete, lo mismo que mi primer par de medias. Aunque debo reconocer que sin ese triplete nuestra vida habría sido diferente. Menos agitada, sí, pero a mí la agitación no me da miedo.

Gabriel vuelve hacia nosotros sofocado. Acaba de hacer «el avión» para sus hijos, que ahora se agarran a sus piernas. Andrezão Tavares, un amigo de la familia, cruza el patio en pocas zancadas. Trae una botella de su bodega. En el jardín hay una mesa puesta. Beatriz coloca las sillas. Los niños se han ido a jugar.

Tras llenar nuestras copas, Andrezão propone alegremente un brindis.

—¡Por nuestro campeón!

Su amigo sonrío de forma cansada. Intuyo que a veces debe de estar harto de ser el

protagonista de una historia tan breve y tan antigua. Una vida no podría resumirse en tres goles. Lentamente, un manto negro se expande por el valle. Su amigo se agita.

—¿Le has hablado de Telê Santana?

Telê Santana es uno de los entrenadores de fútbol más grandes de la historia de Brasil. En 1971 regaló su primer título al Atlético Mineiro.

—Telê vino a visitarme un mes después del partido —recuerda Gabriel—. Me quedé muy sorprendido. Lo que él no sabía, porque nadie se lo había advertido, es que yo tenía el tobillo enyesado. ¡Imagine mi frustración! Pero él estuvo formidable. Muy paternal.

Balbuceé algunas palabras, hablamos de mis goles, me dijo que le escribiera si volvía a jugar, si ocurrían otras cosas increíbles en mi vida. Sorprendentemente, al menos desde mi punto de vista, hemos seguido en contacto. Sin embargo, debió de comprender enseguida que yo nunca llegaría a ser un profesional. Supongo que le daba igual.

Beatriz se levanta, se despide por un rato: debe llevar a los niños a casa de su madre y preparar la comida para nosotros.

Andrezão, muy voluble, apenas se da cuenta de su marcha. Tiene miles de anécdotas para contar. Es evidente que la gloria pasada de su amigo ha seguido muy presente en su ánimo.

—¿Le has contado la llamada de teléfono de Pelé? ¿Y la vez que ese monje budista vino a verte? ¿Y la gente que te pedía la bendición? ¡Y no solo eran brasileños! ¿Le has hablado de los japoneses que te fotografiaron? ¡Maldita sea! Si hubiera sido hoy, el vídeo estaría en internet y tú serías famoso en todo el mundo.

Gabriel se encoge de hombros. Es de suponer que el destino se equivocó de objetivo al concederle esos veinte minutos de gracia futbolística.

—¿La fama? Tuve la suerte de conversar con la mayoría de mis ídolos, seguía en contacto con algunos de ellos, me casé con una mujer fantástica, tengo una descendencia numerosa y todo el mundo que me rodea se encuentra muy bien de salud. ¿Qué habría hecho con la fama? Esos tres goles son el detalle que pone de relieve todo lo demás.

Un murciélago revolotea en la oscuridad de la noche. Gabriel se estira y me hace un guiño.

—Aquí la vida es muy agradable. Si la gente quiere pensar que Dios me regaló ese triplete, ¿quién soy yo para contradecirla? Yo lo único que sé es que antes era creyente, y que ese partido no cambió en nada las cosas.

Andrezão da un golpe con su copa en la mesa, señalando a su amigo.

—Así y todo, este tipo da buena suerte.

El interesado vuelve a sonreír.

—Tampoco puedo impedir que la gente lo crea —señala el 3 de bronce colocado encima de su tienda—. El alcalde de la ciudad encargó esta obra maestra cuando yo me encontraba en el hospital por el tobillo. Una pena, ¿verdad? Cuando algunos turistas que no me conocen me preguntan qué significa este número, les contesto que mis tres hijos —se levanta y se alisa su bonito bigote—. ¿Y por qué no?

A las diez en punto de la mañana siguiente, voy en busca de nuestro anfitrión para

despedirme de él. Alguien dice que está en el estadio. En efecto, lo distingo en el césped jugando un partido con unos niños. Viéndolo correr y divertirse así, uno le echaría quince años. Dentro de unos días cumplirá cincuenta y cuatro.

Esa mañana, fiel a sí mismo, ocupa el puesto de defensa, robando alegremente el balón de los pies a los jóvenes pero demasiado fogosos atacantes, que afluyen sobre él en oleadas regulares. De vez en cuando, en los alrededores de su área, Gabriel Da Silva Maia se marca un drible y luego, alzando la cabeza, observa la portería rival con perplejidad.

Parece dispuesto a chutar y meter un gol. Podría hacerlo.

No lo hace.

BELLEZA EN LA MIRADA DEL ESPECTADOR

Alamanda Thompson dejó su madre patria tras la muerte de Elizabeth Angela Marguerite Bowes-Lyon, hace algunos años. Aparentemente, lo hizo sin la menor tristeza: la venta de su casa de campo de Dorset, unida a sus muy sustanciosos ahorros, le permitió comprar a precio de costo una suntuosa y secreta villa en Colombo, Sri Lanka, en el barrio residencial de Vihara Maha Devi Park, al que, como buena inglesa nostálgica, sigue llamando Cinnamon Gardens.

Es aquí, en una tarde de primavera, donde me acoge o finge acogerme, entre sus viejos muebles coloniales y sus retratos de cuerpo entero con marcos dorados.

—Mi familia vivió en tiempos en este lugar. Mi padre era diplomático. Pasé mi infancia en esta villa, años despreocupados. Ahora vivo sola con mis recuerdos, y así es como debe ser. ¿Ve este secreter de palisandro? Es un regalo de la reina madre. ¡Ah, el pasado! Sin embargo, la idea de morir bajo este sol no me desagrada en absoluto.

Sentada en el porche, con un conejo blanco sobre las rodillas, la anciana sueña despierta con voz áspera mientras se balancea en su lujosa mecedora, que emite crujidos de aprobación.

Al igual que sus vecinas, la villa de *miss* Thompson está protegida por una impresionante tapia. Aquí todo es tranquilo y secreto.

Unos buitres bonachones deambulan por el césped buscando la sombra de una buganvilla. La anciana esboza un gesto.

—Le presento a Albert y Maurice. Dos fanfarrones. No me pregunté de dónde vienen ni por qué se han instalado aquí. Por lo que sé, se alimentan de ratas. O de los restos de mis visitantes.

Con las manos apoyadas en las rodillas, atenta siempre, desconfiada a veces, Alamanda Thompson —a la que un periodista del *Times* bautizó en su día «la maga»— me interroga con una tenacidad tranquila. Hablamos de mi libro, de mis encuentros, de los viajes que me quedan por hacer. Trato sin cesar de volver a ella, a su obra. Me interrumpe secamente.

—¿Por qué no abrir los ojos, joven? Yo soy mucho menos interesante que todas esas eminencias con las que usted me deleita.

Confundido, trato de convencerla de lo contrario.

—Usted ha tenido una vida fascinante —le digo—. Me gustaría que me hablara de ella.

Cerrando los ojos, finge el sueño o la muerte.

—Mi fascinante vida —replica de repente— está ya muy lejos. Por cierto, ¿cómo me ha encontrado?

—¿Perdón?

—A través de qué cauces. ¿Ha llevado a cabo una investigación?

—¡Oh, no! Por un artículo del periódico, solo eso. Entrevistaban a un actor que hablaba de usted.

—Vaya, vaya.

—¿Quiere saber quién es?

—En absoluto. Me da exactamente igual.

Sin salir de mi asombro, observo su perfil. *Miss* Thompson, me ha prevenido el autor de una enciclopedia del té que dice conocerla, es un personaje imprevisible, con un trato enormemente complejo. «Hay que hacer caso omiso —ha añadido—. Con un poco de suerte, y si usted no le pregunta nada, le dará a probar su brebaje. El más raro. Pero, sobre todo, no se lo mencione. Es un privilegio que me fue concedido una vez, hace años, y créame, es inolvidable».

Alamanda Thompson, que acaba de festejar su ochenta cumpleaños, es conocida por haber creado el mejor té del mundo.

La reina madre fue clienta suya. El príncipe Carlos también, y Elton John, y Hugh Grant, y la mitad de la farándula inglesa y, por supuesto, una parte no insignificante de la vieja aristocracia londinense. El nombre de dicho néctar es «Beauty», sin más. Que yo sepa, y todas las personas a quienes he preguntado me lo han confirmado, la producción se ha suspendido definitivamente.

—Me he jubilado —me confirma la interesada—. Ya era hora. La reina madre me daba palmaditas en la mano en los salones de Buckingham y me decía: «¡No se atreva a morir antes que yo, malvada diablesa!». Únicamente le gustaba un té, el mío, por razones que se me escapan. Vieja arpía obstinada. Era una mujer de armas tomar.

—¿Cómo la conoció?

—Vino a buscarme ella misma, ¿qué se cree? Yo tenía una tienda en el Dorset, y el negocio marchaba bastante bien. Se supone que mi relativa fama llegó a oídos de su graciosa majestad. Era en 1967, en el mes de junio.

Soltera por elección y solitaria empedernida, Alamanda Thompson posee una memoria impresionante. Se diría que sus años al servicio de la reina madre los vivió ayer.

—Mis costumbres son prácticamente las mismas desde 1967. Querían que me instalara en Londres; me negué. Tenía una clientela fiel, ¿por qué separarme de ella? Y además estaba muy encariñada con mi campo. Los taxis, las tiendas, los *pubs* abarrotados... no me llamaban nada la atención. La reina madre puso un coche a mi disposición: un Rolls Royce con chófer. Era lo mejor. La tranquilidad por encima de todo. ¿Se da cuenta de que aquí no se oye nada, de la calidad de este silencio?

Alza un dedo, severa. Es el momento que elige uno de los buitres para emitir un graznido estrangulado. La anciana señora le fulmina con la mirada.

—¡Maurice —exclama enojada—, deja de hacer payasadas!

Despide con un gesto al impertinente.

—Será cretino... Le encanta hacerse el interesante.

Desplegando las alas, el ave desaparece por detrás de un arbusto.

—La tranquilidad —repite la anciana dos minutos después de que el buitre haya desaparecido

—. La tranquilidad es lo único que importa. ¿Sabe usted algo del arte del té?

Me desabotono nervioso el cuello de la camisa. Un calor asfixiante se ha abatido sobre Colombo. Me siento pegajoso, sin aire. Susurro un tímido «nada».

No soy un amante del té. Lo poco que sé lo he aprendido antes de venir aquí, para no parecer demasiado ignorante.

El té, como su propio nombre indica, se obtiene por infusión de las hojas del árbol del té (arbusto originario del Extremo Oriente, del que se distinguen tres especies) secadas primero y oxidadas, por lo general, a continuación. De origen chino, hoy es la bebida más consumida en todo el mundo después del agua. La recolección de las hojas se efectúa idealmente a mano; Sri Lanka, anteriormente conocido como Ceilán, es uno de sus mayores productores.

Pasan las horas lánguidas, melosas. Alamanda habla con medias palabras, se interrumpe sin razón, abre libros, me muestra fotografías antiguas y una colección de cajas de metal.

Las hojas más jóvenes, de color verde claro, son las más ricas en cafeína y en tanino, las que proporcionan la bebida más refinada. En el extremo de las ramas hay una yema recubierta de una pelusa blanquecina, el *pekoe* (término chino que significa «pelusa blanca»), que no es otra cosa que el joven brote enrollado sobre sí mismo. Esta yema es particularmente escasa. A medida que se acercan al extremo de la rama, las hojas son más anchas y la bebida menos sabrosa. Por esa razón, se efectúan varias clases de recolecciones, siguiendo las normas de la calidad deseada. En la recolección llamada «imperial» se recoge el *pekoe* más una hoja; en la recolección llamada «fina», el *pekoe* más dos hojas; en la recolección «normal», el *pekoe* y tres o más hojas.

—Las diferentes clases de tés, contrariamente a lo que durante mucho tiempo han pensado los occidentales, no provienen de diferentes especies de árbol del té, sino que se obtienen tratando las hojas de forma diferente. Si las operaciones elementales son fáciles de escribir, los métodos concretos de recolección y de tratamiento son unos secretos celosamente guardados.

—Y usted posee uno de esos secretos.

—Yo comercializaba todos los tipos de tés, que obtenía con los productores locales más expertos. Pero enseguida me especialicé en los tés amarillos.

—Los tés amarillos...

—No tienen nada que ver con los verdes, blancos, rojos y negros, fermentados o semioxidados después —dice con un suspiro— y asociados a métodos de fabricación específicos. Los tés amarillos procedentes de China son los más finos y raros. Sufren una ligera fermentación y sus hojas son dejadas de lado: solo se utiliza el *pekoe*. Después de la torrefacción y el enrollado, las hojas cubiertas de una tela húmeda son conservadas en montoncitos durante más de veinte horas con un grado de humedad comprendido entre el ochenta y el noventa por ciento. Permanecen así hasta la oxidación, y luego son sometidas a una breve desecación.

Agito las manos reconociendo mi derrota.

—Me abruma con todos esos términos técnicos.

—Son solo palabras. La esencia del sortilegio permanece fuera del alcance. Los secretos no se

cuentan: se viven.

Cada seis meses, y durante cerca de treinta y cinco años, Alamanda Thompson viaja personalmente a China, a un lugar cuyo nombre se niega a divulgar.

—Estoy en guardia —se justifica—: no le conozco a usted. ¿Quién me dice que no trabaja para uno de esos horribles consorcios deseosos de envenenar el mundo a base de un vulgar té en bolsitas? Uf. De acuerdo, de acuerdo. Digamos que me equivoco. Da igual. Esa información no le serviría de nada.

—A propósito del té Beauty...

—Yo siempre consideré como hermanas a las cultivadoras con las que trabajaba. Eran dos. Una de ellas ha muerto; a la otra no le falta de nada, puedo asegurárselo. Esas mujeres producían un té único: una obra de amor, soledad y pasión. La luna ejercía su influencia, y también el brillo particular del día. Protegí a mis amigas. Unos empresarios sin escrúpulos esperaban a nuestra puerta. Nunca entraron. Desconfío de todo el mundo por principio.

—*Miss Thompson* —le digo, tratando de ignorar sus desagradables alusiones—, ¿el té Beauty sigue existiendo hoy?

—Oficialmente no. Vamos, levántese. Venga a emocionarse.

Apoyándose en su bastón, la anciana me conduce a la cocina, donde trajina una criada. Con un chasquido de dedos, le ordena que salga. La joven obedece.

Mi anfitriona espera a que el eco de sus pasos se desvanezca para abrir el armario central, que contiene una caja fuerte con cerradura digital.

—¿Tendría usted la amabilidad de mirar hacia otro lado?

Miro hacia otro lado hasta que marca el código. La puerta blindada se abre. Alamanda saca de la caja una olla de hierro y la coloca sobre la encimera. La abre frunciendo el ceño y saca de ella otra más pequeña, que destapa a su vez.

—Acérquese.

Doy un paso adelante y huelo la mezcla.

—Prefiero prevenirle —sisea la anciana—. No se enterará de nada más. Incluso la nariz más experimentada tardaría años en apreciar el valor de este aroma. Creo que usted me gusta. Es tan idiota... Para su información: el kilo de este té cuesta lo mismo que un kilo de oro. La planta crece en una parcela insignificante. Un suelo único, un viento único, un sol incomparable.

—Me han hablado también de la preparación. Le confieso que se trata de otro aspecto que desconozco.

Frunce el ceño y cierra la olla.

—La preparación es una etapa esencial, en efecto. A mis mejores clientes les daba los consejos pertinentes. A los demás les dejaba que se las arreglaran solos.

Da unos golpecitos en la tapa del recipiente y vuelve a guardarlo en la caja fuerte.

—El éxito depende en parte de la calidad del agua y de su temperatura, y también del tiempo de infusión. Siempre es preferible hacer pequeñas cantidades: lo ideal son diez centilitros. También hay que prestar atención al material de la tetera, a la mineralidad del agua y a otra serie de parámetros cuya enumeración le ahorro. En lo que a mí respecta, utilizo un *gaiwan*, una taza china de poca capacidad con unas cualidades térmicas fuera de lo común. El té amarillo es

especialmente frágil, y el Beauty es el más mortal que existe: es importante no quemarlo. Por otra parte, utilizo un agua con PH 7 sin silicio, pobre en potasio y, en menor grado, en sodio.

Rituales, murmullos de alcoba, alambiques... El tipo del *Times* tenía razón: *miss* Thompson es una adepta de las artes oscuras.

Más tarde, mientras regresamos a la terraza para ver a los buitres lucirse en la fastuosidad de la noche, la anciana resopla.

—¿Cuándo se marcha?

La miro sorprendido.

—Lo hablamos por teléfono. Yo pensaba...

—Ah, sí. Mañana.

Asiento con la cabeza, ligeramente tranquilizado. *Miss* Thompson cruza los brazos, se balancea más fuerte y ríe de forma perversa.

—En mi casa no hay nada amable —acaba diciendo—. Solo he vivido para este té. La belleza. La pureza. El té es la meditación, el tiempo liberado, la comprensión dulce de la muerte. Es un arte que creo dominar, a cierto nivel. La reina madre me lo repetía: «Los soberanos van y vienen. Lo mismo que las guerras, las crisis y las revoluciones. Pero la belleza permanece. La gracia. Su té». Ella fue quien le puso nombre a la mezcla. Sí, de alguna manera me lo impuso. Probablemente pensaba que su final estaba próximo. ¿A qué hora calcula que se irá?

—Le confieso que...

—A las seis de la mañana.

—¿Le parece bien esa hora?

—He pedido que llamen a un taxi. Vendrá a las seis. Levántese a las cinco, dese una ducha helada, disfrute de la penumbra y luego venga aquí, a la mecedora donde *estoy* sentada.

—Bien. De acuerdo.

Pretextando una migraña galopante, la anciana me deja en la incertidumbre. Un coloso de rostro impenetrable, el hombre que me recibió al llegar, la acompaña por el pasillo. Me informan de que me servirán una cena en mi habitación dentro de media hora. Está claro que la entrevista con *miss* Thompson ha finalizado.

Me levanto a mi vez.

—Me faltan una o dos preguntas por hacerle...

—No tengo nada que añadir —murmura la anciana mientras cojea hacia la escalera central—. Hable con mi secretario para los detalles.

Me dejo caer en mi taburete, frustrado. En medio del parque, el buitre Maurice parece descubrir su envergadura. Al verme, bate las alas y emite un cloqueo.

La noche no es demasiado agradable. Demasiado cálida, demasiado húmeda, llena de murmullos y de crujidos. Toda la villa gime.

Mis sueños se mezclan con las tinieblas. Me siento oprimido, irritado. ¿Por qué he venido hasta aquí? Los secretos no se revelan.

¿En qué ocupa *miss* Thompson sus días? ¿Se puede seguir comprando té aquí? Al acabar la

cena he tratado de hacer al secretario de *miss* Thompson las preguntas que han quedado sin respuesta. Pero él se ha limitado a retirarme el plato.

Son las cinco. Obedeciendo órdenes, me levanto y me doy una ducha helada. Después voy descalzo a la terraza.

El amanecer se prolonga, lleno de frescor. Los buitres han desaparecido. En una mesita baja de teca que no estaba ayer me espera una taza humeante. Miro alrededor antes de sentarme. La brisa mueve una cortina blanca. No hay nadie aparte de este fantasma. Me llevo la taza a los labios. Aromas de jazmín y viento de altura...

Cierro los ojos.

Cuando los vuelvo a abrir estoy tendido en medio del jardín, y los dos buitres se pasean a mi lado como si hubieran decidido esperar un momento antes de atacar mi cadáver. Me reincorporo con el corazón acelerado. La hierba está empapada de rocío, mis mejillas también están mojadas y mis párpados hinchados. Extiendo mis manos, las examino. Tiemblan, y soy incapaz de comprender por qué.

—El taxi le espera.

Me vuelvo. El secretario de *miss* Thompson está de pie detrás de mí. Me tiende la mano y me señala un vehículo.

—Gracias —le digo con una voz tan estrangulada que no la reconozco.

El hombre me da un pañuelo. Me seco las lágrimas.

—He visto el día de mi muerte —digo para mi sorpresa.

—Lo sé.

—¿Lo sabe?

Cruzamos el jardín. Alzo los ojos. Allá arriba, al otro lado de la ventana, una sombra me observa, estoy seguro.

Hablo y hablo, y ya no puedo parar. Como perlas sin valor, las palabras brotan de mis labios, ruedan y se mezclan a mis pies.

—Ese té —digo—. ¿Cómo podía yo saber que...? No es «excepcionalmente» bueno. Bueno no es la, mmm..., la palabra. Pero sí excepcionalmente fuerte y magníficamente intenso. Esos adverbios. La mano de un gigante me ha asido. El irresistible remolque. Me ha levantado del suelo, inspeccionado, molido, lanzado de nuevo al suelo. He visto mi muerte en el blanco de los ojos. La señora muerte, sin mayúscula. Las circunstancias, la fecha, hasta los detalles más oscuros. La sangre helada en mi corazón. Ahora me parece haber olvidado lo esencial. Mierda. Maldita sea. Perdóneme. No sé por qué le cuento esto. Ese té. Ese té delirante.

En mi brazo, la presa del secretario se reafirma.

—Trate de tranquilizarse —dice—. Los efectos no tardarán en disiparse.

—Nunca más volveré a probar algo así.

—No.

Nos detenemos al llegar a la verja. Me paso la lengua por los labios. El sabor está ahí, se atenúa, se disolverá enseguida. Y las lágrimas vuelven.

—¿Desde... cuándo trabaja usted al servicio de esta mujer?

El hombre permanece mudo.

—No le gusto demasiado, ¿verdad? Ha querido hacerme daño.

El secretario abre la verja al acercarse mi taxi.

—Se equivoca —me responde—. Ella le ha observado. Ha reflexionado sobre usted, ha sopesado los pros y los contras. ¿Por qué cree que le ha preguntado acerca de su trabajo? Le ha considerado digno, puede felicitarse a sí mismo. Digno de saborear la belleza del mundo, dispuesto a arriesgarse. Eso no tiene nada que ver con el hecho de que usted le guste o no. *Miss Thompson* no razona en esos términos.

—¿Usted ha probado ya ese té?

En su rostro aparece una sombra de sonrisa.

—Yo no soy demasiado aventurero. No soy la reina madre, no busco respuestas, y tengo responsabilidades. Cuentan conmigo para esta villa. ¿La belleza? ¿Y por qué no la muerte? No —dice con una pizca de satisfacción narcisista—, *miss Thompson* debe de considerarme demasiado joven para intentar la experiencia, o no lo bastante torturado. Pero no se lo tome a mal. Cada uno es como es.

SI ES NECESARIO, DESENCADENAREMOS LA TERCERA GUERRA MUNDIAL

Heinrich Mazdorf I es un monarca influyente; al menos, así es como se presenta.

—Yo me trato de igual a igual con los grandes de este mundo —afirma—. Ellos, por supuesto, evitan admitirlo en público. Pero todos me conocen, y yo a ellos.

En el momento en que me dispongo a cruzar la frontera, Heinrich levanta la mano.

—¡Alto! ¿Tiene sus papeles en regla?

Le muestro un pasaporte. Extiende la mano.

—Enséñeme ese chisme. Y quédese donde está, por favor. El Ministerio de Inmigración estudiará su solicitud.

Pasa las páginas, examina mi foto, regresa varias veces, escruta mi rostro.

—Hum. Menos de cinco años, de acuerdo. Parece estar en regla. ¿Dispone usted del formulario R 511?

Niego con la cabeza.

—No. Lo siento.

—Se encuentra en internet.

—Lo sé. Pero la página ya no está accesible.

—¡Maldita sea!

Me arroja el pasaporte a los pies, se vuelve hacia una de sus bolsas y saca de ella un cuaderno de espiral cuyas páginas hojea con el dedo húmedo antes de sacar un bolígrafo del bolsillo de su chaqueta.

—Nos veremos obligados a proceder manualmente —me explica—. Es más pesado, pero tranquilícese: se dará curso a su solicitud lo antes posible. Veamos... Nombre, apellido, ya los tengo. Fecha de nacimiento, también. ¿Duración de la estancia?

—No lo sé. Una hora, creo, o dos.

—¿Una o dos? Sea exacto.

—Dos.

—Perfecto. Motivo de la estancia. ¿Vacaciones? ¿Profesional? ¿Otro?

—Otro.

—¿Y qué más?

—He venido para entrevistarle a usted —le contesto.

—Pongamos entonces «audiencia real». ¿Lugar de residencia deseado?

Me acaricio la barbilla. Su majestad Heinrich Mazdorf I ha decidido vivir en el banco de piedra del Jardín Inglés de Múnich, en un ancho banco semicircular situado en el emplazamiento de un antiguo templo de Apolo, y en cuyo respaldo se encuentra grabada la inscripción *Hier wo Ihr wallet, da war sonst nur Wald und Sumpf* («aquí donde moráis había nada más que bosque y ciénaga»).

Los dos escalones por los que se accede al edificio están cubiertos de hojas secas. A lo largo del monumento, sobre un cartón, el monarca ha extendido un edredón, junto al cual hay amontonadas unas bolsas y un hornillo de gas, una batería de cocina, doce latas de conservas y algunos utensilios de cocina. A los pies de su majestad dormita un joven labrador de pelaje negro.

—¿Lugar de residencia?

Señalo el primer escalón.

—Podría quedarme aquí —contesto—. O más arriba, como guste.

El hombre asiente frunciendo el ceño. A ojo de buen cubero, debe de tener setenta años, pero la poblada barba que le cubre el rostro no facilita el cálculo. Tocado con una boina vasca, calzado con botas de montaña y vestido con un abrigo de piel de cordero abierto sobre una camiseta remendada del Bayern de Múnich, Heinrich Mazdorf es el típico vagabundo viejo y desequilibrado. Sus grandes ojos azules, inyectados en sangre, me observan con insistencia.

—Usted no ha pedido cita. Es una suerte para usted que yo esté disponible. Audiencia concedida, vamos. Puede entrar en el reino.

Con un suspiro de alivio, apoyo un pie en el primer escalón. Acabo de dejar oficialmente Alemania.

Heinrich Mazdorf I se instaló en el Jardín Inglés, el parque principal de Múnich (equivalente al Central Park o a los grandes espacios verdes de Londres y de París), hace más de treinta años. La *Crónica Certificada del Reino de Mazdorf*, del que conserva un ejemplar único —un cuaderno encuadernado en polipiel protegido por unos trozos de cinta adhesiva—, nos hace saber que dicho reino fue fundado en 1981 por decisión unilateral, y que inmediatamente después se redactó una Constitución. Al principio solo contaba con diez artículos y se inspiraba en el modelo americano, salvo que los poderes ejecutivo, legislativo y judicial estaban en manos de un solo hombre: el propio monarca. Desde entonces se han añadido un gran número de enmiendas. Hasta el punto de que el texto original se ha quedado obsoleto. Por ejemplo, el perro «N.º 5» —el que duerme a los pies del banco— se halla investido, al igual que sus predecesores, de un papel consultivo y de un derecho de veto en lo que se refiere al emplazamiento del reino, el cual cambia regularmente. Dicho de otra manera: cuando N.º 5 no está satisfecho del lugar donde duerme, ladra, y Heinrich se traslada.

En cuanto a las leyes del reino, no son muchas, pero sí bastante estrictas: está prohibido tomar fotografías, comer chicle de fresa, sentarse sin haber sido invitado, pronunciar el nombre de un club de fútbol que no sea el Bayern de Múnich, etc. El propio monarca se encarga de su

aplicación; N.º 5 le echa una mano.

Autorizado a tomar asiento al lado de su majestad (un honor reservado a los invitados prestigiosos, y por el cual yo me deshago en agradecimientos), le muestro mi dictáfono digital. Heinrich Mazdorf I lo desdeña.

—Salvo excepción, el uso de aparatos eléctricos y electrónicos está prohibido en el conjunto del territorio. Enmienda 76, artículo 3.

Me abstengo de preguntar a mi anfitrión sobre las condiciones de concesión de la excepción en cuestión.

—¿Puedo tomar notas, en tal caso?

—¿Por qué no? Mientras que no se entregue usted a la difamación... La libertad de prensa y de información está garantizada por nuestra séptima enmienda.

—Perfecto.

Unos amigos bávaros y un periodista de la prensa regional me han transmitido anteriormente algunas informaciones a propósito del rey Heinrich Mazdorf I. El personaje, que se jacta de poseer «el reino más pequeño del mundo», es muy conocido por los muniqueses. Nadie sabe qué profesión ejercía antes de ser rey.

«Hoy —me explica el periodista— vive de lo que él llama el comercio exterior. Dicho en otras palabras, practica la mendicidad. Pero se toma muy en serio los asuntos de Estado».

Seriedad.

Tal vez esta sea la palabra que, desde hace treinta años, mejor define la obra de Heinrich Mazdorf I. «Los que no le conocen bien piensan que lo esencial de su acción compete al folclore —cuenta un amigo—. Un día fue contactado por un galerista berlinés que estaba convencido de que lo suyo era una instalación en tiempo real. El hombre quiso invitarlo a la Feria de Arte Contemporáneo de Bale. Su majestad se lo tomó muy a mal. Para él, esto no es ningún juego. Dedicar dos horas diarias de media a lo que él llama sus “tareas administrativas”. Envía regularmente misivas a jefes de Estado de todo el mundo. Ya ha pedido ingresar en la ONU y en la OTAN y formar parte de la Unión Europea. Ha advertido a las instancias internacionales que, a falta de respuesta, considerará su adhesión como válida, en virtud del principio de “quien calla otorga”. Actualmente está convencido de que es rey y de que la existencia de su reino está reconocida en todas partes».

A las cuatro en punto de la tarde (a las cuatro y media en verano), su majestad Heinrich Mazdorf se entrega al rito de la cena, que consiste, por lo general, en engullir a temperatura ambiente (el infiernillo ya no funciona) el contenido de una lata de conserva, verduras, plato preparado o cualquier otra cosa. N.º 5 está autorizado a lamer los restos. Me entero de que es el único miembro del reino que se beneficia de un salvoconducto permanente que le permite entrar y salir a su antojo. Por el momento, con el hocico apoyado en las hojas secas, no para de roncar.

El rey se limpia la boca con el dorso de la mano. Tiene la barba manchada con unos restos de raviolis: pocas veces he visto a un hombre comer con tanta voracidad. Cuando estoy seguro de que ha terminado, me permito hacerle algunas preguntas sobre la salud financiera del reino y la

situación de su política exterior. Su majestad eructa plácidamente.

—Tenemos muy buenas relaciones con la mayoría de los países occidentales. El presidente norteamericano ha respondido a mi felicitación de Año Nuevo. (Muestra una carta reciente marcada, efectivamente, con el sello federal). Le he propuesto un banquete, una tómbola. Ya veremos. El presidente francés es menos simpático. Las cartas que le dirijo no obtienen contestación. Prefería a su antecesor: cuando la Copa del Mundo de 1998, me envió una camiseta del equipo nacional.

—¿Aún la tiene?

—Por desgracia no. La vendí cuando la crisis financiera de 2001. La tesorería del reino se encontraba en un estado crítico. Un japonés se ofreció a comprármela.

Escupe en el suelo.

Llega un corredor, pasa por delante de nosotros a paso de caracol y luego se marcha desconcertado. De vez en cuando, algunos curiosos aminoran el paso y sacan una cámara de fotos. La jurisdicción del reino no se extiende más allá de las fronteras. Su majestad les exhorta a depositar unos euros en una escudilla de hojalata, en concepto de ayuda internacional. La mayoría obedece.

—Las donaciones son de diferentes importes —me señala Heinrich—, pero su volumen global es importante: el veintiséis por ciento de los recursos de los últimos presupuestos nacionales provienen de ingresos turísticos.

—¿Y el resto?

—Impuestos compasivos: 37%; exportaciones: 24%; prospección financiera: 13%.

Los impuestos compasivos, me ha explicado el periodista (que, a pesar de las reticencias de sus superiores, no renuncia a conseguir que su majestad figure en la guía turística de la que él mismo se encarga), corresponden a los frutos de la mendicidad pasiva de la que Heinrich se ha hecho especialista.

Por exportaciones hay que entender «reventa de objetos abandonados», y por prospección financiera, las monedas y billetes encontrados en la hierba. Todas las mañanas, entre las diez y las doce de la mañana, su majestad sale, en efecto, de su reino. Dentro de su programa está la búsqueda de financiaciones y misiones diplomáticas ante jardineros o fuerzas policiales.

—Soy víctima de incesantes vejaciones y presiones —cuenta Heinrich—. Es el sino de los reinos pequeños. Se me obliga a cambiar de sitio regularmente, incluso a abandonar lisa y llanamente el parque. En este punto nunca he cedido ni cederé jamás. Se lo he comunicado a la cancillería alemana por escrito.

—¿Dónde puede la gente responder a sus, mmm..., cartas?

Se me queda mirando, sinceramente sorprendido.

—A un apartado de correos, ¿adónde si no? También tengo embajadores que no dudan en ir a territorios extranjeros por mí. ¿No tendrá pensado usted ir pronto a Hungría, por un casual? Estoy buscando a alguien para Hungría.

—Lo siento.

—Bah, no es ninguna sorpresa: la política es así. De todos modos, he escrito a Amnistía Internacional y a varias organizaciones humanitarias de la misma índole. Por el momento no ha habido ninguna reacción. Cómo sabe, esa gente sufre presiones en las altas esferas. La tensión internacional está en su punto máximo.

Durante la hora siguiente, me entero de que su majestad ha presentado solicitudes a algunas autoridades internacionales para acuñar su propia moneda, emitir sus propios sellos, izar su propia bandera (hoja de roble verde sobre fondo blanco), disponer de un ejército humano (el único que posee por ahora es una jauría de perros callejeros que parecen haberse encariñado con N.º 5) y recaudar impuestos (pero —él mismo lo reconoce— «tendría que encontrar contribuyentes fiables»). No ha recibido ninguna contestación al respecto. Heinrich no se ofende por ello. El tiempo —declara— juega a su favor. Su gran obsesión es la situación internacional, «atrozmente precaria», en su opinión. Cuando le pregunto en qué se basa para hacer tal aserción, da una patada a su perro. Sobresaltado, N.º 5 levanta las orejas, en alerta.

—¡Vete a paseo! —murmura su soberano.

Vejado, el chucho se aleja cojeando. Solo entonces me doy cuenta de que solo le quedan tres patas.

Su majestad se hurga la nariz indolentemente.

—El clima es tenso, amigo, muy tenso. Y yo le pregunto: ¿quién tiene la culpa? Nosotros tenemos nuestras convicciones; no renunciaremos a ellas. Si es necesario, desencadenaremos la tercera guerra mundial.

—¿Perdón?

—Se lo digo con gran pesar, créame. Lo que sucede es que esos malditos austríacos me sacan de quicio.

Su mirada se endurece. Explora en la maleza.

—¿Los austríacos? ¿Qué han hecho?

Una carcajada sin alegría sale de sus labios.

—¡Querrá decir usted qué no han hecho! En principio, como bien imagina usted, ese tipo de asuntos son secretos de Estado. Pero usted me resulta simpático, y yo abogo por la transparencia: si su libro puede ayudarme a dar a conocer la postura de mi reino con respecto a su poderoso vecino, que así sea.

Repantingado, se restriega los ojos como un bebé.

—Hace dos años envié una carta a la Presidencia Federal Austríaca. Les pedía fondos para levantar un monumento de arrepentimiento nacional aquí mismo, dentro del parque. Me mostré magnánimo: les dejé que fueran ellos los que eligieran el emplazamiento, e incluso el arquitecto.

—¿Arrepentimiento?

—Dentro de cinco segundos me preguntará: «¿Arrepentimiento de qué?».

—Quizá incluso antes.

Aprieta los puños y los alza hacia el cielo.

—Señor, ¡protégenos de la ignorancia!

—Perdóneme, yo...

—No se ofenda. Era un dislate, ni siquiera soy creyente. Pero se dice «su majestad» para dirigirse al rey. Arrepentimiento de qué, se preguntará usted. ¡Despierte, amigo! ¡Hitler nació en Austria! ¡En un pueblo austríaco! ¿Qué más evidencia necesita? ¡Hitler! ¡Adolf Hitler!

—Sí, sé quién es.

—Lo dudo bastante. El caso es que esos señores de las instancias federales austríacas no han

considerado útil acusar recibo. Por lo que he concluido que la ideología nazi les parece bien. Que conste que todavía no se ha decidido nada. Pero si no recibo respuesta alguna en los dos próximos meses, declararé la guerra a Austria y animaré a los demás países a hacer lo mismo. Y también los animaré a seguir mi ejemplo. ¡Quien quiera que me siga!

Ha gritado estas últimas palabras. Está ahí, encorvado en su banco, jadeando como su perro y ajustándose la boina con sus temblorosas manos.

—Si los nazis quieren la guerra —murmura con voz entrecortada—, la tendrán. Poseo legiones de perros sarnosos. Trincheras de hojas secas. A N.º 5 en primera línea. No tiene miedo a nada. Resolución «Cállate la boca». La comunidad internacional me apoyará; al menos, una parte de ella, una parte jugosa y endemoniadamente decidida. Un buen día, también el santo padre responderá a mis advertencias, no sus cardenales, ninguno de sus imbéciles cardenales, sé lo que me digo. ¡Se verá obligado a tomar partido, diantre! Desde Juana de Arco, siempre es igual. A través del juego de alianzas, Rusia se verá obligada a intervenir, y después de ella los Estados Unidos, y China, y todo el bloque europeo. Hago un llamamiento a los herederos de Tolstoi, a los espadachines. ¡Dios mío, ese tipo nos va a organizar unos malditos fuegos artificiales! Da igual. Tengo refugios bajo el lago. Amigos en las altas esferas. ¿Crees que te tengo miedo, Adolf? La gente se disculpará por tu nacimiento; de lo contrario, ¡bum! Estoy dispuesto a alimentarme de setas durante diez años con el fin de ahorrar y de comprar la bomba nuclear que enviará a Austria al centro de la Tierra y transformará a todos esos imbéciles en un montón de cenizas magmáticas. Estoy seguro de que obtendré el apoyo de Japón. Los japoneses me adoran...

Murmura, escupe, se retuerce los dedos. Después se detiene, como un ave en su rama, dispuesto a emprender el vuelo:

—¡Oh, oh! ¡Si pudiera verse la cara! ¡Se lo ha creído! ¡Se ha creído que el rey Heinrich Mazdorg I estaba perdido para la ciencia! ¡Loco, trastornado, con el bulbo raquídeo trepanado! Pobre hombre. ¿Cree que yo estaría capacitado para asumir las más altas funciones de la nación si estuviera físicamente inestable y no fuera apto? Esto es un Estado de Derecho. Con reglas, protecciones y medidas urgentes dispuestas a ponerse en marcha al menor signo de alerta mental. Vamos, ¡pregúntele si eso no es verdad!

N.º 5 regresa hacia nosotros con el rabo entre las patas. Hace un buen rato que he dejado de tomar notas. Sofocado por su pequeña actuación, su majestad mira hacia otro lado. Permanece así durante diez minutos, inmóvil, perdido en algún territorio interior.

Ahora ya sé lo bastante sobre él. Me voy. Dejo el reino en tres pasos. El rey se incorpora.

—¡Espere! —me implora con la mirada—. ¿Conoce usted... gente?

—A decir verdad...

—¿A ministros? ¿Algún futbolista célebre? ¿A patrocinadores? El reino necesita patrocinadores. Ya sabe, la crisis. La concentración masiva de riquezas innobles en manos de un grupo minúsculo. Nosotros somos una monarquía participativa liberal y... comprenda lo que yo represento, a los ojos del cerebro reptiliano: una espina en el talón de la muy hipócrita paz mundial.

—Yo... Reflexionaré sobre ello.

Él asiente, lleno de esperanza. Hago el signo de la paz. ¿Volveré mañana? En la situación actual es preferible no prometer nada.

En el césped del Jardín Inglés, un poco más allá, me aborda un quincuagenario con una chaqueta *prêt-à-porter* y señala con el mentón al monarca.

—¿Ha hablado con usted?

—Sí.

—¿Le ha hablado de la guerra?

—¿De la mundial?

—Sí.

—Es inquietante.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Nadie escucha jamás a la gente humilde. A los poetas. A los iluminados.

—Estoy completamente de acuerdo con usted.

Se rasca la nuca.

—Todos somos países —dice—. Con una capital, el corazón, un presidente, el cerebro, unos partidos políticos, los órganos, unas fronteras, unos monumentos históricos, un pasado y un riesgo de hundimiento. Todos somos países que tenemos fricciones los unos con los otros, y nadie escucha a nadie. La historia está condenada a repetirse, ¿no es eso lo que dicen? Si ese tipo quiere declarar la guerra, entonces, que el cielo nos proteja.

—Él no quiere hacerlo de inmediato. Solo dentro de dos meses.

—Ah, sí, dos meses. Su madre.

—¿Su madre?

—Usted no está al corriente. Dentro de dos meses es el aniversario de la muerte de su madre.

—En efecto, no lo sabía.

Saca una billetera de su chaqueta y extrae de ella una tarjeta.

—Llame a mi hermana, la doctora Schneider. Trabaja para los servicios sociales de la ciudad. Conoce bien a Heinrich. No dude en llamarla por teléfono si su historia le interesa.

—Seguiré su consejo. Gracias.

El hombre se inclina y da media vuelta. Lo veo alejarse por el césped, y después me voy a mi vez.

La imagen del monarca me persigue: solo en su banco, presa de sus demonios y de sus sueños de grandeza. «Mi jefe no quiere que nos detengamos en su caso», me explicaba el periodista ayer, porque a sus ojos es un pobre loco como otros miles. No entiende que precisamente esos «pobres locos» ocultan tesoros y verdades para la pobre gente normal como nosotros.

—No está loco —acredita la doctora Schneider al día siguiente por teléfono, después de haber bosquejado para ella las grandes líneas de mi proyecto—. El término «loco» no significa nada en medicina. Es maníaco depresivo y lo sabe perfectamente. Es un hombre dotado de una inteligencia extraordinaria.

—Esa es la impresión que da, en cualquier caso. Su hermano me ha hablado de su madre. De la muerte de su madre.

—Sí. El gran asunto de su existencia.

—¿Y qué más?

Silencio al otro lado de la línea.

—Podría invocar el secreto médico. Lo haría con cualquier otro. Pero Heinrich «desea» que se cuente su historia. A él le es muy difícil formularla, ha tardado varios años en hacerlo conmigo. Con los demás utiliza el enfado, el humor, la tristeza, la bravuconería, todo lo que tiene a su alcance. Vamos, le haré ganar tiempo.

Le doy las gracias.

De pronto se lanza, como si cruzara un vado.

—La madre de Heinrich Mazdorf I era judía polaca; en 1941, a los veinticinco años de edad, un amigo de su padre la salvó de ser deportada. Los demás miembros de su familia no tuvieron esa suerte: sus padres, sus dos hermanos, su abuela, su tío, su tía, sus tres primos y su prima de dos años murieron en Treblinka. Heinrich nació poco tiempo después de la guerra, de padre desconocido. Su madre lo veneraba casi en el sentido literal del término: le llamaba «mi reyecito». El día que él cumplió cinco años, ella se quitó la vida en su habitación clavándose un cuchillo en el vientre. Dejó una carta para él: «No dejes que nadie se acerque a este país que he construido para ti, no dejes que nadie se ocupe de él en tu lugar. Lo eres todo para mí, nunca lo olvides. Protégete. Protégenos».

Carraspea.

—Se diría que se tomó la conminación al pie de la letra.

—¿Lo entiende mejor? Para él es un asunto sentimental. Un refugio, un recuerdo, un santuario. Hace algún tiempo, recibió una *carta* del Vaticano. Supongo que no le ha contado nada de eso. Un documento asombrosamente formal, con un tono de disculpa: «Muy a nuestro pesar, nos vemos forzados a constatar que su reino no se encuentra incluido en la lista de Estados soberanos establecida según la convención de Montevideo». Sorprendente, ¿no? Al final estaba esta cita de John Dos Passos, que me pareció increíblemente apropiada: «Puedes arrancar al hombre de un país, pero no puedes arrancar el país del corazón del hombre». Su corazón, su país y su cuerpo: «Heinrich solo tiene eso. Él es la capital y el rey sin súbditos de un país insignificante, pero las fronteras que ha trazado son fronteras sagradas. Él se ofende fácilmente y se preocupa con más facilidad todavía. Yo no creo que llegue al conflicto abierto, aunque no sé lo que eso puede significar a sus ojos. Si cuenta con volver a verlo, llévele unos merengues: le encantan y, por regla general, con eso basta para evitar la tercera guerra mundial».

SIEMPRE EN LA LUNA

Se llama Suzanne, acaba de cumplir ciento tres años y ya no habla, o solo musitando. Por ese motivo es su nieto Andrew, de treinta y seis años, quien me recibe en la vieja mansión familiar de Sainte-Marthe-sur-le-Lac, en rue Bellerive, no lejos de Montreal. Desplegado frente al río Ottawa, que más allá se une con el río San Lorenzo, el barrio es un remanso de paz.

Sentados en unas sillas de hierro en el jardín, Andrew y yo hablamos con unas bebidas frescas en la mano. Suzanne está en el salón, viendo un programa de variedades. He tenido ocasión de presentarme a ella hace un momento. He podido decirle quién era y lo que venía a buscar, aunque su nieto me haya asegurado que mis deferencias eran inútiles.

—Duerme durante la mayor parte del tiempo, y todos nosotros, sus hijos y sus nietos, pensamos que empieza a decaer seriamente. Espero que no cuente con tener una conversación con ella.

Me encojo de hombros. Hace unas décadas, después de que Suzanne contara su historia a una cadena de televisión local, los Laverdière ni siquiera se hubieran tomado la molestia de responder a mi petición, y mucho menos de recibirme. En aquella época se encontraban desbordados por las muchas peticiones.

—Mi padre no podía más —me refiere Andrew—. El asunto le agotaba, ya no sabía cómo controlarlo.

Ahora el padre de Andrew ha fallecido, y su hijo se ocupa con toda su mejor voluntad de las solicitudes referentes a su abuela.

—Sigue recibiendo visitas, dos o tres al año. A pesar de su estado, la gente insiste en entrevistar a Suzanne. Cuando les explicamos que no está en condiciones de responder y que nunca volverá a estarlo, suelen enfadarse. Quedan las cintas de audio.

Examina el antiguo magnetofón colocado encima de la mesa.

—Sé que debería pasar todo esto a un soporte más seguro y más moderno —reconoce—. Pero me encanta la textura de este sonido. Anticuada. Legendaria.

Me deja un momento solo para ir a buscar algo de beber a la cocina. Al otro lado de la ventana, el perfil demacrado de la anciana señora se destaca con claridad, con el sonido de la

televisión de fondo. Andrew me ha confirmado que su abuela ya casi no habla de sus viajes, salvo con vagas alusiones.

—En cambio —afirma viniendo de nuevo a sentarse—, sigue deseando que la entierren en la Luna, lo cual nos plantea serios problemas. Porque evidentemente es imposible. Todo lo que alcanzamos a proponerle a día de hoy, y dudo que podamos hacerlo mejor, es dispersar sus cenizas en la Luna a través del programa Celestis. Pero eso cuesta una fortuna.

Parpadea, bebe un poco de soda y se vuelve hacia el ventanal. Una bandada de ocas salvajes pasa en la luz rasante.

De 1967 a 1972, cada veintiocho días, Suzanne Laverdière pretendió ir a la Luna. Durante tres años enteros se grabó el informe en tiempo real de sus expediciones. Con su autorización, fue el doctor Saucier, su médico de cabecera, quien se encargó de recoger sus palabras en un magnetofón.

—Por desgracia, yo era demasiado joven para asistir a esas sesiones —cuenta Andrew—, y en cualquier caso, el doctor prefería estar a solas con ella; pero creo que hoy tenemos una idea bastante clara de cómo se desarrollaron las cosas.

—Me han hablado de sesiones semejantes a soñar despierto...

—Sí, más o menos era así. Mi abuela tenía crisis. Se encerraba en sí misma, se quedaba silenciosa, dejaba de contestar a las preguntas y de reaccionar a los estímulos del mundo exterior. Mi abuelo, que en esa época todavía vivía, sabía reconocer los primeros síntomas. La llevaba a su dormitorio y la tumbaba en la cama. El cuerpo de mi abuela se tensaba. Le temblaban los músculos de las manos, los ojos se le ponían en blanco. Su piel se volvía dura como la piedra. Lo mejor en esos casos era dejarla tranquila. A los pocos minutos empezaba a hablar. El timbre de su voz había cambiado. Nadie la reconocía.

—¿Cuánto tiempo le duraban esas crisis?

—Alrededor de una hora. Se expresaba en un tono lúgubre, impersonal, y siempre en presente. Describía lo que veía. Le pondré uno o dos fragmentos de la grabación, porque usted ha venido a eso, ¿no?

Hago un gesto afirmativo con la cabeza. Andrew mira alrededor, como si temiera que alguien nos estuviera espiando. El soplo de la brisa se mezcla con el sonido ahogado de la televisión proveniente del salón.

PLAY.

«Me encuentro al borde de un cráter inmenso; de 300 millas por 350 aproximadamente. Hay una multitud de formaciones, tres de ellas de gran tamaño. Desciendo, voy a sobrevolarlas. [...] La tierra es gris, con reflejos brillantes en algunos lugares. Es como el carbón. Tomo velocidad. El horizonte parece más cercano a causa de la curvatura de la superficie. Es difícil calcular las distancias. Y el silencio. ¡El silencio! [...] Unas paredes escarpadas se extienden hacia el oeste; las bordeo; es bastante lento. Están conectadas por fallas gigantescas; no se distingue el fondo. Tomo altura. El cráter forma un recodo en este lugar y luego desemboca en otro mar, en calma y salpicado de cráteres minúsculos y de formaciones basálticas que parecen...».

Aquí la voz se vuelve inaudible; después, la grabación continúa. Andrew pulsa el STOP.

—Creo que usted entiende la idea global.

Asiento sin reflexionar. Esas palabras, esa voz, esas visiones. Estoy todavía bajo *shock*.

Las puntualizaciones que me hace Andrew ya las conozco, pero parecen ser muy importantes para él.

Suzanne Laverdière nunca manifestó, antes de esas crisis, el menor interés por el astro lunar.

Todas sus descripciones han sido autenticadas y corresponden a trayectos reales en la superficie del satélite.

Es materialmente inconcebible que, durante sus crisis, la anciana pudiera documentarse sobre la Luna con la suficiente exhaustividad como para alimentar los relatos con los que abrumó a sus allegados durante cinco años.

—Dicho en otras palabras —concluye Andrew—, y aunque nadie aquí sostenga ni por asomo que mi abuela estuvo «físicamente» en la Luna —una afirmación así nos enviaría de inmediato al hospital psiquiátrico—, sus descripciones no deben nada al azar. Hemos seguido cada trayecto con especialistas del observatorio del monte Cosmos, en Saint-Elzéar-de-Beauce, que los ha validado.

—¿Quiere usted decir que han conseguido identificar «todos» los paisajes descritos por su abuela?

Asiente.

—He trabajado durante más de dos años en esta documentación. Y, le repito, hemos conseguido autenticar la totalidad de los relatos. La grabación que acaba de oír narra el vuelo sobre el Mare Crisium, o Mar de las Crisis —un mar lunar de forma ovalada situado en el hemisferio norte de la cara visible de la Luna. Se trata de una cuenca que antiguamente estaba llena de lava, de ahí el basalto. El Mar de las Crisis se puede ver a simple vista desde la Tierra y alberga tres grandes cráteres: Yerkes, Picard y Peirce.

Silbo con admiración.

—Usted domina el tema.

—¡Después de todos estos años! Me conozco de memoria esas grabaciones. Si sube al despacho, le enseñaré los mapas y los informes. Hemos reconstruido todo el itinerario, ¿y sabe una cosa? Cubre toda la superficie lunar. Creo que ese es el motivo de que las exploraciones hayan finalizado. Mi abuela la recorrió por entero.

—Ella... flotaba por encima de la superficie, ¿no es verdad?

—Lo es. No caminaba, por supuesto. Habría tardado siglos. Se desplazaba volando, a una velocidad de sesenta millas por hora y a una altitud, calculamos, de cien pies.

—¿No estaba asustada?

—Al principio sí. Se quejaba, se agitaba mientras dormía, temía la llegada de las crisis. Decía que era como saltar en paracaídas. Pero luego se acostumbró. Bastante rápido, a decir verdad.

Oímos una queja trémula: Suzanne está llamando a su nieto. El programa ha acabado y ahora le gustaría ver esa emisión médica en Canal Vida, con ese doctor tan amable. Andrew coge el mando del televisor. Carraspeo; la anciana me dirige una mirada suspicaz.

—¿Quién es este?

—Abuelita, lo sabes muy bien. El señor que ha venido a hablar con nosotros.

—¿A hablar? ¿De qué?

—De la Luna.

—¿Es alguien del gobierno? ¿Es a propósito de mi entierro?

—Claro que no.

—Ah. Porque tú sabes dónde quiero que me entierren, ¿no?

—Sí, abuelita. Lo sé.

—Bueno.

Regresamos al jardín. Algo desanimado, Andrew pasa revista a los últimos problemas médicos de su abuela: incontinencia, deshidratación, palpitaciones, etc. Hace dos meses, un ataque cardíaco estuvo a punto de acabar con ella.

—Intento, intentamos, ya que mis dos hermanos y mi hermana se ocupan de ella también, asegurarle un final apacible y tranquilizador. Procuramos evitar el tema del entierro, pero ella vuelve a él regularmente. ¡Para algunas cosas no pierde la memoria!

—¿Cómo ve la anciana sus crisis con la distancia? ¿De qué forma las analiza?

—No las analiza —responde su nieto—. Se niega a hablar de ellas. Conoce la existencia de las grabaciones y, de alguna forma, se comporta como esos escritores que se niegan a responder en las entrevistas, explicando que todo está en su libro.

—¿Está al corriente de sus relaciones con el observatorio?

—En la actualidad ya no tenemos relaciones, pero sí, sabe que lo hemos comprobado todo. Que conste que nunca nos ha preguntado nada. Para ella, la veracidad de la historia no es cuestionable.

Me rasco el antebrazo.

—¿Ha desarrollado una forma de espiritualidad a consecuencia de sus viajes?

—No estoy seguro de entender su pregunta.

—¿Ha cambiado?

—Mi padre sostenía que sí. A sus ojos, el caso de mi abuela denotaba una psicosis alucinatoria.

—¿Y a los ojos de usted?

—No tengo ninguna explicación satisfactoria para ofrecerle. Puedo aventurar hipótesis, como todo el mundo. Puedo imaginar que mi abuela adquirió unos conocimientos profundos sobre la Luna durante sus años jóvenes, aunque no sepa en qué circunstancias, como también puedo conjeturar que los olvidó a continuación y que esos conocimientos resurgieron bajo una forma diferente; pero tampoco eso lo aclara todo. Suzanne describió la totalidad de los cráteres y de los mares de la cara oculta de la Luna, incluidos aquellos de los que nadie sabía nada antes de la conquista espacial. Por lo cual, definitivamente, no sé. Y creo que el misterio nunca se aclarará.

El día toca a su fin. Por petición mía, Andrew inserta otras cintas en el magnetofón. Me quedó fascinado con la voz de Suzanne.

—El médico hablaba de alucinación consciente —cuenta su nieto—. Las crisis se parecían a los sueños, pero no se trataba de sueños en el sentido estricto del término. Ningún sueño es tan vivido, tan detallado ni tan racionalmente construido como los viajes de mi abuela. Cuando dormimos nos enfrentamos con fiasas, con fragmentos de historias que se dirían arreglados de prisa y corriendo por un montador negligente. Aquí lo que se nos presenta es un periplo

completo, un periplo coherente y minuciosamente documentado. Y ahí no acaba la cosa. Cuando la abuela se despertaba se acordaba de todo, sin excepción. Era capaz de decir dónde había ido, de hablar de los paisajes. Estaba en la Luna el día en el que la segunda misión Apolo alunizó. El Apolo 12. Vio a los astronautas. Dice que los reconoció.

Guarda la última cinta en la caja de cartón que ha dejado en el suelo.

—Los recuerdos de mi abuela no comenzaron a debilitarse hasta que los últimos sueños terminaron —resopla—. Según mi madre, volvió a tener la regla durante algunos meses, cuando hacía lustros que era menopáusica. Ejércitos de especialistas se volcaron en su caso, sin resultado. A veces debemos saber admitir nuestra impotencia.

Mar de la Serpiente, Mar del Conocimiento, Mar de los Humores, Mar de las Lluvias, Mar de las Islas, Mar de las Nubes, Mar de las Espumas, Mar de las Olas, Océano de las Tempestades... ¿Existe una lista más poética en el mundo, más propicia al sueño y a los vagabundeos de la imaginación? Eso es lo que pienso a la salida de Sainte-Marthe-sur-le-Lac.

Me despedí de Suzanne antes de partir. Estreché su mano seca y le sonreí. Ella entrecerró los ojos.

—¿Quién es este?

Andrew suspiró. Le dije con un gesto que no se preocupara. Después de todo, y aunque lo había hecho sin que ella lo supiera, aunque esas cintas ya no la concernieran, yo acababa de viajar con esa mujer. Más allá de los cráteres y de los océanos grisáceos, en medio de las llanuras y de los desiertos de ceniza, me había sentido Rimbaud, Cristóbal Colón o el Principito, maravillado y solo en el mundo.

La misión Apolo 12, lanzada el 14 de noviembre de 1969, finaliza diez días más tarde. Charles Conrad y Alan Bean, que participan en ella, realizan excursiones con una duración total de siete horas y cuarenta y cinco minutos. Durante su estancia instalan una estación científica automatizada, llevan a cabo observaciones geológicas y toman nuevas fotografías de la Luna y de su superficie. Recogen también 34,1 kilos de muestras de roca lunar.

Varios meses más tarde, recordando la alusión de Andrew a esta famosa misión que se supone que Suzanne presencié, decido tratar de contactar con los dos hombres. Decepción: Charles Conrad murió en 1999. Pero Bean todavía vive. Es artista.

Tras localizarlo en Houston, le escribo una carta prudente en la que le refiero el testimonio de Suzanne como una probable tabulación. «Sin embargo, no puedo evitar —confío al anciano, el cuarto hombre en el mundo en haber pisado el suelo lunar— sentirme impresionado por ciertos datos. He leído el relato que esta mujer hizo de su misión. Seguramente me tomará por loco, pero su relación de los acontecimientos es más que categórica. Sé, por ejemplo, que la primera marcha de ustedes duró dos horas y cincuenta minutos, y que se detuvieron al menos cinco minutos en el camino de vuelta, en estado de estupor». Siguen una serie de detalles procedentes de las grabaciones —detalles que, espero, impresionarán a Alan Bean por su aparente autenticidad— y una fórmula de despedida con una humildad penosamente obsequiosa.

Cuando, tres meses más tarde, regreso de Japón y esta historia ya ha sido sustituida,

suplantada por otras, descubro, sobresaliendo del montón de correo amontonado, un sobre americano. Sin apresurarme, lo abro. Y todo se vuelve mágico.

Querido señor:

Usted parece ignorarlo, pero ya he sido solicitado en tres ocasiones con respecto a este asunto desde el final de los programas Apolo y temo decepcionarle: no tengo ninguna revelación valiosa para comunicarle.

A usted le gustaría saber si los astronautas fuimos testigos de fenómenos extraños en la Luna. La respuesta es sí. ¿Qué tipo de fenómenos?

Ya soy un anciano, ténganlo en cuenta. Distinguir lo verdadero de lo falso, la ilusión de la realidad, el deseo de su satisfacción, me resulta cada vez más difícil. Lo único que sé es que nunca llegamos a saberlo todo.

Me mantendré, por tanto, a una prudente distancia en lo que se refiere al caso Suzanne Laverdière, dejándole imaginar de qué nos protege esta distancia, y citaré, a modo de conclusión, lo que decía Wernher von Braun cuando le pedían que se pronunciara sobre la existencia de los ovnis: «No puedo decir nada más por el momento».

Muy cordialmente,

Alan Bean

SUEÑO JURÁSICO

Vittorio tiene nueve años y es hijo único. Desde su terraza, me explica con orgullo al día siguiente de mi llegada, se puede ver Roma «por completo».

Vittorio no es de los que mienten.

Sus abuelos, el señor y la señora Alcantì, son maestros. Viven con él en una vetusta y magnífica villa de tres plantas que hace también las veces de escuela provisional, en Via Santa Sabina, no lejos de Piazzale Ostiense.

Preservado de los turistas, el barrio es un edén umbrío construido en una colina apartada del tumulto. Detrás de las tapias de color ocre, algo deterioradas, grandes casas dormitan en sus jardines, soñando con su pasado legendario.

La primavera es la mejor estación para visitar la Ciudad Eterna, y mi intención es aprovecharla. Los señores Alcantì me han asegurado que podrán alojarme durante todo el tiempo que lo desee. Por teléfono les he expuesto con mucho cuidado mi proyecto y les he hablado de la gente a la que he entrevistado. No me han parecido sorprendidos. Están acostumbrados a las visitas relacionadas con Friedrich: reciben con cita previa a paleontólogos, periodistas y simples curiosos. Hace tres meses, un especialista en ciencias ocultas vino a plantar su tienda en el jardín. Por lo general, los problemas son raros y los contenciosos inexistentes. Hay que decir que mis anfitriones son especialmente acogedores. Lo único que piden a sus visitantes, aparte de cierta discreción con sus alumnos, es que no tomen fotos.

—De todas formas —me susurra la señora Alcantì la primera noche—, puede olvidarse de la idea de la foto milagrosa: Friedrich no es el monstruo del lago Ness.

Un crepúsculo perfumado se despliega sobre la ciudad. En un patio vecino, un huerto de limoneros se extiende hasta un promontorio. Roma está ahí, inmóvil en los oros de la puesta de sol. Me demoro un momento para disfrutar de la vista y luego dirijo mis pasos hacia la villa con su alta tapia cóncava. La pintura, delicadamente desconchada, evoca la magnificencia de otra época.

Cerca de la verja negra, un timbre aguarda mi dedo índice. Unos pinos piñoneros extienden sus ramas. El tiempo parece haberse detenido, el viento juega con el atardecer.

La señora Alcantí viene a abrirme. Es una mujercita con los ojos sonrientes y un enérgico apretón de manos. Me conduce hasta el cuerpo principal de la vivienda. A nuestra izquierda se encuentra el famoso jardín, donde, durante la semana, un centenar de escolares juegan. Un sendero cubierto de gravilla se pierde en él. En el centro del césped se alza una fuente (que no da agua desde hace mucho tiempo por razones de seguridad, explica la señora Alcantí). Más lejos, árboles y arbustos se disputan el patio trasero, con otras tantas zonas y rincones umbríos.

Aquí se oculta Friedrich. Subiendo las escaleras de la villa, llegamos a la tercera planta, donde vive la pareja. La señora Alcantí me señala un confortable sillón. En la mesa del salón, el pequeño Vittorio hace sus deberes. Mi llegada es acogida con un educado movimiento de cabeza. El dueño de la casa, me informan, no tardará en llegar. Mientras tanto, y en un italiano macarrónico, trato de entablar relación con el chiquillo. Vittorio, me ha parecido entender, perdió a su madre cuando era muy pequeño. Su padre, que trabaja en el extranjero, no tiene tiempo para ocuparse de él. Cuando Vittorio cumplió dos años, decidió confiárselo a sus propios padres.

El niño quiere saber enseguida si vengo «por Friedrich». Mi vacilación es tomada por lo que es: un tímido asentimiento. A mi vez, le pregunto si saca buenas notas en la escuela. No hay respuesta. Vittorio, me hace saber su abuela, es el primero de su clase desde la noche de los tiempos. Cuando me dispongo a hacer un comentario, suena un portazo. La escalera cruje. Unos pasos pesados se acercan. En el bolsillo de mi chaqueta, manoseo un regalito que he comprado para el chico y que tengo intención de entregarle más tarde: una figurita de la colección *Jurassic Park*. La señora Alcantí me ha confirmado que le gusta mucho la serie.

—*Buona sera!* —El señor Alcantí se acerca muy sonriente. Unos inteligentes ojos oscuros iluminan su rostro surcado de arrugas. Es bajo y fornido, bonachón. Retorciéndose el bigote entrecano, hace un gesto con la barbilla a su esposa.

—¿Por qué nuestro invitado no tiene nada de beber?

La señora Alcantí mascula una protesta inaudible y se acerca al aparador. Ambos me resultan simpáticos enseguida.

El señor Alcantí es originario de Nápoles, donde conoció a su mujer. De sus ascendientes meridionales ha conservado un gusto pronunciado por el *limoncello*, delicioso licor cítrico del que su esposa, sin preguntarme, me sirve una primera copita.

Hace casi treinta años que los Alcantí se hicieron cargo de esta escuela. Por corrección, pregunto sobre la situación de la enseñanza en Italia. En un determinado momento, la pareja me pregunta sobre mi carrera y sobre el progreso de mi libro. Pasamos a la crisis, a las alergias al polen y a la situación del mercado de alquiler. Vittorio, del que ya no nos acordábamos, va a encerrarse a su habitación. Su abuelo aplaude con satisfacción.

—Preferimos no hablar demasiado de esto delante de él. Es una agitación inútil. —Yo manifiesto mi acuerdo. El hombre continúa—: No hay mucho más que contar.

Chasca los dedos en dirección a su mujer. Con una mueca de laxitud, esta abre un cajón de la cómoda y saca de él un estuche de cartón que le entrega. El señor Alcantí se toma un tiempo en cargar su pipa. Después me tiende unos folios, fotocopias de artículos encontrados en internet. Todos están dedicados al mismo tema: el *Compsognathus*.

—Mi nieto ha sido quien ha reunido toda esta documentación —me explica—. No le hemos esperado para identificar al animal, pero ahora sabemos todo lo que se conoce sobre él.

Hojeo los artículos. No hay casi nada nuevo; he omitido prevenir a mis anfitriones de que me había documentado antes de venir.

Con una altura de unos sesenta centímetros y un peso de dos kilos y medio, el *Compsognathus* vivió en el Jurásico Superior hace más de ciento cincuenta millones de años. Era un pequeño dinosaurio carnívoro con las patas traseras largas y finas. Unos especialistas establecieron que podía correr a una velocidad de 65 km por hora, lo que le convierte en el bípedo más rápido que haya pisado jamás la Tierra. El *Compsognathus* se servía de sus patas anteriores, provistas de dos dedos, para capturar a sus presas, lagartos, insectos y mamíferos menudos.

El señor Alcanti da unos golpecitos con su pipa en un grabado.

—Este dibujo corresponde globalmente a la descripción que los niños hacen del *Compsognathus*. Salvo el color: ellos dicen que es gris con manchas amarillas o rosáceas. Friedrich es el primer nombre que se nos ocurrió. El día que lo vi por primera vez, yo estaba leyendo un libro sobre los viajes de Nietzsche a Italia. Tan simple como eso.

Su esposa, que se ha servido una taza de té, coloca una silla en diagonal. No tiene la intención de dejar que su marido se apropie de toda la historia.

—El primer contacto se remonta a 1983. Era otoño, poco después del comienzo del curso. Una niña vino a buscarme para decirme que había visto «un pollo muy gracioso» entre los arbustos. Al principio no presté atención a sus historias. Sin embargo, en los días sucesivos, los testimonios se multiplicaron. Hasta que me topé con el «pollo» en cuestión.

Deja su taza y espera el parecer de su marido, que la anima a continuar.

—Friedrich no tenía nada que ver con un pollo, como usted bien sabe. Los niños lo bautizaron así a falta de otro nombre mejor. Nada los detiene. Siempre están excitados, nada les sorprende. En fin, pasemos a otra cosa. Vi a Friedrich en medio del jardín aquella noche. Corría por el césped y se quedó quieto, en una postura bastante cómica. Me había visto, había visto que yo lo observaba. El miedo debió de paralizarlo. Yo también me puse nerviosa. Lo distinguía todo: sus garras, sus dientes minúsculos, su mirada. Era como si me mirara fijamente. Después de lo que me pareció una eternidad, se alejó dando tres saltos y desapareció detrás del oquedal. Fui a inspeccionar los arbustos sin convicción alguna. Tenía que convencerme de que no había soñado.

El señor Alcanti asiente:

—No había soñado. Nadie había soñado. Una semana más tarde, me crucé con Friedrich a mi vez. Estaba bebiendo en la fuente. Era en la época en que el agua todavía manaba. Se había subido al brocal no se sabe cómo. Anochece, era una noche de paz y de abandono parecida a esta. Lentamente, me batí en retirada hasta la escalinata. Tenía la idea de hacerle una foto. Lo cual era estúpido, dadas las circunstancias. Antes de que pudiera sacar la cámara, el animal saltó de su percha y huyó. No me resulta fácil describir el estado en el que me encontraba: una mezcla de júbilo y de terror, quizá. Como no quería guardármelo para mí, fui a contárselo a mi mujer. Fue entonces cuando me confesó que ella también lo había visto. Y que no se había atrevido a decírmelo por miedo a que la tomara por loca. ¡Ahora éramos dos los pirados! —Se muere de risa, alza su copita.

Durante cerca de una hora, el matrimonio Alcantí me hace un informe lo más detallado posible de las apariciones de Friedrich: una o dos veces al mes de media, con un «vacío» entre 1989 y 1994.

—No sabemos lo que pasó entonces —reconoce mi anfitrión—. Cuando ya estábamos a punto de olvidarlo, volvió. Fue una alegría indescriptible. Mi esposa sostuvo durante mucho tiempo que no se trataba de Friedrich, sino de su hijo. Le parecía que las manchas de su cuerpo eran diferentes.

La interesada asiente vigorosamente. Está claro que la conjetura la seduce.

—Pero también es verdad —reconoce— que nunca habíamos encontrado ninguna cáscara de huevo. Por lo cual no sé realmente qué pensar.

Vittorio aparece de pasada para servirse un vaso de leche.

—¡No te olvides de cerrar la puerta del frigorífico! —le grita su abuela. Esperamos a que vuelva a su habitación para continuar—. Para nuestros alumnos, Friedrich forma parte del decorado. La mayoría lo han visto, como mínimo, de refilón. Su historia se transmite de generación en generación. Vive aquí, al abrigo de los árboles. De vez en cuando aparece. Se ha convertido en algo normal para todos nosotros.

Los miro con asombro.

—Eso significa que se han acostumbrado a la presencia de un dinosaurio.

El señor Alcantí me rellena la copita y después da una calada a su pipa.

—En primer lugar, se trata de uno de los dinosaurios más pequeños que se conocen, nunca nos ha dado ningún problema. En segundo lugar... Por supuesto que nos hemos acostumbrado. ¡Pronto hará treinta años que está con nosotros! Si usted diera cobijo a un extraterrestre en su jardín desde su más tierna infancia, ¿no creería en la existencia de los extraterrestres?

Doy un sorbo a mi licor, pensativo.

—Para serle franco —digo—, yo ya creo en ellos.

Reímos de nuevo. La señora Alcantí ha guardado la documentación del *Compsognathus* y se afana en los fogones. Un delicioso olor a berenjena asada sale de la cocina abierta. Vittorio está de vuelta, vestido con un pijama de *Jurassic Park*. Saco el juguete del bolsillo y lo dejo junto a su plato. Escruta mi rostro con incredulidad.

—Es un *Ceratosaurus* —digo—. No estoy seguro de que aparezca en alguna película.

Vittorio toma asiento y me da las gracias con un murmullo.

—Sí —susurra manoseando la figurita—, en la tercera.

Pregunto con la mirada al abuelo si puedo hacerle unas preguntas a su nieto. Mi anfitrión alza la pipa en señal de acuerdo. He debido de ganar puntos.

—Genial, Vittorio. Entonces, ¿tienes algo que contarme en relación con Friedrich?

El chico alza la cabeza. Finge indiferencia.

—¿Algo que mis abuelos no le hayan explicado ya? No. A veces los niños lo ven y corren detrás de él. Pero él es diez veces más rápido que ellos. Al cabo de un momento se cansan.

Me quedo dubitativo.

—¿Cómo es posible que la existencia de un espécimen así haya podido quedar circunscrita a este pequeño barrio de Roma? ¡En cualquier caso, los padres de los alumnos deben de estar al

corriente!

La señora Alcanti trae una fuente de berenjenas rellenas.

—Los niños hablan —responde—, pero los padres no los creen, o prefieren no creerlos. Algunos vienen a vernos, a preguntarnos. Nosotros no lo negamos. Solo omitimos revelar que también nosotros vemos a Friedrich. En cerca de treinta años, otra docena de adultos han sido testigos de su paso. El jardinero, una pareja de amigos, un inspector y algunos padres diligentes. Adaptamos nuestra reacción a cada caso. Convencimos al inspector de que había sido víctima de una alucinación debida al calor. «Es un síntoma más frecuente de lo que se cree, querido amigo —le dije—. He leído un artículo sobre el tema en una revista médica en casa de mi cuñada». Y cosas así —añade riéndose mientras nos sirve.

—Hay padres que han mostrado mucha curiosidad —continúa su marido—. Uno de ellos incluso ha creado una página web con su hija. Cada uno es libre de hacer lo que quiera. No queremos llamar la atención sobre nuestro centro más de la cuenta: aspiramos a la tranquilidad, ya lo ha visto. Pero si hay gente que quiere creer que ese dinosaurio existe, ¿por qué disuadirlos?

Alzo mi copa para brindar por la salud de Friedrich. Perdido en sus pensamientos, Vittorio apenas nos escucha.

Más tarde se va a dormir, y la conversación continúa. ¿Y esa prohibición de hacer fotos? ¿Qué temen los Alcanti?

—No se trata de nosotros —responde el marido tapándose la boca con la servilleta en forma de bola—. *A priori*, Friedrich es demasiado rápido y nervioso para dejarse captar por el objetivo de una cámara. Pero ese es el punto: traté de captarlo en dos ocasiones después de su reaparición, y me di cuenta de que eso lo aterrorizaba. Son las únicas veces en las que le he oído gritar: un grito agudo, muy corto. Después de eso, abandoné la idea.

Los Alcanti me muestran mi habitación. Da al jardín. Esa noche me quedo mucho tiempo en la terraza con la esperanza de percibir a nuestro improbable visitante. La oscuridad es profunda, por desgracia. Acabo cerrando la ventana.

Oigo un grito agudo en medio de la noche: exactamente el mismo que me ha descrito el señor Alcanti. Me precipito a la terraza completamente adormilado. Me ha parecido notar un rumor allí abajo, a los pies de la tapia. Imposible estar seguro.

Al día siguiente, Vittorio se demora en la mesa del desayuno y nos quedamos solos los dos. Es sábado, la escuela está cerrada. Junto al bol de cereales, el *Ceratosaurus* de plástico parece esperar el resultado de los acontecimientos. Lo señalo con un empujoncito.

—¿Te gusta?

El chiquillo asiente.

—¿Lo ha oído?

Frunzo el ceño.

—¿El qué?

—A Friedrich.

—He oído algo, pero...

—¿Qué hora era?

—Las tres y inedia.

—Era él —asegura—. Yo también lo he oído.

Vittorio se acaba los cereales. Hablamos de dinosaurios, de *Jurassic Park I*, *Jurassic Park II* y *Jurassic Park III*. Me menciona su colección de figuritas: cientos de especímenes, la mayoría comprados por su padre por correo.

—¿Quiere verlos?

No dejo escapar la ocasión.

—¡Con mucho gusto!

La habitación del chico es un santuario. Alineado en tres estantes de madera barnizada, un ejército de saurios de plástico me contempla: cuatrocientos soldados, todos con sus garras, picos, alas y caparazones.

Hago preguntas, exijo detalles, sugiero, para algunos sujetos, sutiles cambios de posición. La conversación se anima; con grandes gestos, Vittorio recrea para mí las luchas carnívoras del Jurásico y del Cretácico. Posee unos conocimientos impresionantes para un niño de su edad. Le felicito, le pido otras aclaraciones. Mi ignorancia y mi insaciable curiosidad le seducen.

Me siento en su cama. Me habla de sus compañeros de escuela. De su padre, demasiado ausente, pero al que profesa un culto exclusivo.

Le pregunto qué quiere hacer más tarde. Todavía no lo sabe. Para acabar, nos asomamos a la ventana. En ese momento es cuando hablamos de Roma. Y cuando el tiempo se queda suspendido.

—Mis abuelos no saben gran cosa.

Le observo, intrigado. Resopla y cierra la ventana. Su rostro adquiere una gravedad repentina.

—No solo hay un *Compsognathus*. Hay cinco o seis. Una familia.

—¿En qué te basas para afirmarlo?

Sentado en su mesa de estudio, saca unos folios de debajo del protector de escritorio y me los tiende. Son unos croquis de dinosaurios. Parece la obra de un adulto.

—Los he dibujado de memoria —responde el chico—. Son diferentes de tamaño y de forma. De los dos últimos no estoy seguro. Quizá sean iguales.

—Así que una familia...

—Los padres y tres hijos. O cuatro.

—¿Y tú eres el único que lo sabes?

—Qué va. Somos cinco. Es un secreto. ¿Está usted escribiendo un libro?

Cruzo los brazos.

—Estás muy bien informado.

Mi franqueza le tranquiliza.

—El mes pasado —continúa— encontré un huevo en un agujero.

—¿Un huevo de qué?

Suspira consternado.

—Los niños de nueve años no tenemos por qué ser idiotas. Sé reconocer un huevo de dinosaurio cuando lo veo.

—De acuerdo. Perdóname.

Pone mala cara. Se ha enfadado conmigo.

—Además —añade—, si no pensara que usted es buena gente, no le contaría todo esto. Aunque los riesgos sean limitados.

Parpadeo.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, si le digo que los *Compsognathus* responden a los silbidos y reaccionan a los gestos de la mano, puede decidir creerme o no. Pero si usted se lo cuenta a alguien, todo el mundo le tomará por loco. Y si me preguntan, yo negaré habérselo contado.

Sonrío.

—Eso me conviene —digo—. Contaré la historia de Friedrich y nadie me creerá. Estoy acostumbrado, ¿sabes? El grito que hemos oído esta noche... será nuestro recuerdo compartido: la prueba última y secreta.

El chico asiente.

—¿Va a cambiar los nombres en su libro?

—Aún está por ver.

—Pensándolo bien, preferiría que lo hiciera.

Esa misma noche me despido. He dado un largo paseo con el señor Alcanti, que me ha hablado de la magnífica arquitectura local. Y, por extraño que parezca, casi he olvidado la historia de Friedrich.

Saco una lección de ello. Lo increíble solo lo es si otras personas alrededor de ti no lo creen. Dicho en otras palabras: la mejor forma de ocultar la existencia de Friedrich es no hacer de ella ningún misterio.

Me dispongo a partir. Vittorio está triste. Me pide que le acompañe, lleva una linterna en la mano. Nos alejamos de los matorrales.

—¿Ve esto? —Me muestra unas huellas recientes. En efecto, no se parecen a nada conocido. Estrecho la mano de mi nuevo amigo.

—Te enviaré mi libro, ¿de acuerdo?

Asiente con la cabeza. No sé si podré mantener esta promesa o si alguien deberá mantenerla por mí.

Vittorio se levanta.

—Verá, los dinosaurios no eran muy felices en los tiempos antiguos. Debían luchar para sobrevivir, para que no se los comieran. Nuestros *Compsognathus* son tranquilos. Solo quieren que todo siga igual.

—¿Solo eso?

—Sí, solo. Están ahí, les gusta Roma, les gusta la hierba en el crepúsculo. Lo que desean para el futuro es tener otros pequeños y educarlos de forma segura. Nuestro secreto es también el suyo. Hoy están con nosotros. Un día, si se ven obligados, se irán. Me gustaría que ese día no llegara nunca.

ENCANTAMIENTO EN EL EXPEDIENTE

Situada en el extremo sur del Japón, al final de la larga cola formada por el archipiélago de los Ryukyu, Yakushima, apodada «los Alpes del océano», es una isla de quinientos kilómetros cuadrados rodeada por el Pacífico y el mar de China Oriental. Las escasas aldeas diseminadas por la costa no alcanzan los quince mil habitantes. Formada en un noventa por ciento por montañas que culminan en torno a los dos mil metros de altitud, esta maravilla aislada está recubierta casi por entero de bosques húmedos en los que flotan, los trescientos sesenta y cinco días del año, rosarios de nubes. El destino es muy apreciado por los turistas. En el corazón de este universo barroco de musgos, líquenes, helechos y árboles multimilenarios retozan monos y ciervos majestuosos, así como una multitud de especies de aves y de reptiles, sobre todo tortugas verdes, que vienen a procrear cada año en las playas situadas al oeste de la isla. Aquí es donde, según los habitantes, el famoso director de cine Hayao Miyazaki se inspiró para su película *La princesa Mononoke*.

Arribo una mañana en medio de una densa llovizna. ¿Qué otra cosa podía esperar?

—Aquí caen cinco metros cúbicos de agua al año —me explica mi vecino de travesía, un zoólogo jubilado—, y a veces, cerca del doble en la montaña.

Perdido en las brumas, el imponente perfil del Myyanouradake, punto más alto de la isla, nos mira con clemencia. El viaje en barco me ha agotado, pero no tengo tiempo para quejarme de mi suerte: mi guía me espera, tiene prisa por que el barco vuelva a zarpar.

Vamos camino de la montaña. Soledad y grandeza. Entre las peñas, cepas torturadas acompañan nuestra ascensión. Pronto se alzan los primeros sugis, coníferas emblemáticas de la isla, sometidas al yugo implacable de los elementos. Tengo los zapatos encharcados. Ajusto constantemente las correas de mi mochila. La lluvia se vuelve agobiante. Aquí y allá, por encima de los helechos, se deshacen vapores. Bordeamos un sinuoso arroyo de agua lechosa entre enormes piedras planas. Un sol fugaz recorta unas figuras desolladas, misteriosas. Sin decir palabra, mi guía se introduce entre los tocones. A un lado del camino, un baniano monumental ciñe con sus largas raíces un cúmulo de rocas resbaladizas. Unos macacos viven en él. Se balancean burlones en las alturas.

Al mediodía, sentados en grandes piedras, almorzamos pescado crudo y té ardiente. Nuestro camino serpentea a través de una zona cubierta de musgos y líquenes. Contemplo los árboles, sus

creaciones nudosas, las contorsiones de sus ramajes. No me extrañaría demasiado que se levantaran y se pusieran a hablar. Mi guía sonrío. En un inglés chapucero, me explica que conoce a la familia Murakami desde hace más de tres años.

—El padre trabajaba para una compañía de seguros local. Se instaló en la isla con su mujer y sus dos hijas hace diez años. A raíz de un sombrío asunto de malversación de fondos en el que él no estaba implicado en absoluto, la compañía quebró. Volver a encontrar un trabajo se presentaba arduo. Murakami Yoshida vendió su casa de Yudomari en la costa. Toda la gente de aquí pensó que regresaría a Kioto, su ciudad natal. Pero, en lugar de eso, se adentró en el bosque con los suyos en dirección al parque del monte Kurio.

Mi guía se acerca una cantimplora a la boca, bebe un trago y se seca la boca con el dorso de la mano. Su mirada se pierde en el sotobosque. Ha llegado el momento de informarme sobre este famoso territorio, me digo mientras él ordena sus cosas.

El parque del monte Kurio es conocido en la región como un notable síntoma de megalomanía financiera galopante. Hace quince años, Takafumi Imanishi, rico industrial de Tokio que había hecho fortuna en la industria informática, se empeñó en construir un centro de atracciones en medio del bosque: se había enamorado de la isla a raíz de su viaje de bodas.

—Toda la gente de aquí trató de desanimarlo —recuerda mi guía—. Los funcionarios, los ecologistas, la población local... Pero Imanishi era testarudo y tenía los bancos a su favor. La construcción del parque debía respetar el medio ambiente, según él. Y no tenía por qué ser gigantesco: una gran noria, tres montañas rusas por encima de los árboles, un tobogán gigante, cinco o seis carruseles para los más pequeños, una torre de observación, una tienda de recuerdos y un restaurante. Las obras empezaron más tarde de lo previsto. Fueron un desastre: se produjo un deslizamiento de tierras en el que hubo tres muertos, tres obreros locales, y un banco retiró su apoyo. Por otra parte, la empresa de Imanishi tenía dificultades. Se decretó un receso: vacaciones sin sueldo. Cuando los obreros regresaron dos años más tarde, la vegetación había recuperado sus derechos. Después de eso, Imanishi sufrió un infarto. ¡Parecía que los espíritus del bosque se hubieran puesto de acuerdo! El resultado fue que las obras quedaron en suspenso.

—¿Quiere decir usted que el parque jamás se abrió al público?

Mi guía vuelve a coger su mochila.

—Se quedó muy lejos de ello. La carretera no estaba terminada. Los árboles volvieron a aparecer. Aquí los árboles crecen muy deprisa, como todo lo demás. Imanishi murió hace dieciocho meses sin haber tenido la ocasión de volver a pisar nuestra isla. ¿Vamos?

Llegamos al parque Kurio a última hora de la tarde. Nos recibe un cartel completamente oxidado.

Mi guía da un silbido y nos detenemos. Por encima de las cumbres, la curva metálica de una gran montaña rusa se recorta en el gris del cielo. Un ave rapaz da vueltas lanzando gritos. ¿Qué habrá visto?

—Hola.

Vestida con un anorak de esquí abierto sobre una camiseta de Greenpeace, una joven se acerca por el sendero. Se trata de Etsuko, la hija mayor de Yoshida, con la que he mantenido contacto. Etsuko, me ha confirmado mi guía, es la única de la familia que va a la ciudad. En el

bolsillo del anorak lleva el teléfono móvil con el que acaba de avisar a su padre.

—Pues sí, hay antenas y una red —confirma en inglés al notar mi sorpresa—. No hemos renunciado del todo a la modernidad.

Continuamos el viaje. Etsuko se encarga de los comentarios. Tenía diecisiete años cuando descubrió este lugar con sus padres y su hermana Nanami.

—Y lo menos que se puede decir es que no me enloqueció. Pero hoy no viviría en otro lugar por nada del mundo.

Los Murakami residen en una autocaravana al pie de la montaña rusa. La tienda de recuerdos también la han ocupado: hace las veces de taller y almacén. En cuanto al restaurante, nunca acabado, sirve de cuartel general a una tribu de macacos.

La familia subsiste en parte de los artículos enviados por Etsuko y su padre a revistas de naturaleza y ecología, y también de diferentes donaciones.

—Vienen a visitarnos muchos turistas —explica Etsuko deteniéndose junto a la autocaravana—. No figuramos en las guías, pero la gente nos conoce y aprecia lo que hacemos. Somos los guardianes del museo. El principio fundamental es que los visitantes dan lo que quieren.

Sabiamente economizado e invertido, el dinero ganado con la venta de la casa está lejos de agotarse.

Volvemos a encontrarnos con Yoshida y su hija Nanami al pie de la primera montaña rusa: están arreglando un pilar. Desde su llegada, la familia Murakami se esfuerza por poner en marcha el parque de atracciones. Yoshida trabajaba en el estudio de arquitectura de su padre antes de venir a la isla; posee algunas nociones de ingeniería. Los Murakami han aprendido todo lo demás sobre la marcha.

—Hemos comprado montones de libros —confirma Nanami, de diecisiete años, que además estudia por correspondencia—. Algunos especialistas vienen a ofrecernos su ayuda. Kurio es a la vez un lugar de diversión y de experimentaciones.

Tocado con una gorra de los NY Yankees, Yoshida nos estrecha la mano calurosamente. Es un hombre vivo y alegre, con los ojos brillantes de pasión. Para él, este parque es un sueño hecho realidad.

—Lo que hacía en Kioto no me interesaba. Y lo que hacía aquí tampoco. Pero quería vivir en esta isla y, en esa época, trabajar en una compañía aseguradora me parecía la forma más simple de conseguir mis fines. No me arrepiento en absoluto: pude comprar una casa y venderla con los consiguientes beneficios. Todo lo que hacemos en nuestra vida tiene un sentido; a veces, solo se desvela *a posteriori*.

Ha anochecido. Cenamos con los Murakami dentro de la autocaravana. El ambiente es amigable. La señora Murakami demuestra ser una excelente cocinera.

—Un amigo nos trae pescado fresco una vez a la semana —explica—. También pescamos en el río. Hemos instalado un gran congelador en el taller. Poseemos algunas gallinas, tres cerdos y tres vacas; hay unos corrales cerca de la segunda montaña rusa. Ah, y también cultivamos un huerto, detrás de la pista de los elefantes. Y puedo decirle que, con este clima, conseguir cualquier cosa comestible no es tarea fácil.

Después de cenar, la señora Murakami nos lleva al taller donde han sido instaladas nuestras

camas de campaña. A falta de calefacción, debemos contentarnos con unas gruesas mantas. Una gallina picotea la tierra en el umbral. Nuestra presencia no parece afectarla demasiado.

Los estantes datan de la época en la que este lugar todavía esperaba convertirse en un verdadero almacén. Algunos carteles de lo que debía ser el «verdadero» parque Kurio se llenan de polvo frente al congelador. Desenrollo uno de ellos a la luz de una bombilla. Es un fotomontaje vulgar: una montaña rusa rutilando bajo un cielo inmaculado. Decididamente, Takafumi Imanishi era un soñador incorregible.

Envuelto en sus mantas, mi guía ya se ha dormido. Apoyada directamente en el suelo, una lámpara de aceite orquesta un teatro de temblorosas sombras. ¿Dónde se habrá metido la gallina? De pie en el dintel de la puerta, aspiro las tinieblas. Por encima del bosque, un búho ulula. Trajín en el sotobosque. Y esa luna creciente, recortada directamente sobre el cielo. Empiezo a entender por qué los Murakami han elegido vivir aquí.

A las siete de la mañana del día siguiente me despierta un rugido. Me levanto completamente vestido. La señora Murakami, que acechaba algún signo de vida, nos trae dos tazas de té, que saboreamos ligeramente aturcidos. Nuestro guía señala las cumbres, la elipse de la montaña rusa.

—¿Qué tal las pruebas? —le pregunta.

—Creo que bien.

Murakami Yoshida se ha fijado como objetivo arreglar todas las atracciones de aquí a dos años. De hecho, la noria funciona ya en fines de semana alternos, y también los carruseles. Las montañas rusas dan problemas. La primera está casi a punto de funcionar, pero la segunda requiere mucho más trabajo.

—Para mi marido es una cuestión de honor —nos asegura la señora Murakami, que nos acompaña sobre el terreno.

La primera montaña rusa es un modelo híbrido con asientos y posee una estructura de metal y una vía de madera. Su capacidad teórica es de mil cuatrocientos pasajeros por hora. Acoge dos trenes de cuatro vagones cada uno.

—Este tipo de atracción intermedia —nos explica la señora Murakami— se presta más fácilmente al mantenimiento, preservando lo esencial de las sensaciones experimentadas en las montañas rusas de madera. El circuito tiene una longitud de mil quinientos metros, con una altura máxima de cuarenta y ocho metros y un ángulo vertical máximo de sesenta grados, para una caída de cuarenta y cuatro metros. —Nuestra anfitriona cita estos datos de memoria. Cuando se lo hago notar, se limita a sonreír—. La verdad es que las montañas rusas ocupan una buena parte de nuestras conversaciones.

El segundo modelo, en el que Yoshida trabaja en este momento, es más corto, pero con más nervio y mucho más espectacular. Se trata de un prototipo invertido: los raíles se encuentran encima del vehículo y los pasajeros tienen los pies en el vacío. El recorrido comienza con una subida de treinta y tres metros, seguida de una caída de veinticuatro metros. La velocidad máxima es de ochenta kilómetros por hora, después de lo cual el tren suspendido ejecuta una serie de cinco giros. Originalmente, nos cuenta Yoshida, la atracción fue construida en parte por debajo de las copas de los árboles: se cavaron anchas zanjas para que pudieran pasar los raíles. Ahora que la vegetación ha reconquistado su territorio, hay que desbrozar y cortar las ramas hostiles.

Desde lo alto del pilar más elevado, al que accedemos por una escalera, el trazado es espectacular. Más allá de un océano gris oscuro, el paisaje desaparece en los vapores matinales. Más lejos, los perfiles de una montaña medio oculta por las nubes dibujan una masa negra y hostil.

Nanami, que ha venido a echar una mano a su padre, nos da algunas explicaciones técnicas de las que apenas entiendo nada. Su madre toma notas. Encaramado en el pilar del que acabamos de bajar, Yoshida le hace una señal en código.

—Necesita una llave del dieciséis —señala la señora Murakami a su hija, la cual desaparece una vez más.

Más allá, unos vagones brillantes esperan bajo sus lonas. Etsuko, encargada de su mantenimiento, nos deja admirar el revestimiento de cuero de las butacas y me invita a tomar asiento. Aplaudo.

—¡Hurra! ¿Cuánto cuesta un billete?

La joven se aleja. ¿La habré molestado? Aterrado, mi guía va a hablar con ella un momento; parece relajarse. Cerrándose la cremallera de su anorak de esquí, Etsuko regresa junto a mí.

—¿Cuánto, pregunta usted? Mi padre ha calculado que el monto total de esa montaña rusa es de mil quinientos millones de yenes: necesitaríamos decenas de miles de visitantes para cubrir gastos. Debe usted saber que no estamos aquí para hacer negocio.

—Lo siento. Pensaba que para financiar las obras...

Niega con la cabeza.

Llegamos a la autocaravana. La señora Murakami ya está preparando nuestra comida. Etsuko entra y sale con un sobre en la mano. Me tiende un folio. Es un cuestionario escrito en inglés.

¿Cuánto deberían sumar 2+2, según usted?

¿Qué espera usted de la vida?

¿Qué podría decirle Dios para demostrarle que existe?

¿Ha soñado alguna vez con ser un árbol?

Me rasco la oreja.

—¿Qué es esto?

Etsuko señala la montaña rusa.

—Bajar estas pendientes en medio de la bruma, al anochecer, es una experiencia que no se puede vivir en ninguna otra parte del mundo. No se ve a tres metros de distancia. Todo es verde, todo respira vida, tibieza y sueño. Los monos aplauden al emperador. Cruzamos el bosque como una flecha. Los kamis están ahí, en el follaje. Con sus ceceos y tintineos. No disponemos de los medios para hacer que funcione este parque, como podrá suponer. Solo podemos arreglarlo y organizar tres o cuatro viajes al día. Por lo tanto, solo dejamos subir a la gente que consideramos digna.

—¿El cuestionario sirve para eso? ¿Para hacer una selección?

La joven asiente.

—Uno puede estar eximido de responder. Basta con demostrar que se padece una enfermedad grave o que se acaba de sufrir una pérdida. Recitar un poema también. Improvisado o no, lo esencial es que sea un poema bueno. Esto en cuanto a los invitados gratuitos. Les

entregamos un carné válido para toda la vida. Los demás, los visitantes normales, necesitamos saber quiénes son. Este parque es nuestro niño, en cierto sentido. No podemos confiar su custodia a cualquiera.

—¿Y la gente lo comprende?

—Oficialmente, las grandes atracciones no funcionan. Dejamos que los visitantes se diviertan con los tiovivos para niños, lo cual es una forma de agradecerles que hayan venido hasta aquí. Después esperamos su partida. En lo que respecta a los otros, a los que han rellenado el cuestionario con talento, procuramos que se queden. Son alojados como usted, gratuitamente. Durante esa noche y el amanecer del día siguiente, el parque es suyo. Por supuesto, tenemos periodos bajos, como en este momento. Sin nadie interesante, tan solo turistas de a pie. Hacemos todo lo posible para desanimarlos.

Esa noche relleno el cuestionario a la luz de la lámpara de aceite. A la pregunta «¿Cuál es su deseo más profundo?», respondo «Robar» de forma instintiva. Me piden escribir una frase, solo una, sobre mi primer amor. «Mi primer amor respira mejor en la paz de mi ausencia».

¿Si yo no fuera un hombre? Sería el viento. Dudo un segundo, arrugo mi folio, lo tiro lejos, me duermo. Esa noche está llena de vértigos. La muerte es una respiración, una inmersión, un tiempo perdido por el tiempo. Me incorporo sobresaltado. Mi reloj marca las tres. En el límite de la vigilia y del sueño, me parece oír a unos pasajeros gritar. Pero solo son unos monos.

Trato de no volver a dormirme. Causa perdida. Por la mañana encuentro a Etsuko y a su padre delante de la autocaravana. Pienso en mi payaso triste, el doctor Platatypus. Decididamente, tal vez haya que escribir algo sobre las caravanas.

Son las doce y media del mediodía. Yoshida tiene en la mano mi cuestionario alisado. Me lo devuelve con una expresión divertida. ¿Cómo lo habrá encontrado? El viento, tal vez: recuerdo haber dejado la puerta del taller abierta esa noche, después de un paseo por el sotobosque.

—Tranquilícese —declara devolviéndome el folio—, usted está exento de esta formalidad. Nosotros acogemos a la gente libre: a los locos, a los angustiados y a los poetas. Según la opinión general, usted es un poco las tres cosas. No por unas cuantas torsiones va a entrar en el redil.

Partimos con viento y lluvia. Aceleración 3 G, me previene Yoshida, noventa kilómetros por hora perfectos.

Los vagones esperan. Colgado en la verja, un cartel se tambalea: «Se ruega a las personas demasiado sensibles que no suban a bordo».

—¡Embarque inmediato! —trueno Yoshida, ofreciéndome el conjunto de los asientos traseros con un gesto.

Me subo al vagón de cabecera. ¿Qué espero de la vida? «Ya va siendo hora de que me lo pregunte», me digo mientras me abrocho el cinturón. Pero antes de eso, he de subir, bajar y vociferar entre los espíritus.

A CADA UNO LO SUYO

La siguiente historia se presenta en forma estrictamente epistolar. Ha sido reorganizada por mí por exigencias de la obra y a mis ojos posee un sabor particular, porque cuando la descubrí fue cuando me diagnosticaron mi enfermedad.

No tuve el placer de conocer directamente a los protagonistas —debido, en gran parte, a mi apretado horario de trabajo—, pero me he carteadado con cada uno de ellos, teniendo cuidado de que el otro no lo supiera. Sirius Bianchi y Martin Bianchi-Duval, cuyos destinos están íntimamente unidos, no se conocen ni se conocerán jamás. No parece que les importe. Hasta hoy, yo era el único depositario de su secreto común.

Carta de Sirius Bianchi:

¿Sabe usted lo que es un cáncer de pulmón de células pequeñas en estadio IV? Pregunte a un médico y mírele bien a los ojos cuando le responda. Solo existe un sinónimo conocido de ese horror: «la muerte».

El director de la clínica, mi médico y el radiólogo: los tres estaban sentados alrededor de la mesa, como en el burladero de una plaza de toros. Les pregunté si era operable, y ellos hicieron un gesto negativo con la cabeza. Les pregunté cuánto tiempo me quedaba de vida, y me aconsejaron que no perdiera la calma. Di un puñetazo en la mesa. Exigía una respuesta, por muy lapidaria que fuera.

—Nunca se puede estar seguro —murmuró el director de la clínica—. Seis meses serían ya un buen resultado.

Yo vivía en Ginebra. Era soltero y sin hijos. ¡Seis meses! Viendo las orejas al lobo, mi novia me había dejado el invierno anterior. Ya nada me retenía en Suiza. Al día siguiente puse mi apartamento en venta, transferí mis planes de ahorro a mi cuenta corriente y me dirigí a una agencia de viajes.

Era extraño. No me sentía demasiado mal. Era cierto que había perdido algunos kilos, pero ni siquiera tosía y mi respiración me parecía tranquila.

Alcé los ojos al cielo. El perfil de las montañas parecía trazado al carboncillo. Alguien había

barrido las nubes. El surtidor de agua del lago Lemán despertaba en mí la esperanza de un milagro imposible. Los turistas, extasiados, me empujaban sin verme. A cada minuto, a cada segundo, me repetía a mí mismo que iba a morir.

Los médicos me habían propuesto una quimioterapia paliativa, de alivio. Me había reído en su cara. En su idiolecto, «paliativa» significaba vómitos, caída del cabello, adelgazamiento crónico y cansancio mortal. ¿Y todo para qué? «Podría ganar algunas semanas —me había murmurado mi médico antes de darme unas palmadas en la espalda—. Piénseselo. Debe luchar». En lo que a mí respectaba, no tenía nada que pensar.

Mi sillón amenazó con tragarme cuando pronunciaron mi número. Me levanté como con un resorte. Una joven morena con la tez bronceada esperaba detrás del mostrador.

—Querría viajar al lugar más bonito del mundo —le dije directamente—. A ser posible, lejos. El dinero no es problema.

Me observó con gesto concentrado y después se inclinó hacia delante.

—Costa Rica —sugirió.

Yo me incliné también.

—¿Costa qué? —nuestros rostros casi se tocaban.

—Costa Rica —insistió ella—. Playas de ensueño, cumbres de vértigo, jungla inextricable, estepas lunares, dos océanos y el manglar, todo ello en apenas algo más de cincuenta y un mil kilómetros cuadrados. ¿Le gustan los volcanes? Hay siete en actividad. Doce mil especies de plantas, ochocientas cincuenta especies de aves, más mariposas que en todos los Estados Unidos y Canadá juntos, por no hablar de los monos, tortugas, cocodrilos, felinos, reptiles y anfibios, de las ciento sesenta clases de mamíferos y de un sinfín de peces de agua dulce y de mar.

Le pregunté si era costarricense. La respuesta fue sí. Le pregunté si aceptaría ir conmigo. La respuesta fue no. Aun así, partí.

No hace falta decir que atravesé el país de punta a punta. Mi proyecto inicial era morir en tierra costarricense. Esperaba vagamente tropezar con un cráter en erupción, dejarme devorar por un caimán o morder por una serpiente de coral. Todo antes que abandonarme a mi suerte.

Los primeros días me quedé enclaustrado en un hotel de cinco estrellas de San José con el fin de elegir el circuito más peligroso posible. La verdad es que no había nada que preparar. Todo el país suponía una trampa. Era lo suficientemente rico para que mi vida peligrara a cada paso.

Había llegado en plena estación de lluvias.

Sin más tardar, partí hacia la cordillera central y la región de los volcanes. Subí las pendientes más duras. Tendí hamacas en la jungla. Instalé un campamento cerca de un hormiguero gigante. Para ser un canceroso en fase terminal, me encontraba en muy buena forma.

Un buen día me encontré con un fabricante de aviones ultraligeros motorizados bastante exaltado y sobrevolamos juntos el lago ácido del volcán Poás. El motor hacía unos ruidos deliciosos que indicaban que pronto nos estrellaríamos. Pero «pronto» no significa «de inmediato». Una desilusión más.

En el río Pacuare me entregué al rafting. Un hombre se ahogó, pero no fui yo. Pagué los funerales. Me sentía idiota.

Visité unas ruinas precolombinas frecuentadas por ranas venenosas y tomé asiento a bordo de un tambaleante barco de observación. Me bañé en una cascada adornada con un cartel con una calavera y participé en un circuito de aventuras en tirolina con el único arnés defectuoso del

equipo. Una noche me desperté con una tarántula de patas de color naranja en el brazo. Sonreí. Esperé a que el animal perdiera la calma. Pero era una tarántula muy prudente.

El peligro es como el amor: cuando se le busca demasiado, se divierte en esconderse. Lo intenté casi todo. Me encerré en pantalón corto en un parque de felinos. Nadé una noche en un mar de tiburones. Cortejé a la mujer de un capo de la droga.

Nada.

Y el cáncer no daba la cara. ¿Que si había adelgazado? Por supuesto. Pero yo corría descalzo por la jungla, nadaba con las ballenas jorobadas y me bañaba bajo tormentas heladas.

Mi vida se convertía en un paisaje. En una película en Technicolor. Tucanes, ocelotes, mariposas gigantes: el paraíso antes de tiempo.

Recorría playas infinitas. Me dormía bajo platanales manchados de sol. Jugaba a las cartas con los perezosos. Me echaba la siesta en los puentes colgantes, con la barriga llena de pasta de cacao, de la que engullía boles enteros.

La gente era maravillosa. Las iguanas estaban dormidas. Las puestas de sol eran de saltársele a uno las lágrimas. Lloraba con frecuencia, ahora que lo pienso. No sabía exactamente por qué. A veces, la belleza pesa demasiado. Te rompe el corazón.

Unos niños reían, empapados de calor, en los jardines. Leía en las playas, más solo que el más solitario de los hombres. Los gritos nerviosos de los guacamayos llenaban la noche incipiente. Escribía poemas. Cosas de este tipo:

Ya no creo verdaderamente en la muerte.

*Hemos visto apretar los puños,
algunos han mordido el polvo,
algunos han inventado dioses
en altares de cólera.*

*Algunos han inventado el amor,
pero todos esos amigos olvidados,
toda esa gente muerta en la guerra,
nadie está ahí para llorar por ellos.*

... que escribía con un rotulador en grandes hojas de papel reciclado, antes de introducirlas en botellas de ron vacías y de dormirme bajo las caricias maternas del viento. Patético. Era sentimental. Era absurdamente feliz.

De vez en cuando comprobaba mi reloj, detenido en la hora suiza. El viejo mundo vivía en una penumbra continua. El cáncer no acudía a la cita. Las tortugas verdes sí.

Me había alojado en la planta más alta de un hotel del Parque Nacional de Tortuguero, con la esperanza de idear algunos nuevos planes de suicidio involuntario. Me hice amigo del barman: le conté todo, y él me preparaba gratuitamente suntuosos cócteles de frutas con la esperanza de curarme. «¡Vitamina C! —repetía guiñándome el ojo—. ¡Muchas vitaminas!».

Allí fue donde, una buena mañana, mientras reflexionaba sobre cómo sería mi funeral en una tumbona de la piscina, vino a verme el director del establecimiento.

—Le llaman por teléfono.

Yo estaba sorprendido. Había partido sin avisar a nadie, sin dejar la menor dirección. ¿Quién era el cretino que...?

—¿Dígame?

—¿Sirius Bianchi?

—Depende. ¿Para qué es?

—Soy detective privado, señor Bianchi. Quería...

Colgué.

Temblaba como una hoja. Me sentía culpable. ¿De qué? El teléfono volvió a sonar. Lo cogí.

Le dejé hablar:

—Señor Bianchi, tenga al menos la amabilidad de escucharme un minuto, por favor. No es mi intención causarle el menor problema.

Le escuché. Efectivamente, no me llamaba para ser desagradable. Me había seguido la pista gracias a unos extractos de la tarjeta de crédito.

¿Para quién trabajaba? Oh, él no me llamaba para eso. Me llamaba porque la investigación que le habían encargado le había llevado a ponerse en contacto con el médico que me trataba, y porque el médico en cuestión le había comunicado una información enormemente importante.

—Olvidelo —suspiré—. No me pondré quimio.

—En efecto. No lo hará.

—Pero bueno, ¿quién se cree que es?

—Usted no tiene cáncer, señor Bianchi. No tiene absolutamente nada. Confundieron su historial con el de otra persona. Un homónimo. Él es quien está enfermo. Usted no tiene ni siquiera una bronquitis. Pensé que le interesaría saberlo. Por otro lado, su exnovia le está buscando porque ha dado a luz y el niño es suyo. Muy rollizo, por lo que he podido ver. Pesó tres kilos setecientos al nacer. Pero esa es otra historia y, por supuesto, usted hará lo que quiera. En lo que a mí respecta, el trabajo está hecho. ¿Se quedará mucho tiempo en este hotel?

Mis dedos se abrieron. El auricular cayó y quedó oscilando al final del cable.

Bueno, ya lo sabe todo. El resto no es demasiado apasionante. Reconocí a mi hijo, pero no volví con mi exnovia.

Regresé a Suiza y encontré un trabajo. Lo necesitaba para comprarme un piso.

En cuanto a la clínica, ni siquiera presenté una denuncia. La idea de ir hasta allí y volver a ver a aquella gente me parecía ridícula. Cambié de médico de cabecera. Estaba sin un céntimo, libre y feliz. Lo sigo estando. En verano voy a hacer senderismo a los Alpes. Si quiere que le dé mi opinión, allí no hay tucanes, pero la luz es magnífica. Camino completamente solo durante días, respiro. En los pastos de montaña, bajo los abetos, en los glaciares. Estoy atento. Tengo un hijo, hago descansos, evito las grietas.

En cuanto al otro Bianchi, nunca he intentado saber qué fue de él. Prefiero no pensar en eso. En lo que sintió el día que descubrió que, contrariamente a lo que le habían dicho, tenía un cáncer incurable.

Quiero pensar que un milagro le permitió salir con vida. La experiencia demuestra que un milagro es siempre posible. Siempre y en todo lugar.

Carta de Martin Bianchi:

El día que me enteré de que los médicos se habían equivocado con mi diagnóstico, no dije una sola palabra: regresé a mi casa bordeando el lago y me preparé un café sin azúcar, porque solo tenemos una vida. «¿Y ahora qué?», pensé. Había realizado lo que pensaba que sería el resto de mi existencia en función de mi enfermedad. Me encontré sin proyecto, sin ataduras, sin futuro.

Pregunté a mi banco por internet. Todo el dinero que había guardado en previsión de mis tratamientos —el dinero de mi empresa, la herencia de mi padre— estaba ya desbloqueado, lo cual representaba una suma considerable, oportunidades sin fin. El problema era que no tenía nadie con quien compartirlas. Había dedicado los primeros meses de mi supuesto cáncer a hacer el vacío a mi alrededor para evitar a mis amigos y a mis allegados el dolor de perderme, y había que reconocer que lo había conseguido con creces.

Cogí un atlas, cerré los ojos, pasé las páginas y señalé un país al azar: Colombia.

Perfecto. ¿Por qué no? Visitaría todos los países del mundo por orden alfabético, empezando por este.

América del Sur, por tanto. Después las Comoras, el Congo y Corea del Sur. Pasé por alto Corea del Norte; pero no Costa Rica.

Debería haberme sentido contento, pero solo me sentía muy triste. Abandonándome al futuro, mi no-cáncer me había privado de una certeza; mi existencia se volvía borrosa. Debía tomar algunas decisiones, llamar a algunas personas. Debía destruir el muro que había levantado alrededor de mi enfermedad y pedir disculpas por los daños causados. No tenía ninguna gana de volver a Suiza. Mi teléfono móvil había estado apagado durante más de cuatro meses.

Una mañana traté de consultar mis e-mails desde un café con internet en Abiyán. Fue en vano: mi bandeja de entrada, pirateada, se había quedado inutilizable.

Me compré un bocadillo y me fui a la playa de Vidri, bordeada de palmeras, para sentarme frente al mar.

¿Qué podía hacer?

Tosía, me sentía cansado. Mi periplo coreano me había hecho perder diez kilos, por no hablar de Costa Rica. El radiólogo me había asegurado tres veces que no tenía nada. Había agitado las radiografías ante mis narices. «¿Lo ve? Ni la más mínima mancha». El cáncer se había reabsorbido espontáneamente. Era un fenómeno rarísimo, pero yo no era el primer caso en el mundo. «¡Disfrute de la vida, amigo!».

A media tarde, haciendo acopio de fuerzas, me levanté y fui a mojarme los pies. El mar era peligroso en ese lugar. La gente se ahogaba con una regularidad lamentable. Reflexioné sobre el destino, la mala suerte, durante unos minutos, y después regresé.

Esa misma noche, en la habitación del hotel, recargué la batería de mi teléfono móvil y lo encendí. Sentí un escalofrío en la nuca. Un escalofrío de pánico. ¡Tenía ciento doce mensajes! Y una buena parte eran del mismo número.

Escuché el buzón de voz. El número era el de la clínica de Ginebra. Había habido un error, un error «especialmente lamentable», según la secretaria: una inversión de historias clínicas. En

pocas palabras, yo no había salido del atolladero. Estaba incluso lejos de ello, según los médicos. Para decir las cosas tal y como eran, el cáncer pulmonar de células pequeñas que me habían diagnosticado al principio, y con razón, había alcanzado un grado muy avanzado. Las opciones terapéuticas eran escasas. Sin embargo, existían; la secretaria me lo aseguraba. Pero en estafase se trataba, sobre todo, de prolongar la vida del paciente en las mejores condiciones posibles. Allí donde estuviera, debía ponerme en contacto con la clínica cuanto antes.

Se sucedían treinta mensajes. Cada vez más apremiantes, cada vez más angustiados. Intercalados con llamadas de gente cercana: «Por Dios, ¿a qué estás jugando?». Mensajes a veces furiosos, otras implorantes, desesperados; mensajes rebosantes de esperanza y de compasión, que llegaban a producirme náuseas.

Al final los borré todos. Me sentía anonadado, incapaz de entender lo que me estaba pasando.

Como se podrá imaginar, no pegué ojo en toda la noche. A la mañana siguiente regresé a la playa. El mundo se había vuelto lento y sin atractivo. Los vehículos se habían convertido en coches fúnebres. La gente hablaba, pero yo no la entendía.

Un anticipo de la muerte.

Ese día, en la playa, me quedé varias horas sin moverme. Después, como en la víspera, saqué fuerzas para levantarme y di algunos pasos. Todo se explicaba. El cansancio, la pérdida de peso. «No tienes una depresión. Te estás muriendo».

—¡Cuidado! —un hombre señaló mi pie.

Bajé los ojos. Una botella sobresalía, medio hundida en la arena. La desenterré. Tenía un mensaje dentro, una especie de mapa del tesoro.

El hombre esperaba mi reacción. Me limité a sonreírle y continué mi camino estrechando la botella contra mí. Más tarde, al abrigo de mi habitación de hotel, y mientras una tormenta sin precedentes se abatía sobre Abiyán, me vi obligado a admitir que no conseguiría abrirla, por lo que la rompí contra la barandilla del balcón antes de atrapar in extremis el papel enrollado que el viento amenazaba con llevarse. Era una especie de poema bobalicón escrito en francés.

Lo interpreté como un signo. ¿Un signo de qué? No tenía ni idea. Toda esa historia era tan inverosímil que no podía tomármela a la tremenda. Estaba sentado en el borde de mi cama, frente al ventanal azotado por la lluvia. El papel colgaba entre mis manos, salpicado de gotas grotescas.

Regresé a mi casa al día siguiente. En el avión que me devolvía a Ginebra tuve un sueño sublime.

Mis pies habían abandonado el suelo. Planeaba, planeaba por encima de bosques encantados y de inmensas playas solitarias, de cañones y de cataratas. Aquí y allá afloraban ruinas de templos, vestigios de ciudades de antes del diluvio con proporciones ciclópeas. Bandadas de aves multicolores se alzaban como vientos de verano. Al pie de las montañas, las praderas ondeaban y yo volaba como una ráfaga a lo largo de las vertientes y de los glaciares. El paisaje parecía un patchwork de todo lo que yo había atravesado hasta entonces, y yo formaba parte de él, formaba

parte del mundo.

Lejos de mi mente, en la periferia del sueño, flotaban los versos totalmente simples del poema que había leído y releído llorando antes de partir. Quizá en realidad no fuera tan bobalicón. Quizá solo yo lo era.

Me despertó una azafata para preguntarme si necesitaba algo. «No, gracias —le respondí—. Tengo todo lo necesario».

Volví a mi piso de Ginebra. La clínica me había citado al día siguiente para una serie de pruebas. «Tendrá para tres días», me había prevenido la secretaria.

Me preparé un café y, esta vez, me puse dos azucarillos. Reflexioné un instante y después volví a coger mi atlas. Al día siguiente no dejé que sonara el despertador ni fui a la clínica. Me llamaron, pero no contesté.

Cambie de número. Cambie de dirección. Acabé cambiando de país.

Le escribo esta carta desde La Habana, donde sigo recibiendo el correo y donde resido a partir de ahora.

Cuba ocupaba el segundo lugar de la lista después de Croacia, y me he saltado Croacia. Ya no me interesa dar la vuelta al mundo. Estoy bien donde estoy. En cuanto a mi cáncer, habría que preguntárselo a mis médicos. Pero es algo que tampoco me preocupa. Estoy vivo y, me parece, con una salud más que aceptable. Me permito fumar puros y beber algunas copas de ron. De vez en cuando sigo teniendo ese sueño en el que vuelo y viajo. Para mí es una bendición. Lo demás, en el fondo, no importa.

Solo me molesta una cosa: por mi culpa, indirectamente, un hombre creyó sin razón que iba a morir.

Bueno, sin razón... Todo es una cuestión de tiempo, ¿no?

En cambio, yo creí que iba a vivir y aquí sigo. Cuando era pequeño, mi madre me llamaba santo Tomás. «Felices los que creen sin ver», me repetía hasta la saciedad. Sí, pero lo que yo veo es el mundo, y lo necesito para creer. A cada uno lo suyo. Mientras pueda, mantendré los ojos abiertos.

RETRATO DEL ARTISTA COMO HOMBRE CORRIENTE

Actualmente vive en Nootdorp, un municipio de los Países Bajos sin historia que en 2002 se fusionó con Pijnacker para formar Pijnacker-Nootdorp, si tal cosa es posible. Nootdorp es un lugar carente de asperezas, con árboles, una escuela y comercios. En él las sorpresas no abundan. Caspar Maes, que acaba de cumplir cuarenta años, se siente aquí como pez en el agua. Cuenta su cumpleaños:

—Organizamos una fiestecita entre amigos. Vinieron tres parejas del vecindario con sus hijos. Por desgracia llovía. Me hicieron regalos. Comimos bien. Bromeamos un poco y mi mujer abrió un álbum de fotos. Yo trabajando. Yo en el jardín pasando la cortadora de césped. Nosotros de vacaciones en Egipto, delante de las pirámides. Nuestros invitados se marcharon a las nueve de la noche, porque todo el mundo trabajaba al día siguiente. Salvo un amigo que está en el paro.

Mi anfitrión hace una pausa y se queda pensativo, como si acabara de proporcionarme una serie de datos esenciales. Después se lleva la cerveza a los labios (ha pedido la más corriente). Le observo de reojo. Traje estándar, camisa normal, correctamente afeitado. Desde hace tres años, Caspar Maes es el hombre más corriente del mundo.

—¿Nadie viene a molestarlos?

—No.

—¿Nadie le relaciona con el libro?

—Eso es imposible. La obra en cuestión salió hace cinco años. Nunca ha sido traducida ni reeditada, su autor murió y yo tuve cuidado de cambiar de nombre. No es nada personal, pero hay que estar verdaderamente trastornado para perder el tiempo en tales naderías. ¿Está usted trastornado?

—Eso dicen.

Reímos al unísono. Estoy enfermo, sí, pero no como él piensa, y el dinero que me queda pronto será ingresado en la cuenta de una clínica de cuidados paliativos. ¡Basta! Hoy no tengo ganas de pensar en eso.

El libro que acabamos de evocar, aparecido solamente en Inglaterra, se titula *¡In-cre-í-ble!* Lo compré hace seis meses por una suma irrisoria en una tienda de saldos londinense, y gracias a él localicé a Caspar Mae, anteriormente Johan Belvisé-Pushkin, el hombre con la vida más

inverosímil y más fantásticamente frenética que se puede imaginar. Su autor, un tal Renuald Baker, murió en un accidente de noria unas semanas después de su publicación.

—En aquel momento no me sorprendió en absoluto. Habría necesitado mucho más. Renuald había venido a divertirse a Alemania. Una barquilla se desprendió a causa de una tormenta. Me informaron del drama. Apenas presté atención. Tenía otras preocupaciones por entonces: una rara enfermedad regresiva que me causaba insoportables pesadillas; los campeonatos del mundo de comedores de melones, enturbiados por un intento de corrupción; un proceso contra los guionistas de *Shrek*, que, tras las informaciones recogidas en una sesión de espiritismo organizada a nueve mil metros de altitud, habían plagiado a mi difunto tío sin el menor escrúpulo; y tres o cuatro personas encargadas por error de asesinarme.

Caspar Maes es actualmente agente inmobiliario. Su mujer, me cuenta, trabaja como maestra. Última recensión hasta el momento: dos hijos, un chalé, un gato y un crédito a quince años. Los domingos, Caspar almuerza en casa de sus suegros, que viven a una decena de kilómetros. Los sábados por la mañana juega al tenis con sus colegas de despacho. En vacaciones, los Maes viajan con el comité de empresa. Ya han ido a Venecia (una vez) y a África (dos veces). El año que viene tienen previsto ir a Tailandia.

—Limito el abanico de posibilidades al máximo —explica mi anfitrión—. Estudio la tendencia del día y la sigo. Voy al dentista dos veces al año, para hacerme una revisión y una limpieza dental. Trato de comer productos biológicos, salgo a correr (aunque no lo bastante para mi gusto), tengo un ligero sobrepeso y estoy inscrito en una agencia local de defensa del patrimonio. ¿Quiere saber algo más?

Le devuelvo la sonrisa. Gracias al libro y a los datos que he conseguido recabar en otras partes, los treinta y siete primeros años de la vida de este hombre me resultan tan familiares como si yo mismo los hubiera vivido. Hay que decir que, a su lado, cualquier novela de aventuras trepidante pasaría por un aburrido catálogo de artículos sobre jardinería.

Johan Belvisée-Pushkin ignora cómo nació. Lo único que sabe es que, cuando tenía dos semanas, cayó desde una altura de doscientos cincuenta metros por uno de los conductos de ventilación de la Torre Sears de Chicago, que entonces se encontraba en construcción y se disponía a convertirse en el rascacielos más alto del mundo.

¿Por qué Johan sufrió esa caída? Porque su padre, el pseudofaquir Omkar Prajesh, perseguido por unos agentes de la CIA y por un escupefuego tullido (en realidad, su medio hermano), tomó la decisión de dejarlo caer por el conducto en cuestión para salvarlo de las ávidas manos de sus enemigos. ¿Por qué Johan sobrevivió? Porque ese mismo padre conocía como la palma de su mano los planos de la Torre Sears, en cuya elaboración había participado ampliamente, y porque sabía que una montaña de lana de cristal diseñada para amortiguar la caída esperaba a su hijo doscientos cincuenta metros más abajo. Johan no se enteró del final de esta historia hasta trece años más tarde, en urgencias, cuando un terrible cólico nefrítico, y la subsiguiente operación, establecieron que había ingerido sin darse cuenta un diamante de 44,52 quilates conocido como «Hope», una piedra supuestamente maldita cuya réplica se encuentra hoy en la Smithsonian

Institution de Washington.

Johan Belvisée-Pushkin pasa sus años de infancia con una familia adoptiva de exhibidores de fenómenos que recorre Estados Unidos en caravana. Su padre, autor de un poema palindrómico sobre la guerra de Corea, posee cuatro brazos y habla más de doscientas lenguas. En cuanto a su madre, era una funambulista atea que había visto a la Virgen sobre el Bryce Canyon en los años sesenta y que, a la muerte de su marido, se comprometió en secreto con un actor célebre antes de poner fin a sus días en el escenario (por una razón hasta ahora no aclarada) mientras encarnaba a la Dorothy de *El Mago de Oz* en una obra de sombras chinescas.

Poco tiempo después de que sus entrañas liberen el diamante, varios miembros de su familia se ponen en contacto con Johan: hermanos, obviamente, diseminados al azar por la superficie del globo. Indagando, se entera de que él es el mayor de una familia de veintisiete hijos, traídos a la vida en tres diferentes partos por una progenitora única, descendiente del poeta Pushkin. De esta forma descubre su verdadero nombre y el pasado de pseudofaquir de su padre (el cual más tarde se habría ido a vivir, después de una huida en dirigible, al corazón de la selva peruana) se le revela con todo detalle. Johan decide entonces poner a salvo a su familia. Gracias a la venta del diamante —cuyo valor estimado es de trescientos cincuenta millones de dólares—, compra la isla de Folégandros, en las Cicladas, para instalar en ella a los suyos. Siguen algunos años relativamente apacibles, durante los cuales enseña críquet a maniqués, doma al pato más grande del mundo, exhuma tres manuscritos inéditos de Rudyard Kipling enterrados en Sudán y es elegido ciudadano de honor de Varsovia.

El día en que cumple dieciocho años, el mayor de los Belvisée-Pushkin se entera de que su madre natural, detenida en los sótanos de un palacio de San Petersburgo y convencida de que todos sus hijos perdieron la vida en un accidente de aerodeslizador, ha sido secuestrada por la mafia rusa tras un lamentable malentendido en el que se hallan implicados unos espías alcohólicos y un carnicero armado con un par de cuchillos de carne. Al final de unas emocionantes peripecias, grabadas por una cadena cultural finlandesa y cuyo realizador, Nikita Mijalkov, tratará después de hacer una película, llevan a la madre de Johan a las Cicladas, donde fallece unos meses después al tragarse un abejorro oculto en un sorbete de mango. Destrozado, Johan se va a dar la vuelta al mundo en un velero (no se sabe casi nada de este episodio, salvo que el joven pierde en él el cabello, quince kilos y una buena parte de sus ilusiones románticas), entabla amistad con una tribu de caníbales, de la que escapa por los pelos el día en que, creyéndolo muerto, esta decide comerse su corazón, y contrae matrimonio a su regreso con una mujer barbuda apodada Francesca, cuyas impresionantes medidas excitan la concupiscencia de la prensa rosa americana, sobre todo después de que su joven esposo consiga perfeccionar, exclusivamente para ella, el primer sistema patentado de retoque fotográfico.

La pareja pasa tres semanas felices en una villa de Miami antes de que Francesca sea devorada por un cocodrilo ciego en el Parque de los Everglades. Johan Belvisée, que se había ido a hacer sus necesidades, reduce al animal a puñetazos, lo manda disecar y lo convierte en la estrella ventrílocua de un espectáculo en solitario televisado que (Johan no se enterará hasta varios años

más tarde) no será emitido jamás. Mientras tanto, se pone a escribir un compendio de tres mil páginas sobre los caprichos del azar, que supuestamente permitirá al lector, una vez relleno un cuestionario personalizado, predecir su futuro financiero, sentimental y médico con una fiabilidad estadística del setenta por ciento. Después de unas entrevistas con el ejército de EE. UU., dice en tres ocasiones que lo han raptado unos extraterrestres. Luego regresa a Europa, a Amsterdam, y se dedica a cultivar orquídeas carnívoras.

Diez años después de la muerte de su mujer, descubre que él y sus hermanos poseen lo que se llama un «gemelo inmaterial» alojado bajo la corteza terrestre, que les susurra en sueños el nombre de todos los presidentes futuros del planeta y les comunica unas previsiones bursátiles tan sistemáticamente erróneas que, haciendo exactamente lo contrario, la mayoría de ellos se hacen multimillonarios en pocos días. Fan inveterado de una oscura comedia televisiva chilena, de la que sus congéneres, so pena de maldición, deben resumirle un episodio todas las semanas en la parte más alta de su isla, el hermano astral desaparece el día de su última emisión.

Es el momento que Johan elige para proceder a un intento de suicidio por ingestión de cuatro litros de café Maragogype. Privado de sueño durante ocho días, es víctima de alucinaciones severas. Conversa, con toda probabilidad, con una araña gigante macho llamada Aristóteles, y entra brevemente en el *Libro de los récords* por haber edificado la torre más alta del mundo con pelotas de tenis de mesa.

Hacen una ópera basada en su vida. Alguien (¿un cantante de *funk* muy conocido?, ¿uno de los fundadores de la Unión Europea?, ¿su propio padre?) paga para que el espectáculo no se monte, y lo consigue. Al año siguiente, nueve de sus hermanos se casan en secreto con sombras/fantasmas diseminadas en varias iglesias de Praga; otros nueve, víctimas de un crecimiento anormal y tardío asociado a lo que un médico describe como «una pigmentación viral espontánea», forman parte de equipos de baloncesto profesionales estadounidenses. Los ocho últimos, simplemente, desaparecen.

Pasan los años. Un día, cuenta el libro, Johan, que ha regresado a Amsterdam para solucionar algunos asuntos relacionados con la herencia de su padre, se queda inmóvil durante ocho horas delante de *Los girasoles* de Van Gogh, expuestos en el museo del mismo nombre, y no sale de su torpor hasta que el guardia, un grandullón bondadoso pero muy intransigente en lo que a los horarios se refiere, le da un golpecito en el hombro con la firmeza de la costumbre.

Al salir del museo, el joven, que acaba de (no) festejar su treinta y siete cumpleaños, llega a su hotel sin tener un accidente de taxi.

A la mañana siguiente, durante el desayuno, conoce a la que será su mujer. Se encuentra de un humor excelente: solo por esta vez, ningún incendio, ningún golpe de Estado, ninguna caída de cometa ha perturbado su sueño. No se ahoga con su *croissant*: no resuelve un enigma matemático de hace tres siglos; no es víctima de un intento fallido de asesinato cuyo objetivo es el doble del Dalai Lama; no es arrastrado a las profundidades del canal del mar del Norte por ninguna ondina holográfica. En lugar de eso, tal y como han acordado, se reúne con su futura mujer en Rotterdam, pide su mano, encuentra un trabajo en una agencia inmobiliaria, se compra una casa y es padre por primera vez.

Sobre la epifanía del Museo Van Gogh, sobre el singular prodigio que transforma a Johan

Belvisée-Pushkin en Caspar Maes y lo despoja, en el espacio de unas horas, de toda la locura, la rareza y la desmesura que lo habitaban, *¡In-cre-í-ble!* Se limita a ser una reserva de principio. La historia termina con un desaguisado. Nuestro héroe, que habrá recorrido el equivalente a la distancia de la Tierra a la Luna por todos los medios de transporte imaginables, conocido tres veces el coma y dos veces el matrimonio, vivido aventuras tales que las de Don Quijote a su lado pasarían por una animación de servicio geriátrico, se convierte en un ciudadano desesperadamente corriente.

Sus trenes salen en punto. Su plan de jubilación está en orden. Le gustan los Beatles, las patatas fritas recién hechas y los *thrillers* exitosos. Nuestra entrevista no me aportará nada más.

—Aprecio a Van Gogh —afirma Caspar cuando le pregunto sobre el episodio del museo—. Como mucha gente, ¿no?

Gerda Maes, la mujer de Caspar con la que me reúno siguiendo sus consejos, demuestra ser más aburrida todavía que él, una hazaña impresionante.

Me recibe en su salón. En el aparador, unos platos de porcelana heredados de su madre. ¿El pasado de su marido? Nunca le ha preocupado; no cree en él realmente. ¿El libro que le ha dedicado? Una serie de chorradas, sin lugar a dudas. No lo ha leído, ¿para qué? «Aspiramos a una vida normal —repite a menudo—. Nos gustan la tranquilidad y los programas bien establecidos».

Mis últimas preguntas mueren en mis labios. De pronto me siento incómodo, como un buscador de oro sobreexcitado agitando los brazos en medio de una zapatería.

Llega el momento de despedirse. Antes de partir, de pie en la cocina, donde Gerda acaba de servirme un vaso de agua mineral, echo un vistazo al calendario mural perpetuo. Hay una fecha marcada con un rotulador rojo: jueves 12 de diciembre de 2047.

—¿Dónde ha encontrado esto?

La joven recoge mi vaso.

—Bonito, ¿no? En una chamarilería. Fue fabricado por un aficionado a la ciencia ficción.

—¿Y esta fecha marcada en rojo?

La joven se dirige al salón sin responderme. La sigo pisándole los talones.

—¿Sería el presunto día de su muerte?

Las fechas encajan, no hay que ser brujo: la iluminación ante el cuadro de Van Gogh se produce justo en mitad de la vida de Caspar. Por un lado, el delirio dionisiaco; por otro, la normalidad absoluta.

Gerda se vuelve.

—Es usted demasiado astuto para su propio bien.

¿Se trata de un cumplido en su boca? Me acompaña a la puerta. Me pide que no cuente lo que sé, o, como mínimo, que cambie los nombres (prometo hacerlo). Me dispongo a partir; ella me retiene por el brazo. Sí, confiesa, he acertado: su marido ha calculado la fecha exacta de su desaparición. Por desgracia, no se equivoca jamás.

—Sus colegas podrán confirmárselo —considera conveniente añadir—: es un hombre de fiar.

Después mueve la cabeza y murmura algunas palabras acerca de sus propios errores y de su

sentimentalismo de niña. Le brillan los ojos.

—El año 2047 —digo— está todavía muy lejos. Debe tirar ese calendario y no volver a pensar en eso.

Le tiendo un pañuelo que ella acepta con agradecimiento. Trata de sonreírme mientras se seca las lágrimas.

—Gracias —murmura—. Me siento tan sola a veces y... Esta escena es de una vulgaridad lamentable, ¿no le parece?

—No —contesto.

Y cierro la puerta tras de mí.

EPÍLOGO

Cuando, como usted, terminé de leer este libro, mi primera reacción fue reunirme con mi editor. De alguna manera, obedecía a los deseos del poeta. Lo que me dijo me gustó: quería que otros lo leyeran.

Ese mismo día envié el manuscrito por correo, y después llamé al hospital para concertar una nueva cita con mi amigo. Tenía que decirle lo que pensaba de sus historias y darle las gracias.

Por teléfono, el tono de voz de la operadora me sonó falso. Me pasó enseguida con el médico. El hombre carraspeó.

—Me alegro de que se ponga en contacto con nosotros, señor. He pensado llamarle, pero no tenía su número. Usted no es de la familia, ¿verdad?

Tragué saliva.

—¿Cuál es el problema?

—Su amigo está en coma.

—¿Cómo?

—Lo siento. Su estado empeoró ayer repentinamente. Se encuentra con respiración asistida y no estamos seguros de...

—¿Puedo pasar a verlo?

Al otro lado de la línea se produjo un silencio, seguido de un suspiro.

—No creo que sea perjudicial para él. Pero no se haga ilusiones. Probablemente no le oirá ni notará su presencia. Se dicen muchas cosas sobre las personas en coma. Lo que quiero decirle es que...

—Lo he entendido.

Colgué y cogí mi abrigo. Una hora más tarde estaba a su lado. Dormía, no sé cómo expresarlo de otra manera. Su rostro estaba tranquilo; sabía que había cumplido su misión. «Es muy poco probable que le oiga...». Le cogí la mano y le di unos toquécitos.

—Has escrito un bonito libro, ¿sabes? Creo que puedes dormir tranquilo.

Me acordé de Cayetano Lascaray, tumbado en su cama de Las Galletas. Y también de Allison y de Jeffrey. Volví a ver ventanas abiertas al mar, al mundo, al sueño. Me atormentaba

un asunto.

Regresé al día siguiente, y al otro, y también al otro. Traté de ver al médico con el que había conversado. «No está disponible», me respondían sistemáticamente. Y con razón: se había ido a un congreso.

Finalmente, el lunes por la mañana conseguí encontrarlo. Podía dedicarme muy poco tiempo, pero le hice comprender que no lo dejaría tranquilo hasta que no me hubiera concedido cinco minutos. Me hizo pasar a su despacho.

—Le escucho.

Se le había amontonado el correo durante su ausencia. Rasgó los primeros sobres. Me lancé:

—Es a propósito de mi amigo. Le parecerá curioso, pero... Dice que ha viajado antes de venir aquí, que ha dado la vuelta al mundo. ¿Sabe usted si eso es verdad?

El médico deja caer un sobre en la mesa. Me observa con curiosidad.

—La relación de ustedes es un poco atípica, ¿no?

Hice un gesto evasivo.

—Tiene usted razón: no le conozco demasiado. Digamos incluso que desconozco totalmente algunos aspectos de su vida. Me siento perdido, si quiere que le diga la verdad.

El hombre me dijo dos o tres banalidades y después empujó su silla.

—¿Él afirma que ha dado la vuelta al mundo?

Asentí antes de levantarme yo también. Habían pasado los cinco minutos. Me abrió la puerta.

—Créalo —me susurró a modo de despedida—. Eso no hace daño a nadie.

Al día siguiente, un asunto importante me impidió ir al hospital. Me prometí a mí mismo acercarme al día siguiente. El poeta no me lo permitió. A media tarde, el médico me llamó para avisarme de que había muerto, después de haber recuperado brevemente el conocimiento.

Le pregunté si le había dado tiempo a decir algo. Silencio meditativo al otro lado de la línea. «La enfermera que vino a buscarme me dijo que no. Me dijo que había sonreído y nada más. Cuando llegamos, su corazón se había detenido».

Un cuarto de hora más tarde, mi editor me llamó para anunciarme que habían aceptado el libro. Apenas tuve fuerzas para darle las gracias.

En el escaparate de una tienda, un reflejo borroso me contempló. Tenía las mejillas cubiertas de lágrimas. ¿Alegría o tristeza? La distinción no era fundamental.

Continué mi camino, como todos. Una hoja de otoño se posó a mis pies. Alcé la cabeza hacia el sol entrecerrando los ojos. Me sentía lleno de agradecimiento. ¿Hacia quién? ¿Hacia qué? Por una vez, no tenía palabras.



FABRICE COLIN (París, Francia, 6 de julio de 1972) es un escritor francés conocido por sus novelas de fantasía y ciencia ficción, tanto para adultos, como para jóvenes. A lo largo de su carrera como escritor ha publicado todo tipo de libros, desde novelas hasta cuentos y cómics, logrando por ello (especialmente gracias a su novela *Dreamericana* en 2003) premios como el Grand Prix de l'Imaginaire. Colin y su familia vivieron en Boumerdès, Argelia, desde 1976 hasta 1978.

Notas

[1] Jardín imperial situado al noreste de la Ciudad Prohibida. Alberga un gran número de templos y monumentos sobresalientes. <<